

ID
CC

28



LAS GORGES

POESIAS

LIRICAS

PQ6184

.A2

65

861.08

M542c

RAMON REINA
TIPOGRAFO
-Y-
ENQUADERNADOR



Para don
Ricardo Covarrubias
Con toda mi estimación
Guadalupe. Nov 27/29
Joaquín Hernández

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. 861.08
Núm. Aut. 14542e
Núm. Adg. 32178
Procedencia
Precio
Fecha
Clasificación
Catalogó



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. L.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

COMPRENDE este tomo cien poesías líricas escogidas entre lo mejor de la literatura española antigua y moderna, excluyendo los autores vivos. No se nos oculta la dificultad de esta selección, en que tanta parte puede tener el gusto individual, ni presumimos tanto del nuestro que estemos seguros de haber logrado constantemente el acierto. Hemos procurado, sin embargo, no omitir ninguna de las poesías ya consagradas por la universal admiración, ni dar entrada a ninguna que no tenga á nuestros ojos mérito positivo, aunque no siempre llegue a la absoluta perfección formal. Hay en algunas de estas composiciones rasgos de mal gusto propios de una época ó escuela determinada, pero hubiera sido temeridad borrarlos, porque la integridad de los textos es la primera obligación que la crítica impone al colector de toda antología por diminuta y popular que sea.

099790/32173

vi ADVERTENCIA PRELIMINAR

Hemos prescindido de las poesías anteriores al siglo xv porque exigirían un comentario filológico, inoportuno en la ocasión presente. Las pocas que insertamos del siglo xv son de belleza indudable y de fácil lectura para todo el mundo. El mayor espacio de nuestra colección va dedicado naturalmente á la edad de oro de nuestra lírica (siglo xvi y principios del xvii). Se notarán en ella omisiones que nos duelen mucho, pero que eran inevitables dentro de los estrechos límites impuestos á nuestro plan: *spatium exclusus iniquis*. Nada hemos puesto de Castillejo, de Acuña, de Valbuena, de Jáuregui, y otros preclaros ingenios, y hemos tenido que reducir á muy pocas muestras el tesoro poético de Góngora, de Lope de Vega y de Quevedo.

Nuestra tarea era relativamente fácil tratándose del siglo xviii, el mas prosaico de nuestra historia literaria, pero se tornaba difficilísima respecto de la opulenta producción poética del siglo xix, que sin ser superior á la antigua como lo ha sido en Francia y en otras partes, ha continuado con nuevo espíritu la tradición de las formas líricas, las ha renovado á veces merced al impulso genial de los poetas y al

ADVERTENCIA PRELIMINAR vii

contacto con extrañas literaturas, y ofrece buen numero de obras ya sancionadas por el común aplauso. En esta parte más que en ninguna solicitamos y esperamos indulgencia.

Aunque se titulan *líricos* los poemas de esta colección, no ha de entenderse esta palabra en sentido tan riguroso que excluya algunas narraciones poéticas breves en que se entremezcla lo épico con lo lírico. Esta salvedad, que á todas las literaturas alcanza, tiene más propio lugar en la castellana, que siempre ha conservado rastros de su origen épico. Por eso incluimos algunos romances antiguos, de los de tono más lírico, y un par de leyendas de los dos grandes poetas románticos Zorrilla y el Duque de Rivas.

El orden en que van colocadas las poesías no siempre es estrictamente cronológico, porque se ha atendido á la sucesión de escuelas y formas artísticas.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO



ÍNDICE

		PÁGINAS
3.	Romances Viejos :	
	Romance de Abenámur,-	18
4.	" "	
	Romance del rey moro que perdió Albama, -	20
5.	" "	
	Romance de Rosa fresca,	22
6.	" "	
	Romance de Fontefrida,	23
7.	" "	
	Romance de Blanca-Niña,	23
8.	" "	
	Romance del conde - Arnaldos, -	25
9.	" "	
	Romance de la hija del rey de Francia, -	26
10.	" "	
	Romance de doña Alda,	27
32.	Alcázar (Baltasar del) (1530-1606),	
	Una cena,-	87
23.	Anónimo,	
	«No me mueve, mi Dios, para quererte,»	67
39.	Argensola (Bartolomé Leonardo de) (1562- 1631),	
	«Dime, Padre común, pues eres justo,»	104
36.	Argensola (Lupercio Leonardo de) (1559- 1613),	
	Á la Esperanza,	101

37. Argensola (Lupercio
Leonardo de) (1559-
1613), «*Imagen espantosa de la
muerte,*» - - 10
38. " " «*Lleva tras sí los pá-
panos olubre,*» - - 10
28. Arguijo (Don Juan de)
(1567-1623), «*Al Guadalquivir, en una
avenida,*» - - 30
29. " " «*La tempestad y la calma,*» - - 30
30. " " «*La avaricia,*» - - 31
31. " " «*En segura pobreza
vive Eumelo,*» - - 32
66. Arjona (Don Manuel
María de) (1771-
1820), «*La diosa del bosque,*» - - 17
83. Arolas (Padre Juan)
(1805-1849), «*Sé más feliz que yo,*» - - 27
86. Avellaneda (Doña Ger-
trudis Gómez de)
(1816-1873), «*Amor y orgullo,*» - - 28
99. Balart (Don Federico)
(1831-1905), «*Restitución,*» - - 34
95. Bécquer (Don Gustavo Rimas.
A.) (1836-1870), «*Del salón en el
ángulo oscuro,*» - - 32
96. " " «*Cerraron sus ojos,*» - - 32
72. Bello (Don Andrés) «*La agricultura de la
zona tórrida,*» - - 1919

50. Calderón de la Barca
(Don Pedro) (1600-
1681), «*Estas que fueron pompa
y alegría,*» - - 146
89. Campoamor (Don Ramón
de) (1817-1901), «*¿Quién supiera escribir!*» 296
«*Lo que hace el tiempo*» - 299
30. " " «*Lo que hace el tiempo*» - 299
34. Caro (Rodrigo)
(1573-1647), «*Alas ruinas de Itálica,*» 92
13. Cetina (Gutierre de)
(1520-1560?), «*Madrigal,*» - - 46
22. Cruz (San Juan de la)
(1542-1591), «*Cántico espiritual...*» 60
76. Espronceda (Don José
de) (1810-1842), «*Himno de la Inmortalidad,*» 226
«*Canción del Pirata,*» - 228
«*Canto á Teresa,*» - - 232
35. Fernández de Andrada?
(? - ?), «*Epístola moral,*» - - 95
69. Gallego (Don Juan)
Nicasio (1777-1853), «*Elegía á la muerte de
la Duquesa de Frías,*» 184
82. Gil (Don Enrique)
(1815-1846), «*La violeta,*» - - 273
18. Góngora (Don Luis de)
(1561-1627), «*Angélica y Medoro,*» - 118
«*Servía en Orán al rey,*» 123

50. Góngora (Don Luis de) *Entre los sueños*
(1561-1627), *caballos*, - - -
51. " " *«Ande yo caliente»*, - - -
52. " " *«La más bella niña»*, - - -
73. Heredia (Don José María) (1803-1839), *Niagara*, - - -
26. Herrera (Fernando de) (1534-1597), *Por la victoria de Lepanto*, - - -
27. " " *Por la pérdida del rey don Sebastian*, - - -
63. Jovellanos (Don Gaspar M. de) (1744-1811), *Epístola de Fabio á Anfriso*, - - -
14. León (Fray Luis de) (1529-1591), *Vida retirada*, - - -
15. " " *Á Francisco Salinas*, - - -
16. " " *Á Felipe Ruiz*, - - -
17. " " *Noche serena*, - - -
18. " " *Morada del Cielo*, - - -
19. " " *En la Ascensión*, - - -
20. " " *Imitación de diversos*, - - -
21. " " *Soneto*, - - -
67. Lista (Don Alberto) (1775-1848), *Al Sueño*, - - -

38. López de Ayala (Don Adelardo) (1828-1879), *Epístola á Emilio Arrieta*, 292
2. Manrique, Jorge (1440-1478), *Á la muerte del maestro de Santiago...*, - 2
70. Maury (Don Juan María) (1772-1845), *La timidez*, - 193
64. Meléndez Valdés (Don Juan) (1754-1817), *Rosana en los fuegos*, - 168
61. Mira de Mescua (Don Antonio) (1578?-1644), *Canción*, - - 146
71. Mora (Don José Joaquín de) (1783-1864), *El Estío*, - - 198
62. Moratin (Don Nicolás F. de) (1737-1780), *Fiesta de toros en Madrid*, - - 151
65. Moratin (Don Leandro F. de) (1760-1828), *Elegía á las Musas*, - 172
93. Núñez de Arce (Don Gaspar) (1834-1903), *Estrofas*, - 315
94. " " *Tristezas*, - - 322
100. Palacio (Don Manuel del) (1832-1906), *Amor oculto*, - 347
81. Pastor Díaz (Don Nicomedes) (1811-1862), *Á la luna*, - - 269

84. Piferrer (Don Pablo) (1817-1848), *Canción de la Primavera*, 2
 25. Polo (Gil) (c. 1535-1591), *Canción*, - - -
 97. Querol (Don Vicente W.) (1836-1889), *Carta al Sr. D. Pedro A. de Alarcón...*, - 3
 98. " " *En Noche-Buena...*, - 3
 53. Quevedo (Don Francisco de) (1580-1645), *El Sueño*, - 1
 54. " " *Epístola satírica y censoria...*, - 1
 55. " " *Memoria inmortal de don Pedro Girón...*, - 1
 56. " " *«Ya formidable y espantoso suena»*, - 1
 57. " " *«Miré los muros de la patria mía»*, - 1
 58. " " *Letrilla satírica*, - 1
 68. Quintana (Don Manuel José) (1772-1857), *«A España, después de la revolución de Marzo»*, 1
 33. Rioja (Francisco de) (1583-1659), *A la rosa*, - -
 74. Rivas (Duque de) (1791-1865), *El Faro de Malta*, - 21
 75. " " *Un castellano leal*, - 21

92. Ruiz Aguilera (Don Ventura) (1820-1881), *Epístola*, - 310
 1. Santillana (Marqués de) (1398-1458), *Serranilla*, - 1
 87. Sanz (Don Eulogio Florentino) (1825-1881), *Epístola á Pedro*, - 286
 91. Selgas (Don José) (1824-1882), *El Estío*, - 305
 85. Tassara (Don Gabriel García) (1817-1875), *Himno al Mesías*, - 279
 24. Torre (Francisco de la), *La cierva*, - 68
 11. Vega (Garcilaso de la) (1503-1536), *Egloga primera*, - 29
 12. " " *A la flor de Gnido*, - 42
 40. Vega (Lope de) (1562-1635), *Canción*, - 105
 41. " " *«A mis soledades voy»*, 109
 42. " " *«Pobre barquilla mía»*, 112
 43. " " *Judit*, - 116
 44. " " *«Suelta mi manso, mayoral extraño»*, - 116
 45. " " *«¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?»*, - 117

¹ Poeta del Siglo XVI. No constan las fechas de su nacimiento ni de su muerte.

46. Vega (Lope de) (1562- «Pastor, que con tus
1635), silbos amorosos,»
47. " " Temores en el favor,
59. Villegas (Don Esteban
Manuel de) (1596-
1669), Oda sáfica,
79. Zorrilla (Don José) Introducción á los «Cantos
(1817-1893), del Trovador,»
80. " " Á buen tuez, mejor testigo,

MARQUÉS DE SANTILLANA

Serranilla

MOÇA tan hermosa
Non ví en la frontera,
Como una vaquera
De la Finojosa.

Faciendo la vía
Del Calatraveño
A Santa María,
Vencido del sueño
Por tierra fragosa
Perdi la carrera,
Do ví la vaquera
De la Finojosa.

En un verde prado
De rosas é flores,
Guardando ganado
Con otros pastores,
La ví tan graciosa
Que apenas creyera
Que fuesse vaquera
De la Finojosa.

Non creo las rosas
De la primavera
Sean tan hermosas
Nin de tal manera,
Fablando sin glosa,
Si antes sopiera

46. Vega (Lope de) (1562- «Pastor, que con tus
1635), silbos amorosos,»
47. " " Temores en el favor,
59. Villegas (Don Esteban
Manuel de) (1596-
1669), Oda sáfica,
79. Zorrilla (Don José) Introducción á los «Cantos
(1817-1893), del Trovador,»
80. " " Á buen tuez, mejor testigo,

MARQUÉS DE SANTILLANA

Serranilla

MOÇA tan hermosa
Non ví en la frontera,
Como una vaquera
De la Finojosa.

Faciendo la vía
Del Calatraveño
A Santa María,
Vencido del sueño
Por tierra fragosa
Perdi la carrera,
Do ví la vaquera
De la Finojosa.

En un verde prado
De rosas é flores,
Guardando ganado
Con otros pastores,
La ví tan graciosa
Que apenas creyera
Que fuesse vaquera
De la Finojosa.

Non creo las rosas
De la primavera
Sean tan hermosas
Nin de tal manera,
Fablando sin glosa,
Si antes sopiera

MARQUÉS DE SANTILLANA

D'aquella vaquera
De la Finojosa.

Non tanto mirara
Su mucha beldad,
Porque me dexara
En mi libertat.

Mas dixe: «Donosa
(Por saber quién era),
¿Dónde es la vaquera
De la Finojosa? . . .

Bien como riendo,
Dixo: «Bien vengades;
Que ya bien entiendo
Lo que demandades:
Non es desescosa
De amar, nin lo espera,
Aquessa vaquera
De la Finojosa.

JORGE MANRIQUE

2. *A la muerte del maestro de Santiago
don Rodrigo Manrique, su padre*

RECUERDE el alma dormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando:
Cuán presto se va el placer,

JORGE MANRIQUE

Cómo despues de acordado
Da dolor,
Cómo á nuestro parescer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

Y pues vemos lo presente
Cómo en un punto es ido
Y acabado,
Si juzgamos sabiamente,
Daremos lo no venido
Por pasado.
No se engañe nadie, nó,
Pensando que ha de durar
Lo que espera
Más que duró lo que vió,
Porque todo ha de pasar
Por tal manera

Nuestras vidas son los ríos:
Que van á dar en la mar,
Que es el morir;
Allí van los señorios
Derechos á se acabar
Y consumir;
Allí los ríos caudales,
Allí los otros medianos
Y más chicos;
Allegados, son iguales
Los que viven por sus manos
Y los ricos.

JORGE MANRIQUE

INVOCACION

Dexo las invocaciones
De los famosos poetas
Y oradores ;
No curo de sus ficciones,
Que traen yerbas secretas
Sus sabores.
A aquél solo me encomiendo,
Aquél solo invoco yo
De verdad,
Que en este mundo viviendo,
El mundo no conoció
Su deidad.

Este mundo es el camino
Para el otro, qu'es morada
Sin pesar ;
Mas cumple tener buen tino
Para andar esta jornada
Sin errar.
Partimos cuando nacemos,
Andamos mientras vivimos,
Y llegamos
Al tiempo que fenecemos ;
Así que cuando morimos
Descansamos.

Este mundo bueno fué
Si bien usásemos d'él
Como debemos,
Porque, segun nuestra fé,
Es para ganar aquel

JORGE MANRIQUE

Que atendemos.
Y aún el Hijo de Dios,
Para subirnos al cielo,
Descendió
Á nacer acá entre nos,
Y vivir en este suelo
Do murió.

Ved de cuán poco valor
Son las cosas tras que andamos
Y corremos ;
Que en este mundo traidor
Aun primero que muramos
Las perdemos.
D'ellas deshace la edad,
D'ellas casos desastrados
Que acaescen,
D'ellas, por su calidad,
En los más altos estados
Desfallecen.

Decidme : la hermosura,
La gentil frescura y tez
De la cara,
La color y la blancura,
Cuando viene la vejez
Cuál se para ?
Las mañas y ligereza
Y la fuerza corporal
De juventud,
Todo se torna graveza
Cuando llega al arrabal
De senectud.

JORGE MANRIQUE

Pues la sangre de los godos,
El linaje y la nobleza
Tan crecida,
Por cuántas vías é modos
Se pierde su gran alteza
En esta vida!

Unos por poco valer,
Por cuán baxos y abatidos
Que los tienen!
Otros que por no tener,
Con oficios no debidos
Se mantienen.

Los estados y riqueza
Que nos dexan á deshora
¿Quién lo duda?
No les pidamos firmeza,
Pues que son de una señora
Que se muda.
Que bienes son de fortuna
Que revuelve con su rueda
Presurosa,
La cual no puede ser una,
Ni ser estable ni queda
En una cosa.

Pero digo que acompañen
Y lleguen hasta la huesa
Con su dueño;
Por eso no nos engañen,
Pues se va la vida apriesa
Como sueño:
Y los deleites de acá

JORGE MANRIQUE

Son en que nos deleitamos
Temporales,
Y los tormentos de allá
Que por ellos esperamos,
Eternales.

Los placeres y dulçores
D'esta vida trabajada
Que tenemos,
¿Qué son sino corredores,
Y la muerte es la celada
En que caemos?
No mirando á nuestro daño
Corremos á rienda suelta
Sin parar;
Des que vemos el engaño
Y queremos dar la vuelta
No hay lugar.

Si fuese en nuestro poder
Tornar la cara fermosa
Corporal,
Como podemos hacer
El alma tan gloriosa
Angelical,
¿Qué diligencia tan viva
Tuvieramos cada hora,
Y tan presta,
En componer la cativa,
Dexándonos la señora
Descompuesta!

Estos reyes poderosos
Que vemos por escripturas

JORGE MANRIQUE

Ya pasadas,
Con casos tristes, llorosos,
Fueron sus buenas venturas
Trastornadas;
Así que no hay cosa fuerte;
Que á Papas y Emperadores
Y Perlados
Así los trata la muerte
Como á los pobres pastores
De ganados.

Dexemos á los Troyanos,
Que sus males no los vimos,
Ni sus glorias;
Dexemos á los Romanos,
Aunque oímos y leímos
Sus historias.
No curemos de saber
Lo de aquel siglo pasado
Qué fué d'ello;
Vengamos á lo de ayer,
Que tambien es olvidado
Como aquello.

¿Qué se hizo el Rey Don Juan?
Los Infantes de Aragon
¿Qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galán,
Qué fué de tanta invencion
Como truxeron?
Las justas é los torneos,
Paramentos, bordaduras
É cimbras,

JORGE MANRIQUE

¿Fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
De las eras?

¿Qué se hicieron las damas,
Sus tocados, sus vestidos,
Sus olores?
¿Que se hicieron las llamas
De los fuegos encendidos
De amadores?
¿Que se hizo aquel trovar,
Las músicas acordadas
Que tañían?
¿Qué se hizo aquel dançar
Y aquellas ropas chapadas
Que traían?

Pues el otro su heredero,
Don Enrique; qué poderes
Alcançava!
¿Cuán blando, cuán alagüero
El mundo con sus placeres
Se le daba!
Mas verás cuán enemigo,
Cuán contrario, cuán cruel
Se le mostró,
Habiéndole sido amigo,
¿Cuán poco duró con él
Lo que le dió!

Las dádivas desmedidas,
Los edificios reales
Llenos de oro,

JORGE MANRIQUE

Las baxillas tan fabridas,
Los enriques y reales
Del tesoro ;
Los jaeces y cavallos
De su gente y atavios
Tan sobrados,
¿Dónde iremos á buscarlos ?
¿Qué fueron sino rocios
De los prados ?

Pues su hermano el inocente,
Que en su vida sucesor
Se llamó,
¿Qué corte tan excelente
Tuvo y cuánto gran señor
Que le siguió !
Mas como fuese mortal,
Metiólo la muerte luego
En su fragua.
¡ Oh júicio divinal !
Cuando más ardía el fuego
Echaste agua.

Pues aquel gran Condestable
Maestre que conocimos
Tan privado,
No cumple que d'él se hable,
Sino sólo que le vimos
Degollado.
Sus infinitos tesoros,
Sus villas y sus lugares,
Su mandar,
¿Qué le fueron sino lloros ?

JORGE MANRIQUE

¿Qué fueron sino pesares
Al dexar ?

Pues los otros dos hermanos,
Maestres tan prosperados
Como reyes,
C'á los grandes y medianos
Traxeron tan sojuzgados
Á sus leyes ;
Aquella prosperidad
Que tan alta fue subida
Y ensalçada,
¿Qué fue sino claridad
Que cuando más encendida
Fue amatada ?

Tantos Duques excelentes,
Tantos Marqueses y Condes
Y Barones
Como vimos tan potentes,
Di, muerte, ¿dó los escondes
Y los pones ?
Y sus muy claras hazañas
Que hicieron en las guerras
Y en las paces,
Cuando tú, cruel, te ensañas,
Con tu fuerza los tierras
Y deshaces.

Las huestes innumerables,
Los pendones y estandartes
Y banderas,
Los castillos impunables,

JORGE MANRIQUE

Los muros é baluartes
Y barreras,
La cava honda chapada,
Ó cualquier otro reparo
; Qué aprovecha ?
Cuando tú vienes airada
Todo lo pasas de claro
Con tu flecha.

Aquel de buenos abrigo,
Amado por virtuoso
De la gente,
El Maestro Don Rodrigo
Manrique, tan famoso
Y tan valiente,
Sus grandes hechos y claros
No cumple que los alabe,
Pues los vieron,
Ni los quiero hacer caros,
Pues el mundo todo sabe
Cuáles fueron.

; Qué amigo de sus amigos !
; Qué señor para criados
Y parientes !
; Qué enemigo de enemigos !
; Qué Maestro de esforçados
Y valientes !
; Qué seso para discretos !
; Qué gracia para donosos !
; Qué razón !
; Cuán benigno á los subjectos,

JORGE MANRIQUE

Y á los bravos y dañosos
Un león !

En ventura Octaviano ;
Julio César en vencer
Y batallar ;
En la virtud, Africano ;
Aníbal en el saber
Y trabajar :
En la bondad un Trajano ;
Tito en liberalidad
Con alegría ;
En su brazo, un Archidano ;
Marco Tulio en la verdad
Que prometia.

Antonio Pio en clemencia ;
Marco Aurelio en igualdad
Del semblante :
Adriano en elocuencia ;
Teodosio en humanidad
Y buen talante.
Aurelio Alexandre fué
En disciplina y rigor
De la guerra ;
Un Constantino en la fé ;
Gamelio en el gran amor
De su tierra.

No dexó grandes tesoros,
Ni alcanzó muchas riquezas
Ni baxillas,
Mas hizo guerra á los moros,

JORGE MANRIQUE

Ganando sus fortalezas
Y sus villas ;
Y en las lides que venció
Caballeros y caballos
Se prendieron,
Y en este oficio ganó
Las rentas é los vasallos
Que le dieron.

Pues por su honra y estado
En otros tiempos pasados
¿Cómo se hubo ?
Quedando desamparado,
Con hermanos y criados
Se sostuvo.
Después que hechos famosos
Hizo en esta dicha guerra
Que hacía,
Hizo tratos tan honrosos,
Que le dieron muy más tierra
Que tenía.

Estas sus viejas historias
Que con su brazo pintó
En la juventud,
Con otras nuevas victorias
Agora las renovó
En la senectud.
Por su gran habilidad,
Por méritos y ancianía
Bien gastada
Alcanzó la dignidad

JORGE MANRIQUE

De la gran caballería
Del Espada.

É sus villas é sus tierras
Ocupadas de tiranos
Las halló,
Mas por cercos é por guerras
Y por fuerzas de sus manos
Las cobró.
Pues nuestro Rey natural,
Si de las obras que obró
Fué servido,
Digalo el de Portugal,
Y en Castilla quien siguió
Su partido.

Después de puesta la vida
Tantas veces por su ley
Al tablero ;
Después de tan bien servida
La corona de su Rey
Verdadero ;
Después de tanta hazaña
A que no puede bastar
Cuenta cierta,
En la su villa de Ocaña
Vino la muerte á llamar
A su puerta.

(HABLA LA MUERTE)

Diciendo : « Buen caballero,
Dexad el mundo engañoso

JORGE MANRIQUE

Y su halago ;
Muestre su esfuerço famoso
Vuestro coraçon de acero
En este trago ;
Y pues de vida y salud
Hiciste tan poca cuenta
Por la fama,
Esfuércese la virtud
Para sufrir esta afrenta
Que os llama.

«No se os haga tan amarga
La batalla temerosa
Que esperais,
Pues otra vida más larga
De fama tan gloriosa
Acá dexais :
Aunque esta vida de honor
Tampoco no es eternal
Ni verdadera,
Mas con todo es muy mejor
Que la otra temporal
Perecedera.

«El vivir que es perdurable
No se gana con estados
Mundanales,
Ni con vida deleitable
En que moran los pecados
Infernales ;
Mas los buenos religiosos
Gananlo con oraciones
Y con lloros ;

JORGE MANRIQUE

Los caballeros famosos
Con trabajos y aflicciones
Contra moros.

«Y pues vos, claro varon,
Tanta sangre derramastes
De paganos,
Esperad el galardón
Que en esta mundo ganastes
Por las manos ;
Y con esta confianza
Y con la fé tan entera
Que tencis,
Partid con buena esperanza
Que esta otra vida tercera
Ganareis.»

(RESPONDE EL MAESTRE)

«No gastemos tiempo ya
En esta vida mezquina
Por tal modo,
Que mi voluntad está
Conforme con la divina
Para todo ;
Y consiento en mi morir
Con voluntad placentera,
Clara, pura,
Que querer hombre vivir
Cuando Dios quiere que muera
Es locura.»

ORACION

Tú que por nuestra maldad
Tomaste forma civil

JORGE MANRIQUE

Y baxo nombre ;
Tú que en tu divinidad
Juntaste cosa tan vil
Como el hombre ;
Tú que tan grandes tormentos
Sufriste sin resistencia
En tu persona,
No por mis merecimientos,
Mas por tu sola clemencia
Me perdona.

Así con tal entender
Todos sentidos humanos
Conservados,
Cercado de su mujer,
De hijos y de hermanos
Y criados,
Dió el alma á quien se la dió,
(El cual la ponga en el cielo
Y en su gloria),
Y aunque la vida murió,
Nos dexó harto consuelo
Su memoria.

ROMANCES VIEJOS

3. Romance de Abenámar

¡ ABENÁMAR, Abenámar,
moro de la morería,

JORGE MANRIQUE

el día que tú naciste
grandes señales había !
Estaba la mar en calma,
la luna estaba crecida :
moro que en tal signo nace,
no debe decir mentira. —
Allí respondiera el moro,
bien oíreis lo que decía :
—Yo te la diré, señor,
aunque me cueste la vida,
porque soy hijo de un moro
y una cristiana cautiva ;
siendo yo niño y muchacho
mi madre me lo decía :
que mentira no dijese,
que era grande villanía :
por tanto pregunta, rey,
que la verdad te diría.
—Yo te agradezco, Abenámar
aquesa tu cortesía.
¿ Qué castillos son aquellos ?
¡ Altos son y relucían !
—El Alhambra era, señor,
y la otra la mezquita ;
los otros los Alixares,
labrados á maravilla.
El moro que los labra-
cien doblas ganaba al día,
y el día que no los labra-
otras tantas se perdía.
El otro es Generalife,
huerta que par no tenía ;
el otro Torres Bermejas,

castillo de gran valía.—
Allí habló el rey don Juan,
bien oíreis lo que decía:
—Si tú quisieses, Granada,
contigo me casaría;
daréte en arras y dote
á Córdoba y á Sevilla.
—Casada soy, rey don Juan,
casada soy, que no viuda;
el moro que á mí me tiene
may grande bien me quería.

4. Romance del rey moro que perdió
Alhama

PASEÁBASE el rey moro
por la ciudad de Granada,
desde la puerta de Elvira
hasta la de Vivarambla.
«¡Ay de mi Alhama!»
Cartas le fueron venidas
que Alhama era ganada:
las cartas echó en el fuego,
y al mensajero matara.
«¡Ay de mi Alhama!»
Descabalgó de una mula,
y en un caballo cabalgó;
por el Zacatín arriba
subido se había al Alhambra.
«¡Ay de mi Alhama!»
Como en el Alhambra estuvo,

al mismo punto mandaba
que se toquen sus trompetas,
sus añales de plata.
«¡Ay de mi Alhama!»
Y que las cajas de guerra
aprieta toquen al arma,
porque lo oigan sus moros,
los de la Vega y Granada.
«¡Ay de mi Alhama!»
Los moros que el son oyeron
que al sangriento Marte llama,
uno á uno y dos á dos
juntado se ha gran batalla.
«¡Ay de mi Alhama!»
Allí habló un moro viejo,
de esta manera hablara:
—¿Para qué nos llamas, rey,
para qué es esta llamada?—
«¡Ay de mi Alhama!»
—Habeis de saber, amigos,
una nueva desdichada:
que cristianos de braveza
ya nos han ganado Alhama.
«¡Ay de mi Alhama!»
Allí habló un alfaquí
de barba crecida y cana:
—¿Bien se te emplea, buen rey,
buen rey, bien se te empleara!
«¡Ay de mi Alhama!»
Mataste los Bencerrajes,
que eran la flor de Granada;
cogiste los tornadizos
de Córdoba la nombrada.

ROMANCES VIEJOS

«¡Ay de mi Alhama!
Por eso mereces, rey,
una pena muy doblada:
que te pierdas tú y el reino,
y aquí se pierda Granada.—
«¡Ay de mi Alhama!»

5. Romance de Rosa fresca

ROSA fresca, rosa fresca,
tan garrida y con amor,
cuando vos tuve en mis brazos,
no vos supe servir, no;
y agora que os serviría
no vos puedo haber, no.
—Vuestra fué la culpa, amigo,
vuestra fué, que mía no;
enviáste una carta
con un vuestro servidor,
y en lugar de recaudar
él dijera otra razon:
que érades casado, amigo,
allá en tierras de Leon;
que teneis mujer hermosa
y hijos como una flor.
—Quien os lo dijo, señora,
no vos dijo verdad, no;
que yo nunca entré en Castilla
ni allá en tierras de Leon,
sino cuando era pequeño,
que no sabía de amor.

ROMANCES VIEJOS

6. Romance de Fontefrida

FORTE-FRIDA, fonte-frida,
fonte-frida y con amor,
do todas las avecidas
van tomar consolacion,
sino es la tortolica
que está viuda y con dolor.
Por allí fuera a pasar
el traidor de ruiseñor:
las palabras que le dice
llenas son de traicion:
—Si tú quisieses, señora,
yo sería tu servidor.
—Vete de ahí, enemigo,
malo, falso, engañador,
que ni poso en ramo verde,
ni en prado que tenga flor;
que si el agua hallo clara,
turbia la bebía yo;
que no quiero haber marido,
porque hijos no haya, no:
no quiero placer con ellos,
ni menos consolacion.
¡Déjame, triste enemigo,
malo, falso, mal traidor,
que no quiero ser tu amiga,
ni casar contigo, no.

7. Romance de Blanca-Niña.

BLANCA sois, señora mía,
más que no el rayo del sol:

ROMANCES VIEJOS

¿si la dormiré esta noche
desarmado y sin pavor?
que siete años habia, siete,
que no me desarmo, no.
Más negras tengo mis carnes
que un tizado carbón.

—Dormilda, señor, dormilda,
desarmado sin temor,
que el conde es ido á la caza
á los montes de Leon.

—Rabia le mate los perros,
y águilas el su falcon,
y del monte hasta casa
á él arrastre el moron.—
Ellos en aquesto estando
su marido que llegó:

—¿Qué hacéis, la Blanca-niña,
hija de padre traidor?

—Señor, peino mis cabellos,
peínolos con gran dolor,
que me dejéis á mi sola
y á los montes os vais vos.

—Esa palabra, la niña,
no era sino traición:

¿cuyo es aquel caballo
que allá bajo relincho?

—Señor, era de mi padre,
y envióslo para vos.

—¿Cuyas son aquellas armas
que están en el corredor?

—Señor, eran de mi hermano,
y hoy os las envió.

—¿Cuya es aquella lanza,

ROMANCES VIEJOS

desde aquí la veo yo?

—Tomalda, conde, tomalda,
matadme con ella vos,
que aquesta muerte, buen conde
bien os la merezco yo.

8.

Romance del conde Arnaldos

¿QUIÉN hubiese tal ventura
sobre las aguas del mar,
como hubo el conde Arnaldos
la mañana de San Juan!

Con un falcon en la mano
la caza iba á cazar,
vió venir una galera
que á tierra quiere llegar.

Las velas traía de seda,
la jarcia de un cendal,
marinero que la manda
diciendo viene un cantar

que la mar facia en calma,
los vientos hace amainar,
los peces que andan nel hondo
arriba los hace andar,

las aves que andan volando
nel mástel las faz posar.
Allí fabló el conde Arnaldos,
bien oireis lo que dirá:

—Por Dios te ruego, marinero,
digasme ora ese cantar.—
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fué á dar:

—Yo no digo esta canción, sino á quien conmigo va.

9. Romance de la hija del rey de Francia

DE Francia partió la niña,
de Francia la bien guarnida:
íbale para París,
do padre y madre tenía.
Errado lleva el camino,
errado lleva la guía:
arrimárase á un roble
por esperar compañía.
Vió venir un caballero
que á París lleva la guía.
La niña desque lo vido
de esta suerte le decía:
—Si te place, caballero,
llévesme en tu compañía.
—Pláceme, dijo, señora,
pláceme, dijo, mi vida.—
Apeóse del caballo
por hacelle cortésia;
puso la niña en las ancas
y él subírase en la silla.
En el medio del camino
de amores la requería.
La niña desque lo oyera
dijole con osadía:
—Tate, tate, caballero,
no hagais tal villanía:
hija soy de un malato

y de una malatía;
el hombre que á mí llegase
malato se tornaríale.
El caballero con temor
palabra no respondía.
A la entrada de París
la niña se sonreía.
—¿De qué vos reis, señora?
¿de qué vos reis, mi vida?
—Ríome del caballero,
y de su gran cobardía,
¡tener la niña en el campo
y catarle cortésia!—
Caballero con vergüenza
estas palabras decía:
—Vuelta, vuelta, mi señora,
que una cosa se me olvida.—
La niña como discreta
dijo:—Yo no volvería,
ni persona, aunque volviese,
en mi cuerpo tocaría:
hija soy del rey de Francia
y de la reina Constantina,
el hombre que á mí llegase
muy caro le costaría.

10. Romance de doña Alda

EN París está doña Alda
la esposa de don Roldán,
trescientas damas con ella
para la acompañar:

ROMANCES VIEJOS

todas visten un vestido,
todas calzan un calzar,
todas comen á una mesa,
todas comían de un pan,
sino era doña Alda,
que era la mayoral.
Las ciento hilaban oro,
las ciento tejen cendal,
las ciento tañen instrumentos
para doña Alda holgar.
Al son de los instrumentos
doña Alda adormido se ha:
ensoñado había un sueño,
un sueño de gran pesar.
Recordó despavorida
y con un pavor muy grand,
los gritos daba tan grandes
que se oían en la ciudad.
Allí hablaron sus doncellas,
bien oiréis lo que dirán:
—¿Qué es aquesto, mi señora?
¿quién es el que os hizo mal?
—Un sueño soñé, doncellas,
que me ha dado gran pesar;
que me veía en un monte
en un desierto lugar:
de so los montes muy altos
un azor vide volar,
tras dél viene una aguililla
que lo ahinca muy mal.
El azor con grande cuita
metióse so mi brial;
el aguililla con grande ira

ROMANCES VIEJOS

de allí lo iba á sacar;
con las uñas lo despluma,
con el pico lo deshaz.—
Allí habló su camarera,
bien oiréis lo que dirá:
—Aquese sueño, señora,
bien os lo entiendo soltar;
el azor es vuestro esposo,
que viene de allen la mar;
el águila sedes vos,
con la cual ha de casar,
y aquel monte es la iglesia
donde os han de velar.
—Si así es, mi camarera,
bien te lo entiendo pagar.—
Otro día de mañana
cartas de fuera le traen;
tintas venían de dentro,
de fuera escritas con sangre,
que su Roldan era muerto
en la caza de Roncesvalles.

GARCILASO DE LA VEGA

II.

Égloga primera

*Á Don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca,
virrey de Nápoles*

SALICIO, NEMOROSO

EL dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
He de cantar, sus queexas imitando;

ROMANCES VIEJOS

todas visten un vestido,
todas calzan un calzar,
todas comen á una mesa,
todas comían de un pan,
sino era doña Alda,
que era la mayoral.
Las ciento hilaban oro,
las ciento tejen cendal,
las ciento tañen instrumentos
para doña Alda holgar.
Al son de los instrumentos
doña Alda adormido se ha:
ensoñado había un sueño,
un sueño de gran pesar.
Recordó despavorida
y con un pavor muy grand,
los gritos daba tan grandes
que se oían en la ciudad.
Allí hablaron sus doncellas,
bien oiréis lo que dirán:
—¿Qué es aquesto, mi señora?
¿quién es el que os hizo mal?
—Un sueño soñé, doncellas,
que me ha dado gran pesar;
que me veía en un monte
en un desierto lugar:
de so los montes muy altos
un azor vide volar,
tras dél viene una aguililla
que lo ahinca muy mal.
El azor con grande cuita
metióse so mi brial;
el aguililla con grande ira

ROMANCES VIEJOS

de allí lo iba á sacar;
con las uñas lo despluma,
con el pico lo deshaz.—
Allí habló su camarera,
bien oiréis lo que dirá:
—Aquese sueño, señora,
bien os lo entiendo soltar;
el azor es vuestro esposo,
que viene de allen la mar;
el águila sedes vos,
con la cual ha de casar,
y aquel monte es la iglesia
donde os han de velar.
—Si así es, mi camarera,
bien te lo entiendo pagar.—
Otro día de mañana
cartas de fuera le traen;
tintas venían de dentro,
de fuera escritas con sangre,
que su Roldan era muerto
en la caza de Roncesvalles.

GARCILASO DE LA VEGA

II.

Égloga primera

*Á Don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca,
virrey de Nápoles*

SALICIO, NEMOROSO

EL dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
He de cantar, sus queexas imitando;

GARCILASO DE LA VEGA

Cuyas ovejas al cantar sabroso
 Estaban muy atentas, los amores,
 De pacer olvidadas, escuchando.
 Tú, que ganaste obrando
 Un nombre en todo el mundo,
 Y un grado sin segundo,
 Ahora estés atento, solo y dado
 Al inclito gobierno del estado
 Albano; agora vuelto á la otra parte,
 Resplandeciente, armado,
 Representando en tierra el fiero Marte;

Agora de cuidados enojosos
 Y de negocios libre, por ventura
 Andes á caza, el monte fatigando —
 En ardiente jinete, que apresura
 El curso tras los ciervos temerosos,
 Que en vano su morir van dilatando;
 Espera, que en tornando
 Á ser restituído
 Al ocio ya perdido,
 Luego verás ejercitar mi pluma
 Por la infinita innumerable suma
 De tus virtudes y famosas obras;
 Antes que me consuma,
 Faltando á ti, que á todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino
 Viene á sacarme de la deuda un día,
 Que se debe á tu fama y á tu gloria;
 Que es deuda general, no solo mía,
 Mas de cualquier ingenio peregrino
 Que celebra lo digno de memoria;
 El árbol de vitoria
 Que ciñe estrechamente

GARCILASO DE LA VEGA

Tu gloriosa frente
 Dé lugar á la hiedra que se planta
 Debaxo de tu sombra, y se levanta
 Poco á poco, arrimada á tus loores;
 Y en cuanto esto se canta,
 Escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido,
 Rayaba de los montes el altura
 El sol, cuando Salicio, recostado
 Al pié de una alta haya, en la verdura,
 Por donde una agua clara con sonido
 Atravesaba el fresco y verde prado;
 Él, con canto acordado
 Al rumor que sonaba
 Del agua que pasaba,
 Se quexaba tan dulce y blandamente
 Como si no estuviera de allí ausente
 La que de su dolor culpa tenía;
 Y así, como presente,
 Razonando con ella, le decía:

SALICIO

¡ Oh más dura que mármol á mis quejas,
 Y al encendido fuego en que me quemo
 Más helada que nieve, Galatea!
 Estoy muriendo, y aun la vida temo;
 Témolá con razón, pues tú me dexas;
 Que no hay, sin tí, el vivir para qué sea.
 Vergüenza he que me vea
 Ninguno en tal estado,
 De tí desamparado,
 Y de mí mismo yo me corro agora.
 De un alma te desdenas ser señora,

GARCILASO DE LA VEGA

Donde siempre moraste, no pudiendo
 Della salir un hora?
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 El sol tiende los rayos de su lumbré
 Por montes y por valles, despertando
 Las aves y animales y la gente;
 Cuál por el aire claro va volando,
 Cuál por el verde valle ó alta cumbre
 Paciéndolo va segura y libremente,
 Cuál con el sol presente
 Va de nuevo al oficio,
 Y al usado ejercicio
 Do su natura ó menester le inclina.
 Siempre está en llanto esta ánima mezquina
 Cuando la sombra el mundo va cubriendo
 Ó la luz se avecina.
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 ¿Y tú, desta mi vida ya olvidada,
 Sin mostrar un pequeño sentimiento
 De que por tí Salicio triste muera,
 Dexas llevar, desconocida, al viento
 El amor y la fé que ser guardada
 Eternamente solo á mí debiera?
 ¡Oh Dios! ¿Por qué siquiera,
 Pues ves desde tu altura
 Esta falsa perjurá
 Causar la muerte de un estrecho amigo,
 No recibe del cielo algún castigo?
 Si en pago del amor yo estoy muriendo,
 ¿Qué hará el enemigo?
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 Por tí el silencio de la selva umbrosa,
 Por tí la esquividad y apartamiento

GARCILASO DE LA VEGA

Del solitario monte me agradaba;
 Por tí la verde yerba, el fresco viento,
 El blanco lirio y colorada rosa
 Y dulce primavera deseaba.
 ¡Ay, cuánto me engañaba!
 ¡Ay, cuán diferente era
 Y cuán de otra manera
 Lo que en tu falso pecho se escondía!
 Bien claro con su voz me lo decía
 La siniestra corneja, repitiendo
 La desventura mía.
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 ¿Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
 Reputándolo yo por desvarío,
 Vi mi mal entre sueños, desdichado!
 Soñaba que en el tiempo del estío
 Llevaba, por pasar allí la siesta,
 Á beber en el Tajo mi ganado;
 Y después de llegado,
 Sin saber de cuál arte,
 Por desusada parte
 Y por nuevo camino el agua se iba;
 Ardiendo yo con la calor estiva,
 El curso enajenado iba siguiendo
 Del agua fugitiva.
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?
 Tus claros ojos ¿á quién los volviste?
 ¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
 Tu quebrantada fé ¿dó la pusiste?
 ¿Cuál es el cuello que como en cadena
 De tus hermosos brazos anudaste?
 No hay corazón que baste,

GARCILASO DE LA VEGA

Aunque fuese de piedra,
Viendo mi amada hiedra,
De mi arrancada, en otro muro asida,
Y mi parra en otro olmo entretejida,
Que no se esté con llanto deshaciendo
Hasta acabar la vida.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Qué no se esperará de aquí adelante,
Por difícil que sea y por incierto?
O ¿qué discordia no será juntada?
Y juntamente ¿qué tendrá por cierto,
O qué de hoy más no tendrá el amante,
Siendo a todo materia por tí dada?
Cuando tú enajenada
De mí, cuitado, fuiste,
Notable causa diste
Y ejemplo a todos cuantos cubre el cielo,
Que el más seguro tema con recelo
Perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza
De alcanzar lo imposible y no pensado,
Y de hacer juntar lo diferente,
Dando a quien diste el corazón malvado,
Quitándolo de mí con tal mudanza
Que siempre sonará de gente en gente.
La cordera paciente
Con el lobo hambriento
Hará su ayuntamiento,
Y con las simples aves sin ruido
Harán las bravas sierpes ya su nido;
Que mayor diferencia comprendo

GARCILASO DE LA VEGA

De tí al que has escogido.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo; en mi majada
La manteca y el queso está sobrado;
De mi cantar pues yo te ví agradada,
Tanto, que no pudiera el mantuano
Títiro ser de tí más alabado.
No soy pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo;
Que aun agora me veo
En esta agua que corre clara y pura,
Y cierto no trocara mi figura
Con ese que de mí se está riendo;
Trocara mi ventura.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fui tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condición terrible,
Siempre fuera tenido de tí en precio,
Y no viera de tí este apartamiento.
¿No sabes que sin cuento

Buscan en el estío
Mis ovejas el frío
De la sierra de Cuenca, y el gobierno
Del abrigado Extremo en el invierno?
Mas ¿qué vale el tener, si deritiendo
Me estoy en llanto eterno!
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen
Su natural dureza y la quebrantan,
Los árboles parece que se inclinan,

GARCILASO DE LA VEGA

Las aves que me escuchan; cuando cantan,
Con diferente voz se condolecen,
Y mi morir cantando me adivinan.
Las fieras que reclinan
Su cuerpo fatigado,
Dejan el sosegado
Sueño por escuchar mi llanto triste.
Tú sola contra mí te endureciste,
Los ojos aun siquiera no volviendo
A lo que tú hiciste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
No dexes el lugar que tanto amaste;
Que bien podrás venir de mí segura;
Y dexaré el lugar do me dexaste;
Ven, si por solo esto te detienes.
Ves aquí un prado lleno de verdura,
Ves aquí una espesura,
Ves aquí una agua clara,
En otro tiempo cara,
A quien de ti con lágrimas me quexo.
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
Al que todo mi bien quitarme puede;
Que pues el bien le dexo,
No es mucho que lugar tambien le quede.

Aquí dió fin á su cantar Salicio,
Y sospirando en el postrero acento,
Soltó de llanto una profunda vena,
Queriendo el monte al grave sentimiento
De aquel dolor en algo ser propicio,
Con la pasada voz retumba y suena:
La blanda Filomena,
Casi como dolida

GARCILASO DE LA VEGA

Y á compasion movida,
Dulcemente responde al son lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso
Decidlo vos, Pierides; que tanto
No puedo yo ni oso,
Que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
Árboles que os estáis mirando en ellas,
Verde prado de fresca sombra lleno,
Aves que aquí sembráis vuestras querellas,
Hiedra que por los árboles caminas,
Torciendo el paso por su verde seno;
Yo me ví tan ajeno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba,
Donde con dulce sueño reposaba,
O con el pensamiento discurría
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría;

Y en este mismo valle, donde agora
Me entristezco y me canso, en el reposo
Estuve ya contento y descansado.
¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome durmiendo aquí algún hora,
Que despertando, á Elisa ví á mi lado.
¡Oh miserable hado!
¡Oh tela delicada
Antes de tiempo dada
Á los agudos filos de la muerte!
Más convenible fuera aquesta suerte

GARCILASO DE LA VEGA

A los cansados años de mi vida,
Que es más que el hierro fuerte,
Pues no la ha quebrantado tu partida.
¿Dó están agora aquellos claros ojos
Que llevaban tras sí como colgada
Mi ánima do quier que se volvían?
¿Dó está la blanca mano delicada,
Llena de vencimientos y despojos
Que de mí mis sentidos le ofrecían?
Los cabellos que vian
Con gran desprecio al oro,
Como á menor tesoro
¿Adónde están? ¿Adónde el blanco pecho?
¿Dó la columna que el dorado techo
Con presunción graciosa sostenía?
Aquesto todo agora ya se encierra,
Por desventura mía,
En la fría, desierta y dura tierra.
¿Quién me dixera, Elisa, vida mía,
Quando en aqueste valle al fresco viento
Andábanos cogiendo tiernas flores,
Que había de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario día
Que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto,
Que á sempiterno llanto
Y á triste soledad me ha condenado;
Y lo que siento más es verme atado
Á la pesada vida y enojosa,
Solo, desamparado,
Ciego sin lumbré en carcel tenebrosa.
Después que nos dexaste, nunca paze

GARCILASO DE LA VEGA

En hartura el ganado ya, ni acude
El campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude:
La mala yerba al trigo ahoga, y nace
En lugar suyo la infelice avena;
La tierra, que de buena
Gana nos producía
Flores con que solía
Quitar en solo vellas mil enojos,
Produce agora en cambio estos abrojos,
Ya de rigor de espinas intratable;
Y yo hago con mis ojos
Crecer, llorando, el fruto miserable.
Como al partir del sol la sombra crece,
Y en cayendo su rayo se levanta
La negra escuridad que el mundo cubre,
De do viene el temor que nos espanta,
Y la medrosa forma en que se ofrece
Aquello que la noche nos encubre,
Hasta que el sol descubre
Su luz pura y hermosa;
Tal es la tenebrosa
Noche de tu partir, en que he quedado
De sombra y de temor atormentado,
Hasta que muerte el tiempo determine
Que á ver el deseado
Sol de tu clara vista me encamine.
Cual suele el ruiseñor con triste canto
Quexarse, entre las hojas escondido,
Del duro labrador, que cautamente
Le despojó su caro y dulce nido
De los tiernos hijuelos entre tanto
Que del amado ramo estaba ausente,

GARCILASO DE LA VEGA

Y aquel dolor que siente
Con diferencia tanta
Por la dulce garganta
Despide, y á su canto el aire suena,
Y la callada noche no refrena
Su lamentable oficio y sus querellas,
Trayendo de su pena
Al cielo por testigo y las estrellas;
Desta manera suelto yo la rienda
Á mi dolor, y así me queixo en vano
De la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazón metió la mano,
Y de allí me llevó mi dulce prenda;
Que aquel era su nido y su morada.
¿Ay muerte arrebatada!
Por tí me estoy quejando
Al cielo y enojando
Con importuno llanto al mundo todo:
Tan desigual dolor no sufre modo.
No me podrán quitar el dolorido.
Sentir, si ya del todo
Primero no me quitan el sentido.
Una parte guardé de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
Que nunca de mi seno se me apartan;
Descójolos, y de un dolor tamaño
Enternecerme siento, que sobre ellos
Nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
Con suspiros calientes,
Más que la llama ardientes,
Los enjugo del llanto, y de consuno
Casi los paso y cuento uno á uno;

GARCILASO DE LA VEGA

Juntándolos, con un cordon los ato.
Tras esto el importuno
Dolor me deja descansar un rato.
Mas luego á la memoria se me ofrece
Aquella noche tenebrosa, oscura,
Que siempre aflige esta ánima mezquina
Con la memoria de mi desventura.
Verte presente agora me parece
En aquel duro trance de Lucina,
Y aquella voz divina,
Con cuyo son y acentos
Á los airados vientos
Pudieras amansar, que agora es muda,
Me parece que oigo que á la cruda,
Inexorable diosa demandabas
En aquel paso ayuda;
Y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?
¿Ibate tanto en perseguir las fieras?
¿Ibate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar á tal crueza,
Que, conmovida á compasion, oído
Á los votos y lágrimas no dieras
Par no ver hecha tierra tal belleza,
Ó no ver la tristeza
En que tu Nemoroso
Queda, que su reposo
Era seguir tu oficio, persiguiendo
Las fieras por los montes, y ofreciendo
Á tus sagradas aras los despojos?
¿Y tú, ingrata, riendo
Dexas morir mi bien ante mis ojos?
Divina Elisa, pues agora el cielo
Con inmortales pies pisas y mides,

GARCILASO DE LA VEGA

Y su mudanza ves, estando queda,
 ; Por qué de mí te olvidas, y no pides
 Que se apresure el tiempo en que este velo
 Rompa del cuerpo, y verme libre pueda,
 Y en la tercera rueda
 Contigo mano á mano
 Busquemos otro llano,
 Busquemos otros montes y otros ríos,
 Otros valles floridos y sombríos,
 Donde descanse y siempre pueda verte
 Ante los ojos míos,
 Sin miedo y sobresalto de perderte? —
 Nunca pusieran fin al triste lloro
 Los pastores, ni fueran acabadas
 Las canciones que solo el monte oía,
 Si mirando las nubes coloradas,
 Al trasmontar del sol bordadas de oro,
 No vieran que era ya pasado el día.
 La sombra se veía
 Venir corriendo apriesa
 Ya por la falda espesa
 Del altísimo monte, y recordando
 Ambos como de sueño, y acabando
 El fugitivo sol, de luz escaso,
 Su ganado llevando,
 Se fueron recogiendo paso á paso.

12.

A la flor de Gnido.

SI de mi baxa lira
 Tanto pudiese el son, que en un momento
 Aplacase la ira

GARCILASO DE LA VEGA

Del animoso viento,
 Y la furia del mar y el movimiento;
 Y en ásperas montañas
 Con el suave canto enterneciese
 Las fieras alimañas,
 Los árboles moviese,
 Y al son confusamente los traxese;
 No pienses que cantado
 Seria de mí, hermosa flor de Gnido,
 El fiero Marte airado,
 Á muerte convertido,
 De polvo y sangre y de sudor teñido;
 Ni aquellos capitanes
 En las sublimes ruedas colocados,
 Por quien los alemanes
 El fiero cuello atados,
 Y los franceses van domesticados.
 Mas solamente aquella
 Fuerza de tu beldad seria cantada,
 Y alguna vez con ella
 También seria notada
 El aspereza de que estás armada;
 Y cómo por tí sola,
 Y por tu gran valor y hermosura,
 Convertido en viola,
 Llora su desventura
 El miserable amante en tu figura.
 Hablo de aquel cativo,
 De quien tener se debe mas cuidado,
 Que está muriendo vivo,
 Al remo condenado,
 En la concha de Venus amarrado.
 Por tí, como solía,

GARCILASO DE LA VEGA

Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le aflige.
Por tí, con diestra mano
No revuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa
Palestra como sierpe ponzoñosa.
Por tí, su blanda musa,
En lugar de la cítara sonante,
Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante
Hacen bañar el rostro del amante.
Por tí, el mayor amigo
Le es importuno, grave y enojoso;
Yo puedo ser testigo
Que ya del peligroso
Naufragio fui su puerto y su reposo.
Y agora en tal manera
Vence el dolor á la razon perdida,
Que ponzoñosa fiera
Nunca fué aborrecida
Tanto como yo dél, ni tan temida.
No fuiste tú engendrada
Ni producida de la dura tierra;
No debe ser notada
Que ingratamente yerra
Quien todo el otro error de sí destierra.
Hágate temerosa
El caso de Anaxárete, y cobarde,
Que de ser desdenosa
Se arrepintió muy tarde;

GARCILASO DE LA VEGA

Y así, su alma con su mármol arde,
Estábase alegrando
Del mal ajeno el pecho empedernido,
Cuando abaxo mirando
El cuerpo muerto vido
Del miserable amante, allí tendido.
Y al cuello el lazo atado,
Con que desenlazó de la cadena
El corazon cuitado,
Que con su breve pena
Compró la eterna punición ajena.
Sintió allí convertirse
En piedad amorosa el aspereza.
; Oh tarde arrepentirse!
; Oh última terneza!
; Cómo te sucedió mayor dureza?
Los ojos se enclavaron
En el tendido cuerpo que allí vieron,
Los huesos se tornaron
Más duros y crecieron,
Y en sí toda la carne convirtieron;
Las entrañas heladas
Tornaron poco á poco en piedra dura;
Por las venas cuitadas
La sangre su figura
Iba desconociendo y su natura;
Hasta que finalmente
En duro mármol vuelta y trasformada,
Hizo de sí la gente
No tan maravillada
Cuanto de aquella ingratitud vengada.
No quieras tú, señora,
De Némesis airada las saetas

GARCILASO DE LA VEGA

Probar, por Dios, agora;
Baste que tus perfetas
Obras y hermosura á los poetas
Dén inmortal materia,
Sin que tambien en verso lamentable
Celebren la miseria
De algun caso notable
Que por tí pase triste y miserable.

GUTIERRE DE CETINA

Madrigal

OJOS claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me mirais, mirais airados?
Si cuando más piadosos,
Más bellos parecéis á aquel que os mira,
No me mireis con ira,
Porque no parezcáis menos hermosos.
¡Ay tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así me mirais, miradme al menos

FRAY LUIS DE LEÓN

Vida retirada

¡QUE descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido

FRAY LUIS DE LEÓN

los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta á mi contento
si soy del vano dedo señalado?
si en busca de este viento
ando desalentado

con ansias vivas, y mortal cuidado?
¡Oh campo, oh monte, oh río!
¡oh secreto seguro deleitoso!
roto casi el navío,
á vuestro almó reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de quien la sangre ensalza ó el dinero.

Despiértente las aves
con su cantar suave no aprendido,
no los cuidados graves
de que es siempre seguido,
quien al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,

FRAY LUIS DE LEÓN

Á solas sin testigo
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
de ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo,
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menean
con un manso ruido
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
los que de un flaco leño se confían:
no es mio ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna, al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen á porfía.

FRAY LUIS DE LEÓN

A mí una pobrecilla
mesa de amiable paz bien abastada
me baste, y la baxilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
en sed insaciable
del no durable mando
tendido yo á la sombra esté cantando.

Á la sombra tendido
de yedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al són dulce acordado
del plectro sabiamente meneado.

15. Á Francisco Salinas

EL aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sábia mano gobernada.

Á cuyo són divino
mi alma que en olvido está sumida,
torna á cobrar el tino,
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
en suerte y pensamientos se mejora
el oro desconoce
que el vulgo ciego adora,

la belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo

hasta llegar á la más alta esfera,

y oye allí otro modo

de no perecedera

música, que es de todas la primera.

Ve cómo el gran maestro

á aquesta inmensa cítara aplicado,

con movimiento diestro

produce el són sagrado

con que este eterno templo es sustentado.

Y como está compuesta

de números concordes, luego envía

consonante respuesta,

y entrambas á porfía

mezclan una dulcísima armonía.

Aquí la alma navega

por un mar de dulzura, y finalmente

en él así se anega,

que ningún accidente

extraño ó peregrino oye ó siente.

¡Oh desmayo dichoso!

¡oh muerte que das vida! ¡oh dulce olvido!

¡durase en tu reposo

sin ser restituído

jamás á aqueste baxo y vil sentido!

Á este bien os llamo,

gloria del Apolíneo sacro coro,

amigos, á quien amo

sobre todo tesoro;

que todo lo demás es triste lloro.

¡Oh! suene de continuo,

Salinas, vuestro són en mis oídos,

por quien al bien divino

despiertan los sentidos,

quedando á lo demás amortecidos.

16.

Á Felipe Ruiz

¿CUANDO será que pueda

libre de esta prisión volar al cielo,

Felipe, y en la rueda

que huye más del suelo,

contemplar la verdad pura sin velo?

Allí á mi vida junto

en luz resplandeciente convertido,

veré distinto y junto

lo que es y lo que ha sido,

y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo

el divino poder echó el cimiento

tan á nivel y plomo,

dó estable eterno asiento

posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales

columnas dó la tierra está fundada,

las lindes y señales

con que á la mar atada

la Providencia tiene aprisionada.

Por qué tiembla la tierra,

por qué las hondas mares se embravecen,

dó sale á mover guerra

el cierzo, y por qué crecen

las aguas del Océano y descrecen.

De dó manan las fuentes;

quién ceba, y quién bastece de los ríos
las perpetuas corrientes ;
de los helados ríos
veré las causas, y de los estíos.

Las soberanas aguas
del aire en la región quién las sostiene ;
de los rayos las fraguas ;
dó los tesoros tiene
de nive Dios, y el trueno dónde viene.

¿ No ves cuando acontece
turbarse el aire todo en el verano ?
el día se ennegrece,
sopla el gallego insano,
y sube hasta el cielo el polvo vano ;

Y entre las nubes mueve
su carro Dios ligero y reluciente,
horrible son conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente.

La lluvia baña el techo,
envían largos ríos los collados ;
su trabajo deshecho,
los campos anegados
miran los labradores espantados.

Y de allí levantado
veré los movimientos celestiales,
así el arrebatado
como los naturales,
las causas de los hados, las señales.

Quién rige las estrellas
veré, y quién las enciende con hermosas
y eficaces centellas ;
por qué están las dos osas,

de bafarse en el mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno
fuente de vida y luz dó se mantiene ;
y por qué en el invierno
tan presuroso viene,
por qué en las noches largas se detiene.

Veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas ;
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.

17.

Noche serena

CUANDO contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hácia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado :

El amor y la pena
despiertan en mi pecho una ansia ardiente ;
despiden larga vena
los ojos hechos fuente ;
la lengua dice al fin con voz doliente :

Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
mi alma que á tu alteza
nació, ¿ qué desventura
la tiene en esta cárcel baxa, obscura ?
¿ Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que de tu bien divino

olvidado, perdido
sigue la vana sombra, el bien fingido?

El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y con paso callado
el cielo vueltas dando
las horas del vivir le va hurtando.

¡Ay! despertad, mortales;
mirad con atención en vuestro daño;
¡las almas inmortales
hechas á bien tamaño
podrán vivir de sombra, y solo engano?

¡Ay! levantad los ojos
á aquesta celestial eterna esfera,
burlaréis los antojos
de aquesta lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¡Es más que un breve punto
el baxo y torpe suelo, comparado
á aqueste gran trasumpto,
do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternos,
su movimiento cierto,
sus pasos desiguales,
y en proporción concorde tan iguales:

La luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos de ella,
la luz dó el saber fluye,
y la graciosa estrella
de amor le sigue reluciente y bella;

Y cómo otro camino

prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benino
de bienes mil cercado
serena el cielo con su rayo amado:

Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro,
tras él la muchedumbre
del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro:

¿Quién es el que esto mira,
y precia la baxeza de la tierra,
y no gime y suspira
por romper lo que encierra
el alma, y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
aquí reina la paz: aquí asentado
en rico y alto asiento
está al amor sagrado
de honra y de deleites rodeado.

Inmensa hermosura
aquí se muestra toda; y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!
¡oh prados con verdad frescos y amenos!
¡riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos!
¡repuestos valles de mil bienes llenos!

Morada del cielo

ALMA región luciente,
prado de bienandanza, que ni al hielo
ni con el rayo ardiente
falleces, fértil suelo
productor eterno de consuelo:

De púrpura y de nieve
florida la cabeza coronado,
á dulces pastos mueve
sin honda ni cayado,
el buen Pastor en tí su hato amado.

El va, y en pos dichosas
le siguen sus ovejas, dó las paze
con inmortales rosas,
con flor que siempre nace,
y cuanto más se goza más renace.

Ya dentro á la montaña
del alto bien las guía; ya en la vena
del gozo fiel las baña,
y les da mesa llena,
pastor y pasto él solo, y suerte buena.

Y de su esfera cuando
la cumbre toca altísimo subido
el sol, él sesteando
de su hato ceñido
con dulce són deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro,
y el inmortal dulzor al alma pasa,
con que envilece el oro,
y ardiendo se traspasa
y lanza en aquel bien libre de tasa.
; Oh són, oh voz! siquiera

pequeña parte alguna descendiese
en mi sentido, y fuera
de sí el alma pusiese
y toda en tí, oh amor, la convirtiese!

Conocería dónde
sesteas, dulce Esposo, y desatada
de esta prision á donde
padece, á tu manada
junta, no ya andará perdida, errada.

En la Ascensión

¡Y DEXAS, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto,
y tú rompiendo el puro
aire, te vas al immortal seguro!

¿ Los antes bienhadados,
y los agora tristes y afligidos,
á tus pechos criados,
de Tí desposeídos,
á dó convertirán ya sus sentidos?

¿ Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
quien oyó tu dulzura,
¿ qué no tendrá por sordo y desventura?
¿ Aqueste mar turbado
quién le pondrá ya freno? ¿ quién concierto
al viento fiero airado?
estando tú encubierto
¿ qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay! nube envidiosa
 aun de este breve gozo ¿qué te aquejas?
 ¿dó vuelas presurosa?
 ¿cuán rica tú te alexas!
 ¿cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dexas!

Imitación de diversos

VUESTRA tirana exención
 y ese vuestro cuello erguido
 estoy cierto que Cupido
 pondrá en dura sujeción.
 Vivid esquivá y exenta;
 que á mí cuenta

vos serviréis al amor
 cuando de vuestro dolor
 ninguno quiera hacer cuenta.

Cuando la dorada cumbre
 fuere de nieve esparcida,
 y las dos luces de vida
 recogieren ya su lumbré;
 cuando la ruga enojosa
 en la hermosa
 frente y cara se mostrare,
 y el tiempo que vuela helare
 esa fresca y linda rosa:

Cuando os viéredes perdida,
 os perdereis por querer,
 sentireis que es padecer
 querer y no ser querida.
 Diréis con dolor, Señora,
 cada hora:

¡quién tuviera, ay sin ventura,
 ó agora aquella hermosura
 ó antes el amor de agora!

Á mil gentes que agraviadas
 tenéis con vuestra porfía,
 dexaréis en aquel día
 alegres y bien vengadas.
 Y por mil partes volando
 publicando

el amor irá este cuento,
 para aviso y escarmiento
 de quien huye de su bando.

¡Ay! por Dios, Señora bella,
 mirad por vos, mientras dura
 esa flor graciosa y pura,
 que el no gozalla es perdella,
 y pues no menos discreta
 y perfeta
 sois que bella y desdenosa,
 mirad que ninguna cosa
 hay que á amor no esté sujeta.

El amor gobierna el cielo
 con ley dulce eternamente,
 ¿y pensáis vos ser valiente
 contra él acá en el suelo?
 Da movimiento y viveza
 á belleza
 el amor, y es dulce vida;
 y la suerte más valida
 sin él es triste pobreza.

¿Qué vale el beber en oro,
 el vestir seda y brocado,
 el techo rico labrado,

FRAY LUIS DE LEÓN

los montones de tesoro?
¿Y qué vale si á derecho
os da pecho
el mundo todo y adora,
si á la fin dormís, Señora,
en el solo y frío lecho?

27.

Soneto

AGORA con la aurora se levanta
mi luz, agora coge en rico nudo
el hermoso cabello, agora el crudo
pecho ciñe con oro, y la garganta.

Agora vuelta al cielo pura y santa
las manos y ojos bellos alza, y pudo
dolerse agora de mí mal agudo;
agora incomparable tañe y canta.

Así digo, y del dulce error llevado,
presente ante mis ojos la imagino,
y lleno de humildad y amor la adoro.

Mas luego vuelve en sí el engañado
ánimo, y conociendo el desatino,
la rienda suelta largamente al lloro.

SAN JUAN DE LA CRUZ

22. *Cántico espiritual entre el alma y*

Cristo su Esposo

ESPOSA

¿ADÓNDE te escondiste,
Amado, y me dexaste con gemido?
Como el ciervo huiste,

SAN JUAN DE LA CRUZ

Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando, y ya eras ido.

Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero
Decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores,
Iré por esos montes y riberas,
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.
¡Oh bosques y espesuras,
Plantadas por la mano del Amado,
Oh prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado.

RESPUESTA DE LAS CRIATURAS

Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y, yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dexó de su hermosura.

ESPOSA

¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy ya más mensajero,
Que no saben decirme lo que quiero.
Y todos cuantos vagan,
De tí me van mil gracias refiriendo,

SAN JUAN DE LA CRUZ

Y todos más me llagan,
Y déxame muriendo
Un no sé qué quedan balbuciendo.
Mas ¿cómo perseveras,
Oh vida, no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras
Las flechas que recibes,
De lo que del Amado en ti concibes?
¿Por qué, pues has llagado
A aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Por qué así lo dexaste,
Y no tomas el robo que robaste?
Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos
Y solo para tí quiero tenellos.
Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura:
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.
¿Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados!
Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

ESPOSO

Vuélvete, paloma,

SAN JUAN DE LA CRUZ

Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA

Mi amado, las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los ríos sonoros,
El silbo de los aires amorosos.

La noche sosegada,
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora.

Cazadnos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña,
En tanto que de rosas
Hacemos una piña,
Y no parezca nadie en la montaña.

Detente, Cierzo muerto:
Ven, Austro, que recuerdas los aniores,
Aspira por mi huerto,
Y corran tus olores,

Y pacirá el Amado entre las flores.
Oh ninfas de Judea,
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea,
Morá en los arrabales,
Y no queráis tocar nuestros umbrales.

Escóndete, Carillo,
Y mira con tu haz á las montañas,
Y no quieras decillo;

SAN JUAN DE LA CRUZ

Mas mira las compañías
De la que va por insulas extrañas.

ESPOSO

Á las aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores,
Y miedos de las noches veladores,
Por las amenas liras
Y cantos de sirenas os conjuro
Que cesen vuestras iras,
Y no toqueis al muro,
Porque la Esposa duerma más seguro.
Entrádose ha la Esposa
En el ameno huerto deseado,
Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado.
Debajo del manzano
Allí conmigo fuiste desposada,
Allí te dí la mano,
Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada.

ESPOSA

Nuestro lecho florido,
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura teñido,
De paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.
Á zaga de tu huella
Los jóvenes discurren el camino;

SAN JUAN DE LA CRUZ

Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino.

En la interior bodega
De mi amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía
Y el ganado perdí que antes seguía.

Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le dí de hecho
Á mi, sin dejar cosa,
Allí le prometí de ser su esposa.

Mi alma se ha empleado
Y todo mi caudal en su servicio.
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio:
Que ya solo en amar es mi ejercicio.

Pues ya si en el exido
De hoy más no fuere vista ni hallada,
Diréis que me he perdido,
Que andando enamorada
Me hice perdidiza, y fui ganada.

De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas,
Haremos las guirnaldas,
En tu amor florecidas,
Y en un cabello mío entretejidas.

En solo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirastele en mi cuello,
Y en el preso quedaste,
Y en uno de mis ojos te llagaste.

Cuando tú me mirabas,
 Su gracia en mí tus ojos imprimían;
 Por eso me adamabas,
 Y en eso merecían
 Los míos adorar lo que en tí vían.
 No quieras despreciarme,
 Que si color moreno en mí hallaste
 Ya bien puedes mirarme,
 Despues que me miraste,
 Que gracia y hermosura en mí dexaste.

ESPOSO

La blanca palomica
 Al arca con el ramo se ha tornado,
 Y ya la tortolica
 Al socio deseado
 En las riberas verdes ha hallado.
 En soledad vivía,
 Y en soledad ha puesto ya su nido,
 Y en soledad la guía
 A solas su querido,
 También en soledad de amor herido.

ESPOSA

Gocémonos, Amado,
 Y vámonos á ver en tu hermosura
 Al monte y al collado,
 Do mana el agua pura;
 Entremos más adentro en la espesura.
 Y luego á las subidas
 Cavernas de las piedras nos iremos,
 Que están bien escondidas,
 Y allí nos entraremos,
 Y el mosto de granadas gustaremos.

Allí me mostrarías
 Aquello que mi alma pretendía,
 Y luego me darías
 Allí tú, vida mía,
 Aquello que me diste el otro día.
 El aspirar del aire,
 El canto de la dulce Filomena,
 El soto y su donaire,
 En la noche serena
 Con llama que consume y no da pena.
 Que nadie lo miraba,
 Aminadab tampoco parecía,
 Y el cerco sosegaba,
 Y la caballería
 A vista de las aguas descendía.

ANÓNIMO

NO me mueve, mi Dios, para quererte
 El cielo que me tienes prometido,
 Ni me mueve el infierno tan temido
 Para dejar por eso de ofenderte.
 Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
 Clavado en una cruz y escarnecido;
 Muéveme ver tu cuerpo tan herido;
 Muéveme tus afrentas y tu muerte.
 Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
 Que aunque no hubiera cielo, yo te amara.
 Y aunque no hubiera infierno, te temiera.
 No me tienes que dar porque te quiera;
 Pues aunque lo que espero no esperara,
 Lo mismo que te quiero te quisiera.

Cuando tú me mirabas,
 Su gracia en mí tus ojos imprimían;
 Por eso me adamabas,
 Y en eso merecían
 Los míos adorar lo que en tí vían.
 No quieras despreciarme,
 Que si color moreno en mí hallaste
 Ya bien puedes mirarme,
 Despues que me miraste,
 Que gracia y hermosura en mí dexaste.

ESPOSO

La blanca palomica
 Al arca con el ramo se ha tornado,
 Y ya la tortolica
 Al socio deseado
 En las riberas verdes ha hallado.
 En soledad vivía,
 Y en soledad ha puesto ya su nido,
 Y en soledad la guía
 A solas su querido,
 También en soledad de amor herido.

ESPOSA

Gocémonos, Amado,
 Y vámonos á ver en tu hermosura
 Al monte y al collado,
 Do mana el agua pura;
 Entremos más adentro en la espesura.
 Y luego á las subidas
 Cavernas de las piedras nos iremos,
 Que están bien escondidas,
 Y allí nos entraremos,
 Y el mosto de granadas gustaremos.

Allí me mostrarías
 Aquello que mi alma pretendía,
 Y luego me darías
 Allí tú, vida mía,
 Aquello que me diste el otro día.
 El aspirar del aire,
 El canto de la dulce Filomena,
 El soto y su donaire,
 En la noche serena
 Con llama que consume y no da pena.
 Que nadie lo miraba,
 Aminadab tampoco parecía,
 Y el cerco sosegaba,
 Y la caballería
 A vista de las aguas descendía.

ANÓNIMO

NO me mueve, mi Dios, para quererte
 El cielo que me tienes prometido,
 Ni me mueve el infierno tan temido
 Para dejar por eso de ofenderte.
 Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
 Clavado en una cruz y escarnecido;
 Muéveme ver tu cuerpo tan herido;
 Muéveme tus afrentas y tu muerte.
 Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
 Que aunque no hubiera cielo, yo te amara.
 Y aunque no hubiera infierno, te temiera.
 No me tienes que dar porque te quiera;
 Pues aunque lo que espero no esperara,
 Lo mismo que te quiero te quisiera.

La cierva

DOLIENTE cierva, que el herido lado
De ponzonosa y cruda yerba lleno,
Buscas el agua de la fuente pura,
Con el cansado aliento y con el seno
Bello de la corriente sangre hinchado,
Débil y descaída tu hermosura :
Ay ! que la mano dura
Que tu nevado pecho
Ha puesto en tal estrecho,
Gozosa va con tu desdicha; cuando
Cierva mortal, viviendo, estás penando
Tu desangrado y dulce compañero,
El regalado y blando
Pecho pasado del veloz montero :
Vuelve cuitada, vuelve al valle, donde
Queda muerto tu amor, en vano dando
Términos desdichados á tu suerte.
Morirás en su seno, reclinando
La beldad, que la cruda mano esconde
Delante de la nube de la muerte.
Que el paso duro y fuerte,
Ya forzoso y terrible,
No puede ser posible
Que le escusen los cielos, permitiendo
Crudos astros que muera padeciendo
Las asechanzas de un montero crudo,
Que te vino siguiendo
Por los desiertos de este campo mudo.
Mas ¡ ay ! que no dilatas la inclemente
Muerte, que en tu sangriento pecho llevas,
Del crudo amor veneido y maltratado:

Tú con el fatigado aliento pruebas
Á rendir el espíritu doliente
En la corriente de este valle amado,
Que el ciervo desangrado,
Que contigo la vida
Tuvo por bien perdida,
No fue tan poco de tu amor querido,
Que habiendo tan cruelmente padecido,
Quieras vivir sin él, cuando pudieras
Librar el pecho herido
De crudas llagas y memorias fieras.
Cuando por la espesura deste prado
Como tórtolas solas y queridas,
Solos y acompañados anduvistes :
Cuando de verde mirto y de floridas
Violetas, tierno acanto y lauro amado,
Vuestras frentes bellísimas cenistes :
Cuando las horas tristes,
Ausentes y queridos,
Con mil mustios bramidos
Ensordecistes la ribera umbrosa
Del claro Tajo, rica y venturosa
Con vuestro bien, con vuestro mal sentida ;
Cuya muerte penosa
No dexa rastro de contenta vida.
Agora el uno, cuerpo muerto lleno
De desden y de espanto, quien solía
Ser ornamento de la selva umbrosa :
Tú, quebrantada y mustia, al agonía
De la muerte rendida, el bello seno
Agonizando, el alma congojosa :
Cuya muerte gloriosa,
En los ojos de aquellos

FRANCISCO DE LA TORRE

Cuyos despojos bellos
Son victorias del crudo amor furioso,
Martirio fué de amor, triunfo glorioso
Con que corona y premia dos amantes:
Que del siempre rabioso
Trance mortal salieron muy triunfantes.

Cancion, fábula un tiempo, y caso agora
De una cierva doliente, que la dura
Flecha del cazador dexó sin vida,
Errad por la espesura
Del monte, que de gloria tan perdida
No hay sino lamentar su desventura.

GIL POLO

Canción

EN el campo venturoso,
Donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso
Dejando el suelo abundoso
Da tributo al mar potente;
Galatea, desdenosa
Del dolor que á Licio daña,
Iba alegre y bulliciosa
Por la ribera arenosa
Que el mar con sus ondas baña,
Entre la arena cogiendo
Conchas y piedras pintadas,
Muchos cantares diciendo
Con el son del ronco estruendo
De las ondas alteradas:

GIL POLO

Junto el agua se ponía,
Y las ondas aguardaba,
Y en verlas llegar huía;
Pero á veces no podía
Y el blanco pié se mojaba.

Licio, al cual en sufrimiento
Amador ninguno iguala,
Suspendió allí su tormento
Mientras miraba el contento
De su pulida zagala.

Mas cotejando su mal
Con el gozo que ella había
El fatigado zagal
Con voz amarga y mortal
De esta manera decía:

Ninfa hermosa, no te veas
Jugar con el mar horrendo;
Y aunque más placer te sea,
Huye del mar, Galatea,
Como estás de Licio huyendo.

Deja ahora de jugar,
Que me es dolor importuno:
No me hagas más penar,
Que en verte cerca del mar
Tengo celos de Neptuno.

Causa mi triste cuidado
Que á mi pensamiento crea:
Porque ya está averiguado
Que si no es tu enamorado
Lo será cuando te vea.

Y está cierto, porque amor
Sabe desde que me hirió,
Que para pena mayor

Me falta un competidor mil,
 Más poderoso que yo.
 Deja la seca ribera,
 Do está el alga infructuosa:
 Guarda que no salga afuera,
 Alguna marina fiera.
 Enroscada y escamosa,
 Huye ya; y mira qué sientos
 Por tí dolores sobrados;
 Porque con doble tormento
 Celos me da tu contento
 Y tu peligro cuidados.
 En verte regocijada
 Celos me hacen acordar
 De Europa, ninfa preciada,
 Del toro blanco engañada.
 En la ribera del mar,
 Y el ordinario cuidado
 Hace que piense continuo
 De aquel desdeñoso alnado,
 Orilla el mar arrastrado,
 Visto aquel monstruo marino.
 Mas no veo en tí temor
 De congója y pena tanta;
 Que bien sé por mi dolor
 Que á quien no teme al amor
 Ningun peligro le espanta.
 Guarte pues de un gran cuidado:
 Que el vengativo Cupido
 Viéndose menospreciado,
 Lo que no hace de grado,
 Suele hacerlo de ofendido.
 Ven conmigo al bosque ameno,

Y al apacible sombrío
 De olorosas flores lleno,
 Do en el día más sereno
 No es enojoso el Estío.
 Si el agua te es placentera,
 Hay allí fuente tan bella,
 Que para ser la primera
 Entre todas, solo espera
 Que tú te laves en ella.
 En aqueste raso suelo
 Á guardar tu hermosa cara
 No basta sombrero ó velo;
 Que estando al abierto cielo
 El sol morena te para.
 No escuchas dulces concientos,
 Sino el espantoso estruendo
 Con que los bravosos vientos
 Con soberbios movimientos
 Van las aguas revolviendo.
 Y tras la fortuna fiera
 Son las vistas más suaves
 Ver llegar á la ribera
 La destrozada madera
 De las anegadas naves.
 Ven á la dulce floresta,
 Do natura no fue escasa:
 Donde haciendo alegre fiesta
 La más calorosa siesta
 Con más deleite se pasa.
 Huye los soberbios mares;
 Ven, verás cómo cantamos
 Tan deleitosos cantares
 Que los más duros pesares

Suspendemos y engañamos;
Y aunque quien pasa dolores,
Amor le fuerza á cantarlos,
Yo haré que los pastores
No digan cantos de amores,
Porque huelgues de escucharlos.

Allí, por bosques y prados,
Podrás leer todas horas,
En mil robles señalados
Los nombres más celebrados
De las ninfas y pastoras.
Mas seráte cosa triste
Ver tu nombre allí pintado,
En saber que escrita fuiste
Por el que siempre tuviste
De tu memoria borrado.

Y aunque mucho estés airada,
No creo yo que te asombre
Tanto el verte allí pintada,
Como el ver que eres amada
Del que allí escribió tu nombre.

No ser querida y amar
Fuera triste desplacer;
Mas ¿qué tormento ó pesar
Te puede, Ninfa, causar
Ser querida y no querer?

Mas desprecia cuanto quieras
A tu pastor, Galatea;
Solo que en estas riberas
Cerca de las ondas fieras
Con mis ojos no te vea.
¿Qué pasatiempo mejor
Orilla el mar puede hallarse

Que escuchar el ruisenior,
Coger la olorosa flor
Y en clara fuente lavarse?

Pluguiera á Dios que gozaras
De nuestro campo y ribera,
Y porque más lo preciaras,
Ojalá tú lo probaras.

Antes que yo lo dijera.
Porque cuanto alabo aquí

De su crédito lo quito;
Pues el contentarme á mí
Bastará para que á tí
No te venga en apetito.

Licio mucho más le hablara,
Y tenía más que hablalle,
Si ella no se lo estorbára,
Que con desdenosa cara

Al triste dice que calle.
Volvió á sus juegos la fiera

Y á sus llantos el pastor,
Y de la misma manera
Ella queda en la ribera,
Y él en su mismo dolor.

FERNANDO DE HERRERA

26. *Por la vitoria de Lepanto*

CANTEMOS al Señor, que en la llanura
Venció del ancho mar al Tráce fiero;
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.

FERNANDO DE HERRERA

Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraon, feroz guerrero;
Sus escogidos príncipes cubrieron
Los abismos del mar, y descendieron,
Cual piedra, en el profundo, y tu ira luego
Los trago, como arista seca el fuego.

El soberbio tirano, confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros más excelsos de la cima
Y el árbol que más yerto se sublima,
Bebiendo agenas aguas y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños, confundidos
Del impio furor suyo; alzó la frente
Contra tí, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos extendidos,
Movi6 el airado cuello aquel potente;
Cercó su corazón de ardiente saña
Contra las dos Hesperias, que el mar baña,
Porque en tí confiadas le resisten
Y de armas de tu fé y amor se visten.

Dixo aquel insolente y desdenoso:
«No conocen mis iras estas tierras,
Y de mis padres los ilustres hechos,
Ó valieron sus pechos
Contra ellos con el húngaro medroso,
Y de Dalmacia y Ródas en las guerras?
¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos

FERNANDO DE HERRERA

Pudo salvar los de Austria y los germáños?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardallos de mi diestra vencedora?»

«Su Roma, temerosa y humillada,
Los cánticos en lágrimas convierte;
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan
Cuando vencidos mueran;
Francia está con discordia quebrantada,
Y en España amenaza horrible muerte.
Quien honra de la luna las banderas;
Y aquellas en la guerra gentes fieras
Ocupadas están en su defensa,
Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?»

«Los poderosos pueblos me obedecen,
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
Y me dan por salvarse ya la mano.
Y su valor es vano;
Que sus luces cayendo se oscurecen,
Sus fuertes á la muerte ya caminan,
Sus vírgenes están en cautiverio,
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.
Del Nilo á Eufrátes fértil y Istro frío,
Cuanto el sol alto mira todo es mío.»

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima,
Prevaleciendo en vanidad y en ira,
Este soberbio mira,
Que tus aras afea en su vitoria.
No dexes que los tuyos así oprima,
Y en su cuerpo, cruel, las fieras cebe,
Y en su esparcida sangre el odio pruebe;
Que hecho ya su oprobrio, dice: «¿Dónde
El Dios de estos está? ¿De quien se asconde?»

FERNANDO DE HERRERA

Por la debida gloria de tu nombre,
 Por la justa venganza de tu gente,
 Por aquel de los míseros gemido,
 Vuelve el brazo tendido
 Contra este, que aborrece ya ser hombre;
 Y las honras que celas tú consiente;
 Y tres y cuatro veces el castigo
 Esfuerza con rigor á tu enemigo,
 Y la injuria á tu nombre cometida
 Sea el hierro contrario de su vida.
 Levantó la cabeza el poderoso
 Que tanto odio te tiene; en nuestro estrago
 Juntó el consejo, y contra nos pensaron
 Los que en él se hallaron.
 «Venid, dixeron, y en el mar ondoso
 Hagamos de su sangre un grande lago;
 Deshagamos á estos de la gente,
 Y el nombre de su Cristo juntamente,
 Y dividiendo de ellos los despojos,
 Hártense en muerte suya nuestros ojos.»
 Vinieron de Asia y portentoso Egipto
 Los árabes y leves africanos,
 Y los que Grecia junta mal con ellos,
 Con los erguidos cuellos,
 Con gran poder y número infinito;
 Y prometer osaron con sus manos
 Encender nuestros fines y dar muerte
 Á nuestra juventud con hierro fuerte,
 Nuestros niños prender y las doncellas,
 Y la gloria manchar y la luz dellas.
 Ocuparon del piélago los senos,
 Puesta en silencio y en temor la tierra,
 Y cesaron los nuestros valerosos,

FERNANDO DE HERRERA

Y callaron dudosos,
 Hasta que al fiero ardor de sarracenos
 El Señor eligiendo nueva guerra,
 Se opuso el jóven de Austria generoso
 Con el claro español y belicoso;
 Que Dios no sufre ya en Babel cantiva
 Que su Sion querida siempre viva.
 Cual león á la presa apercibido,
 Sin recelo los impios esperaban
 Á los que tú, Señor, eras escudo;
 Que el corazón desnudo
 De pavor, y de amor y fé vestido,
 Con celestial aliento confiaban.
 Sus manos á la guerra compusiste,
 Y sus brazos fortísimos pusiste
 Como el arco acerado, y con la espada
 Vibraste en su favor la diestra armada.
 Turbáronse los grandes, los robustos
 Rindieron temblando y desmayaron;
 Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
 Como la arista queda
 Al ímpetu del viento, á estos injustos,
 Que mil huyendo de uno se pasmaron.
 Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
 En las espesas cumbres se derrama,
 Tal en tu ira y tempestad seguiste
 Y su faz de ignominia convertiste.
 Quebrantaste al cruel dragon, cortando
 Las alas de su cuerpo temerosas
 Y sus brazos terribles no vencidos;
 Que con hondos gemidos
 Se retira á su cueva, do silbando
 Tiembla con sus culebras venenosas,

FERNANDO DE HERRERA

Lleno de miedo torpe sus entrañas,
De tu leon temiendo las hazañas;
Que, saliendo de Espana, dió un rugido
Que lo dexó asombrado y aturrido.
Hoy se vieron los ojos humillados
Del sublime varon y su grandeza,
Y tú solo, Señor, fuiste exaltado;
Que tu día es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
Sobre la alta cerviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y extendidos,
Sobre empinados montes y crecidos,
Sobre torres y muros, y las naves
De Tiro, que á los tuyos fueron graves.
Babilonia y Egipto amedrentada
Temerá el fuego y la asta violenta,
Y el humo subirá á la luz del cielo,
Y faltos de consuelo,
Con rostro oscuro y soledad turbada
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
Egipto y gloria de su confianza,
Triste que á ella pareces, no temiendo
Á Dios y á tu remedio no atendiendo,
¿Por qué, ingrata, tus hijas adornaste
En adulterio intame á una impia gente,
Que deseaba profanar tus frutos,
Y con ojos enjutos
Sus odiosos pasos imitaste,
Su aborrecida vida y mal presente?
Dios vengará sus iras en tu muerte;
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte
La aguda espada suya; ¿quién, cuitada,

FERNANDO DE HERRERA

Reprimirá su mano desatada?
Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro,
Que en tus naves estabas gloriosa,
Y el término espantabas de la tierra,
Y si hacías guerra,
De temor la cubrías con suspiro
¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?
¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto
Y derribar tus ínclitos y fuertes
Te hizo perecer con tantas muertes.
Llorad, naves del mar; que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensamiento.
¿Quién ya tendrá de tí lástima alguna,
Tú, que sigues la luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
¿Quién rogará por tí? Que á Dios enciende
Tu ira y la arrogancia que te ofende,
Y tus viejos delitos y mudanza
Han vuelto contra tí á pedir venganza.
Los que vieron tus brazos quebrantados
Y de tus pinos ir el mar desnudo,
Que sus ondas turbaron y llanura,
Viendo tu muerte oscura,
Dirán, de tus estragos espantados:
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?
El Señor, que mostró su fuerte mano
Por la fe de su príncipe cristiano
Y por el nombre santo de su gloria,
Á su España concede esta vitoria.
Bendita, Señor, sea tu grandeza;
Que despues de los daños padecidos,

Después de nuestras culpas y castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos,
Confíese cuanto cerca el ancho cielo
Tu nombre; ¡oh nuestro Dios, nuestro consuelo!
Y la cerviz rebelde, condenada,
Perezca en bravas llamas abrasada.

27. *Por la pérdida del rey don Sebastian*

VOZ de dolor y canto de gemido
Y espíritu de miedo, envuelto en ira,
Hagan principio acerbo á la memoria
De aquel día fatal, abortecido,
Que Lusitania misera suspira,
Desnuda de valor, falta de gloria;
Y la llorosa historia
Asombre con horror funesto y triste
Dende el áfrico Atlante y seno ardiente
Hasta do el mar de otro color se viste,
Y do el límite rojo de oriente
Y todas sus vencidas gentes fieras
Ven tremolar de Cristo las banderas.
¡Ay de los que pasaron, confiados
En sus caballos y en la muchedumbre
De sus carros, en tí, Libia desierta,
Y en su vigor y fuerzas engañados,
No alzaron su esperanza á aquella cumbre
De eterna luz, mas con soberbia cierta
Se ofrecieron la incierta
Victoria, y sin volver á Dios sus ojos,

Con yerto cuello y corazón ufano
Solo atendieron siempre á los despojos!
Y el Santo de Israel abrió su mano,
Y los dexó, y cayó en despeñadero
El carro, y el caballo y caballero.
Vino el día cruel, el día lleno
De indignación, de ira y furor, que puso
En soledad y en un profundo llanto,
De gente y de placer el reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
El nuevo sol, presago de mal tanto,
Y con terrible espanto
El Señor visitó sobre sus males,
Para humillar los fuertes arrogantes,
Y levantó los bárbaros no iguales,
Que con osados pechos y constantes
No busquen oro, mas con hierro airado
La ofensa venguen y el error culpado.
Los impios y robustos, indinados,
Las ardientes espadas desnudaron
Sobre la claridad y hermosura
De tu gloria y valor, y no cansados
En tu muerte, tu honor todo afearon,
Mezquina Lusitania sin ventura;
Y con frente segura
Rompiéron sin temor con fiero estrago
Tus armadas escuadras y braveza:
La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza;
Cayó en unos vigor, cayó denuedo;
Mas en otros desmayo y torpe miedo.
¡Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes, los beligeros varones

Que conturbaron con furor la tierra,
 Que sacudieron reinos poderosos,
 Que domaron las hórridas naciones,
 Que pusieron desierto en cruda guerra
 Cuanto el mar Indo encierra,
 Y soberbias ciudades destruyeron?
 ;Dó el corazon seguro y la osadía?
 ;Cómo así se acabaron, y perdieron
 Tanto heroico valor en solo un día;
 Y lejos de su patria derribados,
 No fueron justamente sepultados?

Tales ya fueron estos, cual hermoso
 Cedro del alto Líbano, vestido
 De ramos, hojas, con excelsa alteza;
 Las aguas lo criaron poderoso
 Sobre empinados árboles crecido,
 Y se multiplicaron en grandera
 Sus ramos con belleza;
 Y extendiendo su sombra, se anidaron
 Las aves que sustenta el grande cielo,
 Y en sus hojas las fieras engendraron,
 Y hizo á mucha gente umbroso velo;
 No igualó en celsitud y en hermosura
 Jamás árbol alguno á su figura.

Pero elevóse con su verde cima,
 Y sublimó la presuncion su pecho,
 Desvanecido todo y con fiado,
 Haciendo de su alteza solo estima.
 Por eso Dios lo derribó deshecho,
 Á los impios y agenos entregado,
 Por la raíz cortado;
 Que opreso de los montes arrojados,
 Sin ramos y sin hojas y desnudo,

Huyeron del los hombres, espantados,
 Que su sombra tuvieron por escudo;
 En su ruina y ramos cuantas fueron
 Las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
 Murió el vencido reino lusitano,
 Y se acabó su generosa gloria,
 No estés alegre y de ufanía llena;
 Porque tu temerosa y flaca mano
 Hubo sin esperanza tal vitoria,
 Indina de memoria;
 Que si el justo dolor mueve á venganza
 Alguna vez el español coraje,
 Despedazada con aguda lanza,
 Compensarás muriendo el hecho ultraje;
 Y Luco amedrentado, al mar inmenso
 Pagará de africana sangre el censo.

DON JUAN DE ARGUIJO

28. *Al Guadalquivir, en una avenida*

TÚ, á quien ofrece el apartado polo,
 Hasta donde tu nombre se dilata,
 Preciosos dones de luciente plata,
 Que invidia el rico Tajo y el Pactolo;

Para cuya corona, como á solo
 Rey de los ríos, entretexe y ata
 Pálas su oliva con la rama ingrata
 Que contempla en tus márgenes Apolo;
 Claro Guadalquivir, si impetuoso
 Con crespas ondas y mayor corriente

Cubrieres nuestros campos mal seguros,
De la mejor ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respeta humilde los antiguos muros.

29. *La tempestad y la calma*

YO ví del roxo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto desaparece
Su alegre faz, y en torno se oscurece
El cielo con tiniebla de horror llena.
El austro proceloso airado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto olimpo y con espanto truena;
Mas luego ví romperse el negro velo
Deshecho en agua, y á su luz primera
Restituirse alegre el claro día,
Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré, y dixé: ¿Quién sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mía?

30. *La avaricia*

CASTIGA el cielo á Tántalo inhumano,
Que en impia mesa su rigor provoca,
Medir queriendo en competencia loca
Saber divino con engaño humano.
Agua en las aguas busca, y con la mano
El árbol fugitivo casi toca;
Huye el copioso Eridano á su boca,

Y en vez de fruta toca el aire vano.
Tú, que espantado de su pena, admiras
Que el cercano manjar en largo ayuno
Al gusto falte y á la vida sobre,
¿Cómo de muchos Tántalos no miras
Ejemplo igual? Y si codicias uno,
Mira el avaro, en sus riquezas pobre.

31.

EN segura pobreza vive Eumelo
Con dulce libertad, y le mantienen
Las simples aves, que engañadas vienen
Á los lazos y liga sin recelo.
Por mejor suerte no importuna al cielo,
Ni se muestra envidioso á la que tienen
Los que con ansia de subir sostienen
En flacas alas el incierto vuelo.
Muerte tras luengos años no le espanta,
Ni la recibe con indigna queja,
Mas con sosiego grato y faz amiga.
Al fin, muriendo con pobreza tanta,
Ricos juzga sus hijos, pues les deja
La libertad, las aves y la liga.

BALTASAR DEL ALCÁZAR

32.

Una cena

EN Jaen, donde resido,
Vive don Lope de Sosa,
Y diréte, Inés, la cosa
Más brava de él que has oído.
Tenía este caballero

BALTASAR DEL ALCAZAR

Un criado portugués...
 Pero cenemos, Inés,
 Si te parece, primero.
 La mesa tenemos puesta,
 Lo que se ha de cenar junto,
 Las tazas del vino á punto,
 Falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
 Y échole la bendicion;
 Yo tengo por devocion
 De santiguar lo que bebo.
 Franco fué, Inés, este toque;
 Però arrojame la bota:
 Vale un florin cada gota
 De aqueste vinillo alogue.
 ¿De qué taberna se traxo?
 Mas yá... de la del Castillo;
 Diez y seis vale el cuartillo,
 No tiene vino más baxo.

Por nuestro Señor, que es mina
 La taberna de Alcocer;
 Grande consuelo es tener
 La taberna por vecina.

Si es ó no invencion moderna,
 Vive Dios que no lo sé,
 Però delicada fué
 La invencion de la taberna.

Porque allí llego sediento,
 Pido vino de lo nuevo,
 Mídenlo, dánmelo, bebo,
 Págoelo y vóyme contento.

Esto, Inés, ello se alaba,
 No es menester alaballo;

BALTASAR DEL ALCÁZAR

Solo una falta le hallo,
 Que con la priesa se acaba.
 La ensalada y salpicon
 Hizo fin: ¿qué viene ahora?
 La morcilla, ¡oh gran señora,
 Digna de veneracion!

¿Qué oronda viene y qué bella!
 ¿Qué través y enjundia tiene!
 Paréceme, Inés, que viene
 Para que demos en ella.

Pues sus, encójase y entre,
 Que es algo estrecho el camino.
 No echas agua, Inés, al vino;
 No se escandalice el vientre.

Echa de lo tras añojo,
 Porque con más gusto comas;
 Dios te guarde, que así tomas,
 Como sabia, mi consejo.

Mas dí, ¿no adoras y precias
 La morcilla ilustre y rica?
 ¿Cómo la traidora pica!
 Tal debe tener especias.

¿Qué llena está de piñones!
 Morcilla de cortesanos,
 Y asada por esas manos,
 Hechas á cebar lechones.

El corazon me revienta
 De placer; no sé de tí.
 ¿Cómo te va? Yo por mí
 Sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive Dios;
 Mas oye un punto sutil:
 ¿No pusiste allí un candil?

¿Cómo me parecen dos?
 Pero son preguntas viles;
 Ya sé lo que puede ser:
 Con este negro beber
 Se acrecientan los cándiles.
 Probemos lo del pichel,
 Alto licor celestial;
 No es el aloquillo tal,
 Ni tiene que ver con él.
 ¿Qué suavidad! ¿qué clareza!
 ¿Qué rancio gusto y olor!
 ¿Qué paladar! ¿qué color!
 ¿Todo con tanta fineza!
 Mas el queso sale á plaza,
 La moradilla va entrando,
 Y ambos vienen preguntando
 Por el pichel y la taza.
 Prueba el queso, que es extremo,
 El de Pinto no le iguala;
 Pues la aceituna no es mala,
 Bien puede bogar su remo.
 Haz pues, Inés, lo que sueles,
 Daca de la bota llena
 Seis tragos; hecha es la cena,
 Levántense los manteles.
 Ya que, Inés, hemos cenado
 Tan bien y con tanto gusto,
 Parece que será justo
 Volver al cuento pasado.
 Pues sabrás, Inés hermana,
 Que el portugués cayó enfermo...
 Las once dan, yo me duermo;
 Quédese para mañana.

A la rosa

PURA, encendida rosa,
 Émula de la llama,
 Que sale con el día,
 ¿Cómo naces tan llena de alegría?
 Si sabes que la edad que te da el cielo
 Es apenas un breve y veloz vuelo?
 Y no valdrán las puntas de tu rama
 Ni tu púrpura hermosa
 A detener un punto
 La ejecución del hado presuroso.
 El mismo cerco alado,
 Que estoy viendo riente,
 Ya temo amortiguado,
 Prestó despojo de la llama ardiente.
 Para las hojas de tu crespo seno
 Te dió Amor de sus alas blandas plumas,
 Y oro de su cabello dió á tu frente.
 ¿Oh fiel imagen soy peregrina!
 Bañote en su color sangre divina
 De la deidad que dieron las espumas;
 Y esto, púrpura flor, y esto; no pudo
 Hacer menos violento el rayo agudo?
 Róbate en una hora,
 Róbate licencioso su ardimiento
 El color y el aliento;
 Tiendes aun no las alas abrasadas,
 Y ya vuelan al suelo desmayadas.
 Tan cerca, tan unida
 Está al morir tu vida,
 Que dudo si en sus lágrimas la aurora
 Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

A las ruinas de Itálica

ESTOS, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora
 Campos de soledad, mustio collado,
 Fueron un tiempo Itálica famosa;
 Aquí de Cipion la vencedora
 Colonia fué; por tierra derribado
 Yace el temido honor de la espantosa
 Muralla, y lastimosa
 Reliquia es solamente
 De su invencible gente.
 Solo quedan memorias funerales
 Donde erraron ya sombras de alto ejemplo;
 Este llano fué plaza, allí fué templo;
 De todo apenas quedan las señales.
 Del gimnasio y las termas regaladas
 Leves vuelan cenizas desdichadas;
 Las torres que desprecio al aire fueron
 A su gran pesadumbre se rindieron.
 Este despedazado anfiteatro,
 Impío honor de los dioses, cuya afrenta
 Publica el amarillo jaramago,
 Ya reducido á trágico teatro,
 ¡Oh fábula del tiempo! representa
 Cuánta fué su grandeza y es su estrago.
 ¿Cómo en el cerco vago
 De su desierta arena
 El gran pueblo no suena?
 ¿Dónde pues fieras, hay está el desnudo
 Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
 Todo desapareció, cambió la suerte
 Voces alegres en silencio mudo;
 Mas aún el tiempo da en estos despojos

Espectáculos fieros á los ojos,
 Y miran tan confuso lo presente
 Que voces de dolor el alma siente.
 Aquí nació aquel rayo de la guerra,
 Gran padre de la patria, honor de España,
 Pio, felice, triunfador Trajano,
 Ante quien muda se postro la tierra
 Que ve del sol la cuna y la que baña
 El mar, tambien vencido, gaditano.
 Aquí de Elio Adriano,
 De Teodosio divino,
 De Silio peregrino
 Rodaron de marfil y oro las cunas.
 Aquí ya de laurel, ya de jazmines
 Coronados los vieron los jardines,
 Que ahora son zarzales y lagunas.
 La casa para el César fabricada
 ¡Ay! yace de lagartos vil morada;
 Casas, jardines, césares murieron,
 Y aun las piedras que de ellos se escribieron
 Fabio, si tú no lloras, pon atenta
 La vista en lenguas calles destruidas;
 Mira mármoles y arcos destrozados,
 Mira estatuas soberbias que violenta
 Némesis derribó, yacer tendidas,
 Y ya en alto silencio sepultados
 Sus dueños celebrados.
 Así á Troya figuro,
 Así á su antiguo muro,
 Y á tí, Roma, á quien queda el nombre apenas,
 ¡Oh patria de los dioses y los reyes!
 Y á tí, á quien no valieron justas leyes,
 Fábrica de Minerva, sabia Aténas,

Emulacion ayer de las edades,
 Hoy cenizas, hoy vastas soledades,
 Que no os respetó el hado, no la muerte,
 ¡Ay! ni por sabia á tí, ni á tí por fuerte.
 Mas ¿para qué la mente se derrama
 En buscar al dolor nuevo argumento?
 Basta ejemplo menor, basta el presente,
 Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
 Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento;
 Tal genio ó religion fuerza la mente
 De la vecina gente,
 Que refiere admirada
 Que en la noche callada
 Una voz triste se oye, que, llorando
 Cayó *Itálica* dice, y lastimosa,
 Eco reclama *Itálica* en la hojosa
 Selva que se le opone, resonando
Itálica, y el claro nombre oido
 De *Itálica* renuevan el gemido
 Mil sombras nobles de su gran ruina;
 ¡Tanto aun la plebe á sentimiento inclina!
 Esta corta piedad que, agradecido
 Huésped, á tus sagrados mases debo,
 Les dó y consagro, *Itálica* famosa
 Tú, si lloroso don han admitido
 Las ingratas cenizas, de que llevo
 Dulce noticia asaz, si lastimosa,
 Permíteme, piadosa
 Usura á tierno llanto,
 Que vea el cuerpo santo
 De Gerencio, tu martir y prelado
 Muestra de su sepulcro algunas señas,
 Y cavaré con lágrimas las penas.

Que ocultan su sarcófago sagrado;
 Pero mal pido el único consuelo
 De todo el bien que airado quitó el cielo.
 Goza en las tuyas sus reliquias bellas
 Para invidia del mundo y sus estrellas.

ANÓNIMO SEVILLANO

(Probablemente Fernández de Andrada)

35.

Epístola moral

FABIO, las esperanzas cortesanas
 Prisiones son do el ambicioso muere
 Y donde al más astuto nacen canas.
 El que no las limare ó las rompiere,
 Ni el nombre de varon ha merecido,
 Ni subir al honor que pretendiere.
 El ánimo plebeyo y abatido
 Elija, en sus intentos temeroso,
 Primero estar suspenso que caído;
 Que el corazon entero y generoso
 Al caso adverso inclinará la frente
 Antes que la rodilla al poderoso.
 Más triunfos, más coronas dió al prudente
 Que supo retirarse, la fortuna,
 Que al que esperó obstinada y locamente.
 Esta invasion terrible é importuna
 De contrarios sucesos nos espera
 Desde el primer sollozo de la cuna.
 Dexémosla pasar como á la fiera
 Corriente del gran Bétis, cuando airado
 Dilata hasta los montes su ribera
 Aquel entre los heroes es contado

ANÓNIMO SEVILLANO

Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del estado.

Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de Astrea fué, cuanto regía
Con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tiranía
Del inícuo procede y pasa al bueno.
¿Qué espera la virtud ó qué confía?

Vén y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será más humano y más sereno.

Adonde por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno;
«Blanda le sea», al derramarla encima;

Donde no dexarás la mesa ayuno
Cuando te falte en ella el pece raro
Ó cuando su pavon nos niegue Juno.

Busca pues el sosiego dulce y caro,
Como en la obscura noche del Egeo
Busca el piloto el eminente faro;

Que si acortas y ciñes tu deseo
Dirás: «Lo que desprecio he conseguido;
Que la opinion vulgar es devaneo.»

Más precia el ruseñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,

Que halagar lisongero las orejas
De algun príncipe insigne; aprisionado
En el metal de las doradas rejas.

Triste de aquel que vive destinado
Á esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado.

Cese el ansia y la sed de los oficios;

ANÓNIMO SEVILLANO

Que acepta el don y burla del intento
El ídolo á quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento,
Y no le pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, y ¿esperas?
¡Oh error perpetuo de la suerte humana!

Las enseñas grecianas, las banderas
Del senado y romana monarquía
Murieron, y pasaron sus carreras.

¿Qué es nuestra vida más que un breve día
Do apenas sale el sol cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fría?

¿Qué más que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡Oh ciego desvario!
¿Será que de este sueño me recuerde?

¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mío?

Como los ríos, que en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad ¿qué me ha quedado?
Ó ¿qué tengo yo, á dicha, en la que espero,
Sin ninguna noticia de mi hado?

¡Oh, si acabase, viendo cómo muero,
De aprender á morir antes que llegue
Aquel forzoso término postrero;

Antes que aquesta miés inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano,

ANÓNIMO SEVILLANO

El otoño pasó con sus racimos,
 Pasó el invierno con sus nieves cano;
 Las hojas que en las altas selvas vimos
 Cayeron, ¡y nosotros á porfia
 En nuestro engaño inmóviles vivimos!
 Temamos al Señor que nos envía
 Las espigas del año y la hartura,
 Y la temprana pluvia y la tardía.
 No imitemos la tierra siempre dura.
 Á las aguas del cielo y al arado,
 Ni la vid, cuyo fruto no madura
 ; Piensas acaso tú que fué criado
 El varón para rayo de la guerra,
 Para sulcar el piélagos salado,
 Para medir el orbe de la tierra
 Y el cerco donde el sol siempre camina?
 ¡ Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!
 Esta nuestra porción, alta y divina,
 Á mayores acciones es llamada,
 Y en más nobles objetos se termina.
 Así aquella que al hombre solo es dada,
 Sacra razón y pura, me despierta,
 De esplendor y de rayos coronada;
 Y en la fría región dura y desierta
 De aqueste pecho enciende nueva llama,
 Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
 Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
 Y callado pasar entre la gente,
 Que no afecto los nombres ni la fama.
 El soberbio tirano del Oriente
 Que maciza las torres de cien codos
 Del cándido metal puro y luciente
 Apenas puede ya comprar los modos

ANÓNIMO SEVILLANO

Del pecar; la virtud es más barata,
 Ella consigo mesma ruega á todos.
 ¡ Pobre de aquel que cofre y se dilata
 Por cuantos son los climas y los mares,
 Perseguidor del oro y de la plata!
 Un ángulo me basta entre mis lares,
 Un libro y un amigo, un sueño breve,
 Que no perturben deudas ni pesares.
 Esto tan solamente es cuanto debe
 Naturaleza al simple y al discreto,
 Y algun manjar comun, honesto y leve.
 No, porque así te escribo, hagas conceto
 Que pongo la virtud en ejercicio:
 Que aun esto fué difícil á Epiteto.
 Basta al que empieza aborrecer el vicio,
 Y el ánimo enseñar á ser modesto;
 Despues le será el cielo más propicio.
 Despreciar el deleite no es supuesto
 De solida virtud; que aun el vicioso
 En sí propio le nota de molesto.
 Mas no podrás negarme cuán forzoso
 Este camino sea al alto asiento,
 Morada de la paz y del reposo.
 No sazona la fruta en un momento
 Aquella inteligencia que mensura
 La duración de todo á su talento.
 Flor la vimos primero hermosa y pura,
 Luego materia acerba y desabrida,
 Y perfecta despues, dulce y madura;
 Tal la humana prudencia es bien que mida
 Y dispense y comparta las acciones
 Que han de ser compañeras de la vida.
 No quiera Dios que imite éstos varones

ANÓNIMO SEVILLANO

Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones;
Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso común, cuyas entrañas
Son infaustos y oscuros monumentos.
¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura, respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Que redundante y llena de ruido
Por el vano, ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo común y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso
Como en el vaso Múrimo preciado;
Y alguno tan ilustre y generoso
Que usó, como si fuera plata neta,
Del cristal transparente y luminoso.
Sin la templanza; viste tú perfeta
Alguna cosa? ¡Oh muerte! ven callada,
Como sueles venir en la saeta,
No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor; que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.
Así, Fabio, me muestra descubierta

ANÓNIMO SEVILLANO

Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.
No te burles de ver cuánto confío,
Ni al arte de decir, vana y pomposa,
El ardor atribuyas de este brío.
¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.
La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar, la ira á las espadas,
Y la ambición se ríe de la muerte.
Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé; rompí los lazos.
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

LUPERCIO LEONARDO
DE ARGENSOLA

36.

Á la esperanza

ALIVIA sus fatigas
El labrador cansado
Cuando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del agosto abrasado
Y en los lagares ricos del octubre;
La hoz se le descubre
Cuando el arado apaña,

ANÓNIMO SEVILLANO

Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones;
Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso común, cuyas entrañas
Son infaustos y oscuros monumentos.
¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura, respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Que redundante y llena de ruido
Por el vano, ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo común y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso
Como en el vaso Múrimo preciado;
Y alguno tan ilustre y generoso
Que usó, como si fuera plata neta,
Del cristal transparente y luminoso.
Sin la templanza; viste tú perfeta
Alguna cosa? ¡Oh muerte! ven callada,
Como sueles venir en la saeta,
No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor; que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.
Así, Fabio, me muestra descubierta

ANÓNIMO SEVILLANO

Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.
No te burles de ver cuánto confío,
Ni al arte de decir, vana y pomposa,
El ardor atribuyas de este brío.
¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.
La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar, la ira á las espadas,
Y la ambición se ríe de la muerte.
Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé; rompí los lazos.
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

LUPERCIO LEONARDO
DE ARGENSOLA

36.

Á la esperanza

ALIVIA sus fatigas
El labrador cansado
Cuando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del agosto abrasado
Y en los lagares ricos del octubre;
La hoz se le descubre
Cuando el arado apaña,

L. L. DE ARGENSOLA

Y con dulces memorias le acompaña;
Carga de hierro dura
Sus miembros, y se obliga
El jóven al trabajo de la guerra.
Huye el ocio, seguro,
Trueca por la enemiga
Su dulce, natural y amiga tierra;
Mas cuando se destierra
Ó al asalto acomete,
Mil triunfos y mil glorias se promete.
La vida al mar confía,
Y á dos tablas delgadas,
El otro, que del oro está sediento,
Escondese el día,
Y las olas hinchadas
Suben á combatir el firmamento;
Él quita el pensamiento
De la muerte vecina,
Y en el oro le pone y en la mina.
Dexa el lecho caliente
Con la esposa dormida
El cazador solícito y robusto.
Sufre el cierzo inclemente,
La nieve endurecida,
Y tiene de su afán por premio justo
Interrumpir el gusto
Y la paz de las fieras;
En vano cautas, fuertes y ligeras.
Premio y cierto fin tiene
Cualquier trabajo humano,
Y el uno llama al otro sin mudanza;
El invierno entretiene
La opinion del verano,

L. L. DE ARGENSOLA

Y un tiempo sirve al otro de templanza.
El bien de la esperanza
Solo quedó en el suelo,
Cuando todos huyeron para el cielo.
Si la esperanza quitas,
¿Qué le dejas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes;
Todo lo precipitas
En olvido profundo,
Y ¿del fin natural, Flérida, huyes?
Si la cerviz rehuyes
De los brazos amados,
¿Qué premio piensas dar á los cuidados?
Amor, en diferentes
Géneros dividido,
Él publica su fin, y quien le admite.
Todos los accidentes
De un amante atrevido
(Niéguelo ó disimúlelo) permite.
Limite pues, limite
La vana resistencia;
Que, dada la ocasion, todo es licencia.

37.

IMÁGEN espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes más mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.
Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspé las paredes, de oro el techo,
Ó el rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.
El uno vea el popular tumulto

L. L. DE ARGENSOLA

Romper con furia las herradas puertas,
Ó al sobornado siervo el hierro oculto.
El otro sus riquezas, descubiertas
Con llave falsa ó con violento insulto,
Y dexale al amor sus glorias ciertas.

38.

LLEVÓ tras sí los pámpanos otubre,
Y con las grandes lluvias insolente,
No sufre Ibero márgenes ni puente,
Mas antes los vecinos campos cubre.

Moncayo, como suele, ya descubre
Coronada de nieve la alta frente;
Y el sol apenas vemos en oriente,
Cuando la opaca tierra nos lo encubre.

Sienten el mar y selvas ya la saña
Del Aquilon, y encierra su bramido
Gente en el puerto y gente en la cabaña.

Y Fabio, en el umbral de Táis tendido
Con vergonzosas lágrimas lo baña,
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

BARTOLOMÉ LEONARDO
DE ARGENSOLA

39.

«DIME, Padre comun, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?

«¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
Hace á tus leyes firme resistencia,
Y que el celo, que más la reverencia,

B. L. DE ARGENSOLA

Gima á los piés del vencedor injusto?

«Vemos que vibran victoriosas palmas
Manos inicas, la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decía yo, cuando riendo
Celestial ninfa apareció, y me dijo:
«¡Ciego! ¿es la tierra el centro de las almas?»

LOPE DE VEGA

40.

Canción

¡OH libertad preciosa,
No comparada al oro,
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra!
Mas rica y más gozosa
Que el precioso tesoro
Que el mar del sur entre su nácar cierra;

Con armas, sangre y guerra,
Con las vidas y famas,
Conquistado en el mundo;
Paz dulce, amor profundo,
Que el mal apartas y á tu bien nos llamas:
En tí sola se anida
Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.

Quando de las humanas
Tinieblas vi del cielo
La luz, principio de mis dulces días,
Aquellas tres hermanas
Que nuestro humano velo
Textiendo, llevan por inciertas vías,
Las duras penas mías

Trocaron en la gloria
Que en libertad poseo,
Con siempre igual deseo,
Donde verá por mi dichosa historia,
Quien más leyere en ella,
Que es dulce libertad lo menos della.

Yo pues, señor exento
Desta montaña y prado,
Gozo la gloria y libertad que tengo.
Soberbio pensamiento
Jamás ha derribado
La vida humilde y pobre que sostengo.
Cuando á las manos vengo
Con el muchacho ciego,
Haciendo rostro embisto,
Venzo, triunfo y resisto
La flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,
Y con libre albedrío

Lloro el ageno mal y canto el mio.
Cuando el aurora baña
Con helado rocío
De aljófar celestial el monte y prado,
Salgo de mi cabaña,
Riberas deste río,
Á dar el nuevo pasto á mi ganado,
Y cuando el sol dorado
Muestra sus fuerzas graves,
Al sueño el pecho inclino
Debaxo un sauce ó pino,
Oyendo el son de las parleras aves,
Ó ya gozando el aura,
Donde el perdido aliento se restaura

Quando la noche fría

Con su estrellado manto
El claro día en su tiniebla encierra,
Y suena en la espesura
El tenebroso canto
De los nocturnos hijos de la tierra,
Al pié de aquesta sierra
Con rústicas palabras
Mi ganadillo cuento
Y el corazon contento
Del gobierno de ovejas y de cabras,
La temerosa cuenta
Del cuidadoso rey me representa.

Aquí la verde pera
Con la manzana hermosa,
De gualda y roja sangre matizada,
Y de color de rosa
La cermeña olorosa
Tengo, y la endrina de color morada;
Aquí de la enramada
Parra que al olmo enlaza,
Melosas uvas cojo;
Y en cantidad recojo,
Al tiempo que las ramas desenlaza
El caluroso estío,
Membrillos que coronan este río.

No me da descontento
El hábito costoso
Que de lascivo el pecho noble infama;
Es mi dulce sustento
Del campo generoso
Estas silvestres frutas que derrama;
Mi regalada cama
De blandas pieles y hojas,

Que algun rey la envidiara,
Y de tí, fuente clara,
Que bullendo, el arena y agua arrojas,
Estos cristales puros,
Sustentos pobres, pero bien seguros.

Estese el cortesano
Procurando á su gusto
La blanda cama y el mejor sustento;
Bese la ingrata mano
Del poderoso injusto,
Formando torres de esperanza al viento;
Viva y muera sediento
Por el honroso oficio,
Y goce yo del suelo,
Al aire, al sol y al hielo,
Ocupado en mi rústico ejercicio;
Que más vale pobreza
En paz, que en guerra misera riqueza.

Ni temo al poderoso
Ni al rico lisonjeo,
Ni soy camaleon del que gobierna,
Ni me tiene envidioso
La ambición y deseo
De ajena gloria ni de fama eterna;
Carne sabrosa y tierna,
Vino aromatizado,
Pan blanco de aquel día,
En prado, en fuente fría,
Halla un pastor con hambre fatigado;
Que el grande y el pequeño
Somos iguales lo que dura el sueño.

41.

Á MIS soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
¡No sé qué tiene la aldea
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mí mismo
No puedo venir más lejos!

Ni estoy bien ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Cómo se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.

De cuantas cosas me cansan,
Fácilmente me desfiendo;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.

El dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento;
Que humildad y necedad
No caben en un sujeto.

La diferencia conozco,
Porque en él y en mí contemplo,
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en su desprecio.

Ó sabe naturaleza
Más que supo en otro tiempo,
Ó tantos que nacen sabios
Es porque lo dicen ellos.

Sólo sé que no sé nada,

LOPE DE VEGA

Dixo un filósofo, haciendo
La cuenta con su humildad,
Adonde lo más es menos.
No me precio de entendido,
De desdichado me precio;
Que los que no son dichosos,
¿Cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado
Y que ha de romperse presto.
Señales son del juicio
Ver que todos le perdemos,
Unos por carta de más,
Otros por carta de menos.
Dijeron que antiguamente
Se fué la verdad al cielo:
Tal la pusieron los hombres,
Que desde entonces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
Los propios y los ajenos,
La de plata los extraños,
Y la de cobre los nuestros.
¿A quién no dará cuidado,
Si es español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo
Y el valor á lo moderno?
Dixo Dios que comería
Su pan el hombre primero
Con el sudor de su cara,
Por quebrar su mandamiento;
Y algunos inobedientes
Á la vergüenza y al miedo,

LOPE DE VEGA

Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos.
Virtud y filosofía
Peregrinan como ciegos:
El uno se lleva al otro,
Llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
Universal movimiento,
La mejor vida el favor,
La mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas,
Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruces
Haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepuleros
Cuyos mármoles eternos
Están diciendo sin lengua
Que no lo fueron sus dueños.
¡Oh, bien haya quien los hizo,
Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengaron los pequeños!
Fea pintan á la envidia:
Yo confieso que la tengo
De unos hombres que no saben
Quien vive pared en medio.
Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas ni cuentos,
Cuando quieren escribir
Piden prestado el tintero.
Sin ser pobres ni ser ricos,
Tienen chimenea y huerto;
No los despiertan cuidados,

LOPE DE VEGA

Ni pretensiones, ni pleitos,
Ni murmuraron del grande,
Ni ofendieron al pequeño;
Nunca, como yo, firmaron
Parabien, ni pascua dieron.
Con esta envidia que digo,
Y lo que paso en silencio,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

42.

¡POBRE barquilla mía,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola!
¿Adónde vas perdida?
¿Adónde, di te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves,
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las defensas,
Incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
Á dar entre las rocas
De la soberbia envidia,
Nanfragio de las honras.
Cuando por las riberas
Andabas costa á costa,

LOPE DE VEGA

Nunca del mar temiste
Las iras procelosas.
Segura navegabas;
Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
Adonde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
No es la virtud dicho a,
Ni se estima la perla
Hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas,
Volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
De las que van y tornan,
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No llevas cautelosa,
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.
¿Quién te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa;
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona.
¿Qué jarcias te entretiejen?
¿Qué ricas banderolas
Azote son del viento
Y de las aguas sombra?
¿En qué gavia descubres
Del árbol alta copa,
La tierra en perspectiva,

LOPE DE VEGA

Del mar incultas orlas?
 ¿En qué celajes fundas
 Que es bien echar la sonda,
 Cuando, perdido el rumbo,
 Erraste la derrota?
 Si te sepulta arena,
 ¿Qué sirve fama heroica?
 Que nunca desdichados
 Sus pensamientos logran.
 ¿Qué importa que te ciñan
 Ramas verdes ó rojas,
 Que en selvas de corales
 Salado césped brota?
 Laureles de la orilla
 Solamente coronan
 Navios de alto bordo
 Que jarcias de oro adornan.
 No quieras que yo sea,
 Por tu soberbia pompa,
 Factonte de barqueros:
 Que los laureles lloran.
 Pasaron ya los tiempos
 Cuando lamiendo rosas
 El céfiro bullía
 Y suspiraba aromas.
 Ya fieros huracanes
 Tan arrogantes soplan
 Que, salpicando estrellas,
 Del sol la frente mojan;
 Ya los valientes rayos
 De la vulcana forja,
 En vez de torres altas,
 Abrasan pobres chozas.

LOPE DE VEGA

Contenta con tus redes,
 Á la playa arenosa
 Mojado me sacabas;
 Pero vivo, ¿qué importa?
 Cuando de rojo nácar
 Se afeitaba la aurora,
 Más peces te llenaban
 Que ella lloraba aljófar.
 Al bello sol que adoro,
 Enjuta ya la ropa,
 Nos daba una cabaña
 La cama de sus hojas.
 Esposa me llamaba,
 Yo la llamaba esposa,
 Parándose de envidia
 La celestial antorcha.
 Sin pleito, sin disgusto,
 La muerte nos divorcia:
 ¿Ay de la pobre barca
 Que en lágrimas se ahoga!
 Quedad sobre la arena,
 Inútiles escotas;
 Que no ha menester velas
 Quien á su bien no torna.
 Si con eternas plantas
 Las fixas luces doras,
 ¡Oh dueño de mi barca!
 Y en dulce paz reposas,
 Merezca que le pidas
 Al bien que eterno gozas,
 Que adonde estás, me lleve,
 Más pura y más hermosa.
 Mi honesto amor te obligue;

Que no es digna victoria
Para quejas humanas
Ser las deidades sordas.
Mas ¡ay que no me escuchas!
Pero la vida es corta:
Viviendo, todo falta;
Muriendo, todo sobra.

43.

Judit

CUELGA sangriento de la cama al suelo
El hombro diestro del feroz tirano,
Que opuesto al muro de Betulia en vano,
Despidió contra sí rayos al cielo.
Revuelto con el ansia el rojo velo
Del pabellón á la siniestra mano,
Descubre el espectáculo inhumano
Del tronco horrible, convertido en hielo.
Vertido Baco, el fuerte amén afea
Los vasos y la mesa derribada,
Duermen los guardas, que tan mal emplea:
Y sobre la muralla, coronada
Del pueblo de Israel, la casta hebrea
Con la cabeza resplandece armada.

44.

SUELTA mi manso, mayoral extraño,
Pues otro tienes tú de igual decoro:
Suelta la prenda que en el alma adoro,
Perdida por tu bien y por mi daño.
Pónle su esquila de labrado estaño,

Y no le engañen tus collares de oro;
Toma en albricias este blanco toro.
Que á las primeras yerbas cumple un año.
Si pides señas, tiene el vellocino
Pardo, encrespado, y los ojuelos tiene
Como durmiendo en regalado sueño.
Si piensas que no soy su dueño, Alcino,
Suelta, y verásle si á mi choza viene;
Que aun tienen sal las manos de su dueño.

45.

¿QUÉ tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
Que á mi puerta, cubierto de rocío,
Pasas las noches del invierno oscuras?
¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,
Pues no te abrí! ¿Qué extraño desvarío
Si de mi ingratitud el hielo frío
Secó las llagas de tus plantas puras!
¿Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate agora á la ventana;
Verás con cuánto amor llamar porfia!»
Y ¿cuántas, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos,» respondía,
Para lo mismo responder mañana!

46.

PASTOR, que con tus silbos amorosos
Me despertaste del profundo sueño;
Tú, que hiciste cayado dese leño
En que tiendes los brazos poderosos;
Vuelve los ojos á mi fé piadosos,
Pues te confieso por mi amor y dueño,

LOPE DE VEGA

Y la palabra de seguirte empeño
Tus dulces silbos y tus pies hermosos.
Oye, Pastor que por amores mueres,
No te espante el rigor de mis pecados,
Pues tan amigo de rendidos eres;
Espera pues, y escucha mis cuidados;
Pero ¿cómo te digo que me esperes,
Si estás para esperar los pies clavados?

47. *Temores en el favor*

CUANDO en mis manos, Rey eterno, os miro
Y la cándida víctima levanto,
De mi atrevida indignidad me espanto,
Y la piedad de vuestro pecho admiro.
Tal vez el alma con temor retiro,
Tal vez la doy al amoroso llanto;
Que, arrepentido de ofenderos tanto,
Con ansias temo y con dolor suspiro.
Volved los ojos á mirarme humanos;
Que por las sendas de mi error siniestras
Me despeñaron pensamientos vanos.
No sean tantas las miserias nuestras
Que á quien os tuvo en sus indignas manos
Vos le dejéis de las divinas vuestras.

DON LUIS DE GÓNGORA

48. *Angélica y Medoro*

EN un pastoral albergue
Que la guerra entre unos robles

DON LUIS DE GÓNGORA

Lo dexó por escondido
O lo perdonó por pobre,
Do la paz viste pellico
Y conduce entre pastores
Orejas del monte al llano
Y cabras del llano al monte,
Mal herido y bien curado,
Se alberga un dichoso jóven,
Que sin clavarle Amor flecha
Le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche,
Lo halló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.
Del palafren se derriba,
No porque al moro conoce,
Sino por ver que la yerba
Tanta sangre paga en flores.
Límpiale el rostro, y la mano
Siente al Amor que se esconde
Tras las rosas, que la muerte
Va violando sus colores.
Escondióse tras las rosas,
Porque labren sus arpones
El diamante del Catay
Con aquella sangre noble.
Ya le regala los ojos,
Ya le entra, sin ver por dónde,
Una piedad mal nacida
Entre dulces escorpiones.
Ya es herido el pedernal,
Ya despide el primer golpe
Centellas de agua, ¡oh piedad,

DON LUIS DE GÓNGORA

Hija de padres traidores!

Yerbas le aplica á sus llagas,
Que si no sanan entonces,
En virtud de tales manos
Lisonjean los dolores.

Amor le ofrece su venda,
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas;

Los rayos del sol perdonen.

Los últimos nudos daba

Cuando el cielo la socorre

De un villano en una yegua

Que iba penetrando el bosque.

Enfrénale de la bella

Las tristes piadosas voces,

Que los firmes troncos mueven

Y las sordas piedras oyen;

Y la que mejor se halla

En las selvas que en la corte,

Simple bondad, al pio ruego

Cortesmente corresponde.

Humilde se apea el villano,

Y sobre la yegua pone

Un cuerpo con poca sangre,

Pero con dos corazones.

A su cabaña los guía;

Que el sol deja su horizonte

Y el humo de su cabaña

Le va sirviendo de notte.

Llegaron temprano a ella,

Do una labradora acoge

Un mal vivo con dos almas,

Una ciega con dos soles.

DON LUIS DE GÓNGORA

Blando heno en vez de planta

Para lecho les compone,

Que será talamo luego

Do el garzon sus dichas logre.

Las manos, pues, cuyos dedos

Desta vida fueron dioses,

Restituyen á Medoro

Salud nueva, fuerzas dobles,

Y le entregan, cuando menos,

Su beldad y un reino en dote,

Segunda envidia de Marte,

Primera dicha de Adónis.

Corona un lascivo enjambre

De cupidillos menores

La choza, bien como abejas

Hueco tronco de alcornoque.

¡Qué de nudos le está dando

Á un áspid la envidia torpe,

Contando de las palomas

Los arrullos gemidores!

¡Qué bien la destierra Amor,

Haciendo la cuerda azote,

Porque el caso no se infame

Y el lugar no se inficione!

Todo es gala el africano,

Su vestido espira olores,

El lunado arco suspende

Y el corvo alfange depone.

Tórtolas enamoradas

Son sus roncós atambóres,

Y los volantes de Vénus

Sus bien seguidos pendones.

Desnuda el pecho anda ella,

DON LUIS DE GÓNGORA

Vuela el cabello sin órden ;
 Si lo abrocha, es con claveles,
 Con jazmines si lo coge.
 El pié calza en lazos de oro,
 Porque la nieve se goce,
 Y no se vaya por piés.
 La hermosura del orbe.
 Todo sirve á los amantes,
 Plumas les batien veloces,
 Airecillos lisonjeros,
 Si no son murmuradores.
 Los campos les dan alfombras,
 Los árboles pabellones,
 La apacible fuente sueño,
 Música los ruisenores.
 Los troncos les dan cortezas,
 En que se guarden sus nombres
 Mejor que en tablas de mármol
 Ó que en láminas de bronce.
 No hay verde fresno sin letra,
 Ni blanco chopo sin mote ;
 Si un valle *Angélica* suena,
 Otro *Angélica* responde.
 Cuevas do el silencio apenas
 Deja que sonbras las moren,
 Profanan con sus abrazos
 Á pesar de sus horrores.
 Choza pues, tálamo y lecho,
 Contestes destos amores,
 El cielo os guarde, si puede,
 De las locuras del Conde.

DON LUIS DE GÓNGORA

49.

SERVÍA en Orán al Rey
 Un español con dos lanzas,
 Y con el alma y la vida
 Á una gallarda africana,
 Tan noble como hermosa,
 Tan amante como amada,
 Con quien estaba una noche
 Cuando tocaron al arma.
 Trescientos Zenetes eran
 Deste rebato la causa ;
 Que los rayos de la luna
 Descubrieron las adargas ;
 Las adargas avisaron
 Á las mudas atalayas,
 Las atalayas los fuegos,
 Los fuegos á las campanas ;
 Y ellas al enamorado,
 Que en los brazos de su dama
 Oyó el militar estruendo
 De las trompas y las cajas.
 Espuelas de honor le pican
 Y freno de amor le para ;
 No salir es cobardía,
 Ingratitud es dejalla.
 Del cuello pendiente ella,
 Viéndole tomar la espada,
 Con lágrimas y suspiros
 Le dice aquestas palabras :
 « Salid al campo, Señor,
 Bañen mis ojos la cama ;
 Que ella me será tambien,
 Sin vos, campo de batalla.

DON LUIS DE GÓNGORA

«Vestios y salid apriesa,
Que el general os aguarda;
Yo os hago á vos mucha sobra
Y vos á él mucha falta.
«Bien podeis salir desnudo
Pues mi llanto no os ablanda;
Que teneis de acero el pecho
Y no habeis menester armas.
Viendo el español brioso
Cuanto le detiene y habla,
Le dice así: «Mi señora,
Tan dulce como enojada,
«Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla y vaya,
Vaya á los moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma.
«Concededme, dueño mío,
Licencia para que salga
Al rebato en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata.»

50.

ENTRE los sueltos caballos
De los vencidos Zenetes,
Que por el campo buscaban
Entre lo rojo lo verde,
Aquel español de Orán
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano
Y por sus cernejas fuerte,
Para que lo lleve á él,
Y á un moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado,

DON LUIS DE GÓNGORA

Capitan de cien Zenetes.
En el ligero caballo
Suben ambos, y él parece,
De cuatro espuelas herido,
Que cuatro vientos lo mueven.
Triste camina el alarbe,
Y lo más bajo que puede
Ardientes suspiros lanza
Y amargas lágrimas vierte.
Admirado el español
De ver cada vez que vuelve
Que tan tiernamente llora
Quien tan duramente hiere,
Con razones le pregunta
Comedidas y corteses
De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.
El cautivo, como tal,
Sin excusarlo, obedece,
Y á su piadosa demanda
Satisface desta suerte:
«Valiente eres, capitan,
Y cortés como valiente;
Por tu espada y por tu trato
Me has cautivado dos veces.
«Preguntado me has la causa
De mis suspiros ardientes,
Y débote la respuesta
Por quien soy y por quien eres.
«Yo nací en Gélves el año
Que os perdisteis en los Gélves,
De una berberisca noble
Y de un turco mata-siete»

DON LUIS DE GÓNGORA

«En Tremecen une crié
Con mi madre y mis parientes
Después que murió mi padre,
Corsario de tres bajeles;
«Junto á mi casa vivia,
Porque más cerca muriese,
Una dama del linaje
De los nobles Melioneses:
«Extremo de las hermosas,
Cuando no de las crueles,
Hija al fin destas arenas
Engendradoras de sierpes.
«Era tal su hermosura,
Que se ballaran claveles
Más ciertos en sus dos lábios
Que en los dos floridos meses.
«Cada vez que la miraba
Salfa el sol por su frente,
De tantos rayos vestido
Cuantos cabellos contiene.
«Juntos así nos criamos,
Y Amor en nuestras nineses
Hirió nuestros corazones
Con arpones diferentes.
«Labró el oro en mis entrañas
Dulces lazos, tiernas redes,
Mientras el plomo en las tuyas
Libertades y desdenes.
«Mas, ya la razon sujeta,
Con palabras me requiere
Que su crueldad le perdone,
Y de su beldad me acuerde;
«Y apenas vide trocada

DON LUIS DE GÓNGORA

La dureza desta sierpe,
Cuando tú me cautivaste;
Mira si es bien que lamente.
«Esta, español, es la causa
Que á llanto pudo moverme;
Mira si es razon que lllore
Tantos males juntamente.
«Conmovido el capitan
De las lágrimas que vierte,
Parando el veloz caballo,
Que paren sus males quiere.
«Gallardo moro, le dice,
Si adoras como refieres,
Y si como dices amas,
Dichosamente padeces
«¿Quién pudiera imaginar,
Viendo tus golpes crueles,
Que cupiera alma tan tierna
En pecho tan duro y fuerte?
«Si eres del Amor cautivo,
Desde aquí puedes volverte;
Que me pedirán por robo
Lo que entendí que era suerte.
«Y no quiero por rescate
Que tu dama me presente
Ni las alfombras más finas
Ni las granas más alegres.
«Anda con Dios, sufre y ama,
Y vivirás si lo hicieres,
Con tal que cuando la veas
Pido que de mí te acuerdes.
«Apeöse del caballo,
Y el moro tras él descende,

DON LUIS DE GÓNGORA

Y por el suelo postrado,
La boca á sus piés ofrece.
«Vivas mil años, le dice,
Noble capitan valiente,
Que ganas más con librarme
Que ganaste con prenderme.
«Alá se quede contigo
Y te dé vitoria siempre
Para que extiendas tu fama
Con hechos tan excelentes.

51.

ANDE yo caliente,
Y ríase la gente.

Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis días
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno
Naranjada y aguardiente,
Y ríase la gente.

Coma en dorada bajilla
El príncipe mil cuidados
Como píldoras dorados;
Que yo en mi pobre mesilla
Quiero más una moreilla
Que en el asador reviente,
Y ríase la gente.

Cuando cubra las montañas
De plata y nieve el enero

DON LUIS DE GÓNGORA

Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas
Del rey que rabió me cuente,
Y ríase la gente.

Busque muy en hora buena
El mercader nuevos soles;
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena
Sobre el chopo de la fuente,
Y ríase la gente.

Pase á media noche el mar,
Y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
Que yo más quiero pasar
De Yépes á Madrigar
La regalada corriente,
Y ríase la gente.

Pues Amor es tan cruel
Que de Piramo y su amada
Hace tálamo una espada,
Do se junten ella y él,
Sea mi Tisbe un pastel,
Y la espada sea mi diente,
Y ríase la gente.

52.

LA más bella niña
De nuestro lugar,

DON LUIS DE GÓNGORA

Hoy viuda y sola
Y ayer por casar,
Viendo que sus ojos
A la guerra van,
A su madre dice
Que escucha su mal:

Dexadme llorar

Orillas del mar.

Pues me distes, madre,
En tan tierna edad
Tan corto el placer,
Tan largo el penar,
Y me cautivastes
De quien hoy se va
Y lleva las llaves
De mi libertad,
Dexadme llorar
Orillas del mar.

En llorar conviertan
Mis ojos de hoy más
El sabroso oficio
Del dulce mirar,
Pues que no se pueden
Mejor ocupar
Yéndose a la guerra
Quien era mi paz.
Dexadme llorar
Orillas del mar.

No me pongais freno
Ni queráis culpar;
Que lo uno es justo,
Lo otro por demás.
Si me quereis bien

DON LUIS DE GÓNGORA

No me hagais mal;
Harto peor fue
Morir y callar.

Dexadme llorar

Orillas del mar.

Dulce madre mía,
¿Quién no llorará,
Aunque tenga el pecho
Como un pedernal,
Y no dará voces
Viendo marchitar
Los más verdes años
De mi mocedad?

Dexadme llorar

Orillas del mar.

Váyanse las noches,
Pues ido se han
Los ojos que hacían
Los míos velar;
Váyanse, y no vean
Tanta soledad
Después que en mi lecho
Sobra la mitad.

Dexadme llorar

Orillas del mar.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

53.

El Sueño

¿CON qué culpa tan grave,
Sueño blando y suave,

DON LUIS DE GÓNGORA

Hoy viuda y sola
Y ayer por casar,
Viendo que sus ojos
A la guerra van,
A su madre dice
Que escucha su mal:

Dexadme llorar

Orillas del mar.

Pues me distes, madre,
En tan tierna edad
Tan corto el placer,
Tan largo el penar,
Y me cautivastes
De quien hoy se va
Y lleva las llaves
De mi libertad,
Dexadme llorar
Orillas del mar.

En llorar conviertan
Mis ojos de hoy más
El sabroso oficio
Del dulce mirar,
Pues que no se pueden
Mejor ocupar
Yéndose a la guerra
Quien era mi paz.

Dexadme llorar

Orillas del mar.

No me pongais freno
Ni queráis culpar;
Que lo uno es justo,
Lo otro por demás.
Si me quereis bien

DON LUIS DE GÓNGORA

No me hagais mal;
Harto peor fue
Morir y callar.

Dexadme llorar

Orillas del mar.

Dulce madre mía,
¿Quién no llorará,
Aunque tenga el pecho
Como un pedernal,
Y no dará voces
Viendo marchitar
Los más verdes años
De mi mocedad?

Dexadme llorar

Orillas del mar.

Váyanse las noches,
Pues ido se han
Los ojos que hacían
Los míos velar;
Váyanse, y no vean
Tanta soledad
Después que en mi lecho
Sobra la mitad.

Dexadme llorar

Orillas del mar.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

53.

El Sueño

¿CON qué culpa tan grave,
Sueño blando y suave,

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Pude en largo destierro merecerte
Que se aparte de mí tu olvido manso?
Pues no te busco yo por ser descanso,
Sino por muda imagen de la muerte.
Cuidados veladores
Hacen inobedientes mis dos ojos
A la ley de las horas:
No han podido vencer á mis dolores
Las noches, ni dar paz á mis enojos.
Madrugan más en mí que en las auroras
Lágrimas á este llano:
Que amanece á mi mal siempre temprano;
Y tanto, que persuade la tristeza
A mis dos ojos, que nacieron antes
Para llorar que para ver. Tú, sueño,
De sosiego los tienes ignorantes,
De tal manera, que al morir el día
Con luz enferma ví que permitía
El sol que le mirasen en Poniente.
Con piés torpes al punto, ciega y fría,
Cayó de las estrellas blandamente
La noche, tras las pardas sombras mudas,
Que el sueño persuadieron á la gente.
Escondieron las galas á los prados
Y quedaron desnudas
Estas laderas y sus penas solas:
Duermen ya entre sus montes recostados
Los mares y las olas.
Si con algún acento
Ofenden las orejas,
Es que entre sueños dan al cielo quejas
Del yerto lecho y duro acógiimiento,
Que blandos hallan en los cerros duros.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Los arroyuelos puros
Se adormecen al són del llanto mío,
Y á su modo también se duerme el río.
Con sosiego agradable
Se dejan poseer de tí las flores;
Mudos están los males,
No hay cuidado que hable,
Faltan lenguas y voz á los dolores,
Y en todos los mortales
Yace la vida envuelta en alto olvido.
Tan sólo mi gemido
Pierde el respeto á tu silencio santo:
Yo tu quietud molesto con mi llanto,
Y te desacredito
El nombre de callado, con mi grito.
Dáme, cortés mancebo, algún reposo:
No seas digno del nombre de avariento
En el más desdichado y firme amante
Que lo merece ser por dueño hermoso.
Débate alguna pausa mi tormento.
Gózante en las cabañas
Y debajo del cielo
Los ásperos villanos;
Hallaté en el rigor de los pantanos
Y encuéntrate en las nieves y en el hielo
El soldado valiente,
Y yo no puedo hallarte, aunque lo intente,
Entre mi pensamiento y mi deseo.
Ya, pues, con dolor creo
Que eres más riguroso que la tierra,
Más duro que la roca,
Pues te alcanza el soldado envuelto en guerra,
Y en ella mi alma por jamás te toca.

Mira que es gran rigor: dámelo siquiera
 Lo que de ti desprecia tanto avaro,
 Por el oro en que alegre considera,
 Hasta que da la vuelta el tiempo claro;
 Lo que había de dormir en blando lecho
 Y da el enamorado á su señora,
 Y á tí se te debía de derecho.
 Dáme lo que desprecia de tí agora
 Por robar el ladrón; lo que desecha
 El que invidiosos celos tuvo y llora.
 Quede en parte mi queja satisfecha,
 Tócame con el cuento de tu vara:
 Oirán siquiera el ruido de tus plumas
 Mis desventuras sumas;
 Que yo no quiero verte cara á cara,
 Ni que hagas más caso
 De mí, que hasta pasar por mí de paso;
 Ó que á tu sombra negra por lo menos,
 Si fueres á otra parte peregrino,
 Se le haga camino
 Por estos ojos de sosiego ajenos.
 Quitame, blando sueño, este desvelo,
 Ó de él alguna parte,
 Y te prometo, mientras viere el cielo,
 De desvelarme sólo en celebrarte.

54

Epístola satírica y censoria

*contra las costumbres presentes de los castellanos, escrita
 al Conde-Duque de Olivares.*

NO he de callar, por más que con el dedo,
 Ya tocando la boca, ó ya la frente,
 Silencio avises ó amenaces miedo.

¿No ha de haber un espíritu valiente?
 ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
 ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?
 Hoy sin miedo que libre escandalice
 Puede hablar el ingenio, asegurado
 De que mayor poder le atemorice.
 En otros siglos pudo ser pecado
 Severo estudio y la verdad desnuda,
 Y romper el silencio el bien hablado.
 Pues sepa quien lo niega y quien lo duda
 Que es lengua la verdad de Dios severo
 Y la lengua de Dios nunca fué muda.
 Son la verdad y Dios, Dios verdadero:
 Ni eternidad divina los separa,
 Ni de los dos alguno fué primero.
 Si Dios á la verdad se adelantara,
 Siendo verdad, implicación hubiera
 En ser y en que verdad de ser dejara.
 La justicia de Dios es verdadera,
 Y la misericordia, y todo cuanto
 Es Dios todo ha de ser verdad entera.
 Señor Excelentísimo, mi llanto
 Ya no consiente márgenes ni orillas:
 Inundación será la de mi canto.
 Ya sumergirse miro mis mejillas,
 La vista por dos urnas derramada
 Sobre las aras de las dos Castillas.
 Yace aquella virtud desalinada
 Que fué, si rica menos, más temida,
 En vanidad y en sueño sepultada.
 Y aquella libertad esclarecida
 Que en donde supo hallar honrada muerte
 Nunca quiso tener más larga vida.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Y pródiga del alma, nación fuerte
Contaba por afrentas de los años
Envejecer en brazos de la suerte.

Del tiempo el ocio torpe, y los engaños
Del paso de las horas y del día
Reputaban los nuestros por extraños.

Nadie contaba cuánta edad vivía,
Sino de qué manera: ni aun un hora
Lograba sin afán su valentía.

La robusta virtud era señora,
Y sola dominaba al pueblo rudo;
Edad, si mal hablada, vencedora.

El temor de la mano daba escudo
Al corazón, que, en ella confiado,
Todas las armas despreció desnudo.

Multiplicó en escuadras un soldado
Su honor precioso, su ánimo valiente,
De sola honesta obligación armado.

Y debajo del cielo aquella gente,
Si no á más descansado, á más honroso
Sueño entregó los ojos, no la mente.

Hilaba la mujer para su esposo
La mortaja primero que el vestido;
Menos le vió galán que peligroso.

Acompañaba el lado del marido
Más veces en la hueste que en la cama;
Sano le aventuró, vengóle herido.

Todas matronas y ninguna dama,
Que nombres del halago cortesano
No admitió lo severo de su fama.

Derramado y sonoro el Océano
Era divorcio de las rubias minas
Que usurparon la paz del pecho humano.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Ni los trujo costumbres peregrinas
El áspero dinero, ni el Oriente
Compró la honestidad con piedras finas.

Joya fué la virtud pura y ardiente;
Gala el merecimiento y ababanza;
Sólo se codiciaba lo decente.

No de la pluma dependió la lanza,
Ni el cántabro con cajas y tinteros
Hizo el campo heredad, sino matanza.

Y España con legítimos dineros,
No mendigando el crédito á Liguria,
Más quiso los turbantes que los ceros.

Ménos fuera la pérdida y la injuria
Si se volvieran Muzas los asientos,
Que esta usura es peor que aquella furia.

Caducaban las aves en los vientos,
Y espiraba decrepito el venado:
Grande vejez duró en los elementos.

Que el vientre entónces, bien disciplinado,
Buscó satisfacción y no hartura,
Y estaba la garganta sin pecado.

Del mayor infanzón de aquella pura
República de grandes hombres, era
Una vaca sustento y armadura.

No había venido al gusto lisonjera
La pimienta arrugada, ni del clavo
La adulación fragante forastera.

Carnero y vaca fué principio y cabo,
Y con rojos pimientos y ajos duros
Tan bien como el señor comió el esclavo.

Bebió la sed los arroyuelos puros:
Después mostraron del carhesio á Baco
El camino los brándis mal seguros.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

El rostro macilento, el cuerpo flaco,
Eran recuerdo del trabajo honroso,
Y honra y provecho andaban en un saco.
Pudo sin miedo un español velloso
Llamar á los tudescos bacchanales,
Y al holandés hereje y alevoso.

Pudo acusar los celos desiguales
Á la Italia; pero hoy de muchos modos
Sonos copias, si son originales.

Las descendencias gastan muchos godos,
Todos blasonan, nadie los imita,
Y no son sucesores, sino apodos.

Vino el betún precioso que vomita
La ballena ó la espuma de las olas,
Que el vicio, no el olor, nos acredita.

Y quedaron las huestes españolas
Bien perfumadas, pero mal regidas,
Y alhajas las que fueron pieles solas.

Estaban las hazañas mal vestidas,
Y aún no se hartaba de burriel y lana
La vanidad de fемbras presumidas.

Á la seda pomposa siciliana,
Que manchó ardiente márce, el romano
Y el oro hicieron áspera y tirana.

Nunca al duro español supo el gusano
Persuadir que vistiese su mortaja,
Intercediendo el Can por el verano.

Hoy desprecia el honor al que trabaja,
Y entonces fué el trabajo ejecutoria,
Y el vicio graduó la gente baja.

Pretende el alentado jóven gloria
Por dejar la vacada sin marido,
Y de Ceres ofende la memoria.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Un animal á la labor nacido
Y símbolo celoso á los mortales,
Que á Jove fué disfraz y fué vestido;

Que un tiempo endureció manos reales,
Y detrás de él los cónsules gimieron,
Y rumia luz en campos celestiales,

¿Por cuál enemistad se persuadieron
Á que su apocamiento fuese hazaña,
Y á las mieses tan grande ofensa hicieron?

¿Qué cosa es ver un infanzón de España
Abreviado en la silla á la ginetá,
Y gastar un caballo en una caña?

Que la niñez al gallo le acometa
Con semejante munición apruebo;
Mas no la edad madura y la perfeta.

Ejercite sus fuerzas el mancebo
En frentes de escuadrones, no en la frente!
Del útil bruto la asta del acebo.

El trompeta le llame diligente,
Dando fuerza de ley el viento vano,
Y al son esté el ejército obediente.

¿Con cuánta majestad llena la mano
La pica, y el mosquete carga el hombro,
Del que se atreve á ser buen castellano!

Con aseó entre las otras gentes nombro
Al que de su persona, sin decoro,
Más quiere nota dar que dar asombro.

Gineta y cañas son contagio moro;
Restituyanse justas y torneos,
Y hagan paces las capas con el toro.

Pasadnos vos de juegos á trofeos;
Que sólo grande rey y buen privado
Pueden ejecutar estos deseos.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Vos, que haceis repetir siglo pasado
Con desembarazarnos las personas
Y sacar á los miembros de cuidado,
Vos distes libertad con las valonas,
Para que sean cortesés las cabezas,
Desnudando el enfado á las coronas;
Y, pues vos enmendastes las cortezas,
Dad á la mejor parte medicina:
Vuélvanse los tablados fortalezas.
Que la cortés estrella que os inclina
Á privar sin intento y sin venganza,
Milagro que á la invidia desatina,
Tiene por sola bienaventuranza
El reconocimiento temeroso,
No presumida y ciega confianza.
Y si os dió el ascendiente generoso
Escudos, de armas y blasones llenos,
Y por timbre el martirio glorioso,
Mejores sean por vos los que eran buenos
Guzmanes, y la cumbre desdenosa
Os muestre á su pesar campos serenos.
Lograd, señor, edad tan venturosa;
Y cuando nuestras fuerzas examina
Persecución unida y belicosa,
La militar valiente disciplina
Tenga más platicantes que la plaza:
Descansen tela falsa y tela fina.
Suceda á la marlota la coraza,
Y si el Corpus con danzas no los pide,
Velillos y oropel no hagan baza:
El que en treinta lacayos los divide,
Hace suerte en el toro y con un dedo
La hace en él la vara que los mide.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Mandadlo así, que aseguráros puedo
Que habeis de restaurar más que Pelayo,
Pues valdrá por ejércitos el miedo.
Y os verá el cielo administrar su rayo.

55.

Memoria inmortal

de don Pedro Girón, Duque de Osuna, muerto en la prisión

FALTAR pudo su patria al grande Osuna,
Pero no á su defensa sus hazañas;
Diéronle muerte y cárcel las Españas,
De quien él hizo esclava la fortuna.
Lloraron sus envidias una á una
Con las propias naciones las extrañas;
Su tumba son de Flándes las campañas,
Y su epitafio la sangrienta luna.
En sus exequias encendió al Vesubio
Parténope, y Trinacria el Mongibelo;
El llanto militar creció en diluvio.
Dióle el mejor lugar Marte en su cielo;
La Mosa, el Rhin, el Tajo y el Danubio
Murmuran con dolor su desconsuelo.

56.

YA formidable y espantoso suena
Dentro del corazón el postrer día,
Y la última hora, negra y fría,
Se acerca, de temon y sombras llena.
Si agradable descanso, paz serena,
La muerte en traje de dolor envía,
Señas da su desdén de cortesía:
Más tiene de caricia que de pena.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

¿Qué pretende el temor desacordado
De la que á rescatar piadosa viene
Espíritu en miserias añudado?
Llegue rogada, pues mi bien previene;
Hálleme agradecido, no asustado;
Mi vida acabe y mi vivir ordene.

57. MIRÉ los muros de la patria mía,
Si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
De la carrera de la edad cansados,
Por quien caduca ya su valentía.
Salíme al campo, ví que el sol bebía
Los arroyos del hielo desatados;
Y del monte quejosos los ganados,
Que con sombras hurtó su luz al día.
Entré en mi casa; ví que amancillada
De anciana habitación era despojos;
Mi báculo más corvo y menos fuerte.
Vencida de la edad sentí mi espada,
Y no hallé cosa en que poner los ojos
Que no fuese recuerdo de la muerte.

58.

Letrilla satírica

PODEROSO caballero
Es don Dinero.

Madre, yo al oro me humillo:
Él es mi amante y mi amado,
Pues de puro enamorado,
De continuo anda amarillo;
Que pues, doblón ó sencillo,
Hace todo cuanto quiero,

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Poderoso caballero

Es don Dinero.

Nace en las Indias honrado,
Donde el mundo le acompaña;
Viene á morir en España
Y es en Génova enterrado.
Y pues quien le trae al lado
Es hermoso, aunque sea fiero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.

Es galán y es como un oro,
Tiene quebrado el color,
Persona de gran valor,
Tan cristiano como moro;
Pues que da y quita el decoro
Y quebranta cualquier fuero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.

Son sus padres principales
Y es de nobles descendiente,
Porque en las venas de Oriente
Todas las sangres son reales:
Y pues es quien hace iguales
Al duque y al ganadero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.

Mas ¿á quién no maravilla
Ver en su gloria sin tasa
Que es lo menos de su casa
Doña Blanca de Castilla?
Pero pues da al baxo silla
Y al cobarde hace guerrero,
Poderoso caballero

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Es don Dinero.

Sus escudos de armas nobles
Son siempre tan principales,
Que sin sus escudos reales
No hay escudos de armas dobles;
Y pues á los mismos robes
Da codicia su minero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.

Por importar en los tratos
Y dar tan buenos consejos,
En las casas de los viejos
Gatos le guardan de gatos.
Y pues el rompe recatos
Y ablanda al jhez más severo,
Poderoso caballero
Es don Dinero.

Y es tanta su majestad
(Aunque son sus duelos hartos)
Que con haberle hecho cuartos
No pierde su autoridad;
Pero pues da calidad
Al noble y al pordiosero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.

Nunca vi damas ingratas
Á su gusto y afición,
Que á las caras de un doblón
Hacen sus caras baratas.
Y pues las hace bravatas
Desde una bolsa de cuero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Más valen en cualquier tierra,
Mirad si es harto sagaz,
Sus escudos en la paz
Que rodela en la guerra.
Y pues al pobre le entierra
Y hace propio al forastero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.

D. ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS

59. *Oda sáfica*

DULCE vecino de la verde selva,
Huésped eterno del abril florido,
Vital aliento de la madre Vénus,
Céfiro blando;
Si de mis ansias el amor supiste,
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi ninfa dile,
Dile que muero.

Filís un tiempo mi dolor sabía;
Filís un tiempo mi dolor lloraba;
Quiso me un tiempo, mas agora temo,
Temo sus iras.

Así los dioses con amor paterno,
Así los cielos con amor benigno,
Nieguen al tiempo que feliz volares
Nieve á la tierra.
Jamás el peso de la nube parda
Cuando amanece en la elevada cumbre,
Toque tus hombros ni su mal granizo
Hiera tus alas.

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA

60.

ESTAS que fueron pompa y alegría
Despertando al albor de la mañana,
A la tarde serán lástima vana
Durmiendo en brazos de la noche fría.
Este matiz que al cielo desafia,
Iris listado de oro, nieve y grana,
Será escarmiento de la vida humana :
¡ Tanto se emprende en término de un día !
A florecer las rosas madrugaron,
Y para envejecerse florecieron :
Cuna y sepulcro en un botón hallaron.
Tales los hombres sus fortunas vieron :
En un día nacieron y espiraron ;
Que pasados los siglos, horas fueron.

DON ANTONIO MIRA DE MESCUA

61.

Canción

UFANO, alegre, altivo, enamorado,
Rompiendo el aire el pardo jilguerillo,
Se sentó en los pimpollos de una haya,
Y con su pico de marfil nevado
De su pechuelo blanco y amarillo
La pluma concertó pajiza y baya ;
Y celoso se ensaya
A discantar en alto contrapunto
Sus celos y amor junto,
Y al ramillo, y al prado y á las flores
Libre y ufano cuenta sus amores.
Mas ¡ ay ! que en este estado

DON ANTONIO MIRA DE MESCUA

El cazador cruel, de astucia armado,
Escondido le acecha,
Y al tierno corazón aguda flecha
Tira con mano esquivo
Y envuelto en sangre en tierra lo derriba,
¡ Ay, vida mal lograda,
Retrato de mi suerte desdichada !
De la custodia del amor materno
El corderillo juguetón se aleja,
Enamorado de la yerba y flores,
Y por la libertad del pasto tierno
El cándido licor olvida y deja
Por quien hizo á su madre mil amores :
Sin conocer temores,
De la florida primavera bella
El vario manto huella
Con retozos y brincos licenciosos,
Y pace tallos tiernos y sabrosos.
Mas ¡ ay ! que en un otero
Dió en la boca de un lobo carnicero,
Que en partes diferentes
Lo dividió con sus voraces dientes,
Y á convertirse vino
En purpúreo el dorado vellocino.
¡ Oh inocencia ofendida,
Breve bien, caro pasto, corta vida !
Rica con sus penachos y copetes,
Ufana y loca, con ligero vuelo
Se remonta la garza á las estrellas,
Y, puliendo sus negros martinetes,
Procura ser allá cerca del cielo
La reina sola de las aves bellas :
Y por ser ella de ellas

La que más altanera se remonta,
 Ya se encubre y trasmonta
 Á los ojos del lince más atentos
 Y se contempla reina de los vientos.
 Mas ¡ay! que en la alta nube
 El águila la vió y al cielo sube,
 Donde con pico y garra
 El pecho candidísimo desgarró
 Del bello airón que quiso
 Volar tan alto con tan corto aviso.
 ¡Ay, pájaro altanero,
 Retrato de mi suerte verdadero!
 Al son de las belisnas trompetas
 Y al retumbar del sonoro parche,
 Formó escuadrón el capitán gallardo;
 Con relinchos, bufidos y corvetas
 Pidió el caballo que la gente marche
 Trocando en paso presuroso el tardo:
 Sonó el clarín bastardo
 La esperada señal de arremetida,
 Y en batalla rompida,
 Teniendo cierta de vencer la gloria,
 Oyó á su gente que cantó victoria.
 Mas ¡ay! que el desconcierto
 Del capitán bisonio y poco experto,
 Por no observar el orden
 Causó en su gente general desórden,
 Y, la ocasión perdida,
 El vencedor perdió victoria y vida.
 ¡Ay, fortuna voltaria,
 En mis prósperos fines siempre varia!
 Al cristalino y mudo lisonjero
 La bella dama en su beldad se goza,

Contemplándose Venus en la tierra,
 Y al mas rebelde corazón de acero
 Con su vista enternece y alborozó,
 Y es de las libertades dulce guerra:
 El desamor destierra
 De donde pone sus divinos ojos,
 Y de ellos son despojos
 Los purísimos castos de Diana,
 Y en su belleza se contempla ufana.
 Mas ¡ay! que un accidente,
 Apenas puso el pulso intercadente,
 Cuando cubrió de manchas,
 Cárdenas ronchas y viruelas anchas
 El bello rostro hermoso
 Y lo trocó en horrible y asqueroso.
 ¡Ay, beldad malograda,
 Muerta luz, turbio sol y flor pisada!
 Sobre frágiles leños, que con alas
 De lienzo débil de la mar son carros,
 El mercader sureó sus claras olas:
 Llegó á la India, y, rico de bengalas,
 Perlas, aromas, nácares bizarros,
 Volvió á ver las riberas españolas.
 Tremoló banderolas,
 Flámulas, estandartes, gallardetes:
 Dió premio á los grumetes
 Por haber descubierto
 De la querida patria el dulce puerto.
 Mas ¡ay! que estaba ignoto
 Á la experiencia y ciencia del piloto
 En la barra un penasco,
 Donde, tocando de la nave el casco,
 Dió á fondo, hechos mil piezas,

Mercader, esperanzas y riquezas,
 Pobre bajel, figura
 Del que anegó mi próspera ventura!
 Mi pensamiento con ligero vuelo
 Ufano, alegre, altivo, enamorado,
 Sin conocer temores la memoria,
 Se remontó, señora, hasta tu cielo,
 Y contrastando tu desdén airado,
 Triunfó mi amor, cantó mi fe victoria;
 Y en la sublime gloria
 De esa beldad se contempló mi alma,
 Y el mar de amor sin calma
 Mi navicilla con su viento en popa
 Llevaba navegando á toda ropa.
 Mas ¡ay! que mi contento
 Fué el pajarillo y corderillo exento,
 Fué la garza altanera,
 Fué el capitán que la victoria espera,
 Fué la Venus del mundo,
 Fué la nave del piélago profundo;
 Pues por diversos modos
 Todos los males padecí de todos.
 Canción, vé á la colona
 Que sustentó mi próspera fortuna,
 Y verás que si entonces
 Te pareció de mármoles y bronce,
 Hoy es muger; y en suma
 Tuve bien, fácil viento, leve espuma.

62. *Fiesta de toros en Madrid*

MADRID, castillo famoso
 Que al rey moro alivia el miedo,
 Arde en fiestas en su coso
 Por ser el natal dichoso
 De Alimenón de Toledo.
 Su bravo alcaide Aliatar,
 De la hermosa Zaida amante,
 Las ordena celebrar
 Por si la puede ablandar
 El corazón de diamante.
 Pasó, vencida á sus ruegos,
 Desde Aravaca á Madrid;
 Hubo pandorgas y fuegos,
 Con otros nocturnos juegos
 Que dispuso el adalid.
 Y en adargas y colores,
 En las cifras y libreas,
 Mostraron los amadores,
 Y en pendones y preseas,
 La dicha de sus amores.
 Vinieron las moras bellas
 De toda la cercanía,
 Y de lejos muchas de ellas:
 Las más apuestas doncellas
 Que España entonces tenía.
 Aja de Jetafe vino,
 Y Zahara la de Alcorcón,
 En cuyo obsequio muy fino
 Corrió de un vuelo el camino
 El moracel de Alcabón.
 Jarifa de Almonacid,

Que de la Alcarria en que habita
Llevó á asombrar á Madrid
Su amante Audalla, adalid
Del castillo de Zorita.

De Adamud y la famosa
Meco llegaron allí
Dos, cada cual más hermosa,
Y Fátima la preciosa,
Hija de Ali el alcadi.

El ancho circo se llena
De multitud clamorosa,
Que atiende á ver en la arena
La sangrienta lid dudosa,
Y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó
Sus dorados miradores
Que el arte afiligranó,
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.

Añafles y atabales,
Con militar armonía,
Hicieron salva, y señales
De mostrar su valentía
Los moros más principales.

No en las vegas de Jarama
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros,
Junto al puente que se llanta,
Por sus peces, de Viveros,
Como los que el vulgo vió
Ser lidiados aquel día;
Y en la fiesta que gozó,
La popular alegría

Muchas heridas costó.
Salió un toro del toril
Y á Tarfe tiró por tierra,
Y luego á Benalguacil;
Después con Hamete cierra
El temerón de Conil.

Traía un ancho listón
Con uno y otro matiz
Hecho un lazo por airón,
Sobre la inhiesta cerviz
Clavado con un arpón.

Todo galán pretendía
Ofrecerle vencedor
Á la dama que servía;
Por eso perdió Almanzor
El potro que más quería.

El alcaide muy zámbrero
De Guadalajara, huyó
Mal herido al golpe fiero,
Y desde un caballo overo
El moro de Horeche cayó.

Todos miran á Aliatar,
Que, aunque tres toros ha muerto,
No se quiere aventurar,
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.

Mas viendo se culpaba,
Va á ponerse delante:
La fiera le acometía,
Y sin que el rejón la plante
Le mató una yegua pia.

Otra monta acelerado:
Le embiste el toro de un vuelo

Cogiéndole entablado ;
 Rodó el bonete encarnado
 Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando
 Á los de á pié que encontrara,
 El circo desocupando,
 Y emplazándose, se para,
 Con la vista amenazando.
 Nadie se atreve á salir ;
 La plebe grita indignada,
 Las damas se quieren ir,
 Porque la fiesta empezada
 No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega
 Y está en medio el toro fijo,
 Cuando un portero que llega
 De la puerta de la Vega,
 Hincó la rodilla, y dijo :

Sobre un caballo alazano,
 Cubierto de galas y oro,
 Demanda licencia urbano
 Para alancear á un toro
 Un caballero cristiano.

Mucho le pesa á Aliatar ;
 Pero Zaida dió respuesta
 Diciendo que puede entrar,
 Porque en tan solemne fiesta
 Nada se debe negar.

Suspense el concurso entero
 Entre dudas se embaraza,
 Cuando en un potro ligero
 Vieron entrar en la plaza
 Un bizarro caballero.

Sonrosado, albo color,
 Belfo labio, juveniles
 Alientos, inquieto ardor,
 En el florido verdor
 De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
 Por donde el almete sube,
 Cual mirarse tal vez deja
 Del sol la ardiente madeja
 Entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes,
 De una cristiana primores ;
 En el yelmo los plumajes
 Por los visos y celajes
 Vergel de diversas flores,

En la cuja gruesa lanza,
 Con recamado pendón,
 Y una cifra á ver se alcanza,
 Que es de desesperación,
 O á lo menos de venganza.

En el arzón de la silla
 Ancho escudo reverbera
 Con blasones de Castilla,
 Y el mote dice á la orilla :
Nunca mi espada venciera.

Era el caballo galán,
 El bruto más generoso,
 De más gallardo ademán ;
 Cabos negros, y brioso,
 Muy tostado, y alazán.

Larga cola recogida
 En las piernas descarnadas,
 Cabeza pequeña, erguida,

DON NICOLÁS F. DE MORATÍN

Las narices dilatadas,
Vista feroz y encendida.
Nunca en el ancho rodeo
Que da Bétis con tal fruto
Pudo fingir el deseo
Más bella estampa de bruto,
Ni más hermoso paseo.
Dio la vuelta al rededor;
Los ojos que le veían
Lleva prendados de amor:
¡Alah te salve! decían,
¡Déte el Profeta favor!
Causaba lástima y grima
Su tierna edad floreciente:
Todos quieren que se exima
Del riesgo, y él solamente
Ni recela ni se estima.
Las doncellas, al pasar,
Hacen de ámbar y alcanfor
Pebeteros exhalar,
Vertiendo pomos de olor,
De jazmines y azáhar.
Mas cuando en medio se para,
Y de más cerca le mira
La cristiana esclava Aldara,
Con su señora se encara,
Y así la dice, y suspira:
Señora, sueños no son;
Así los cielos, vencidos
De mi ruego y aliección,
Acerquen á mis oídos
Las campanas de León,
Como ese doncel, que ufano

DON NICOLÁS F. DE MORATÍN

Tanto asombro viene á dar
Á todo el pueblo africano,
Es Rodrigo de Vivar,
El soberbio castellano.
Sin descubrirle quién es,
La Zaida desde una almena
Le habló una noche cortés,
Por donde se abrió despues
El cubo de la Almudena.
Y supo que, fugitivo
De la corte de Fernando,
El cristiano, apenas vivo,
Está á Jimena adorando
Y en su memoria cautivo.
Tal vez á Madrid se acerca
Con frecuentes correrías
Y todo en torno la cerca;
Observa sus saetas,
Arroyadas y ancha alberca.
Por eso le ha conocido:
Que en medio de aclamaciones,
En caballo ha detenido
Delante de sus balcones,
Y la saluda rendido.
La mora se puso en pie
Y sus doncellas detrás:
El alcaide que lo ve,
Enfurecido además,
Muestra cuán celoso esté.
Suenan un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid:
No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero;

Y algunos le llaman Cid.
 Crece la algazara, y él,
 Torciendo las riendas de oro,
 Marcha al combate eriel:
 Alza el galope, y al toro
 Busca en sonoro tropel.
 El bruto se le ha encarado
 Desde que le vió llegar,
 De tanta gala asombrado,
 Y al rededor le ha observado
 Sin moverse de un lugar.
 Cual flecha se disparó
 Despedida de la cuerda,
 De tal suerte le embistió:
 Detrás de la oreja izquierda
 La aguda lanza le hirió.
 Brama la fiera burlada;
 Segunda vez acomete,
 De espuma y sudor bañada,
 Y segunda vez la mete
 Sutil la punta acerada.
 Pero ya Rodrigo espera
 Con heroico atrevimiento,
 El pueblo mudo y atento:
 Se engalla el toro y altera,
 Y finje acometimiento.
 La arena escarba ofendido,
 Sobre la espalda la arroja
 Con el hueso retorcido;
 El suelo huele y le moja
 En ardiente resoplido.
 La cola inquieto meneá,
 La diestra oreja mosquea,

Váse retirando atrás,
 Para que la fuerza sea
 Mayor, y el impetu más.
 El que en esta ocasion viera
 De Zaida el rostro alterado,
 Claramente conociera
 Cuanto le cuesta cuidado
 El que tanto riesgo espera.
 Mas ¡ay, que le embiste horrendo
 El animal espantoso!
 Jamás peñasco tremendo
 Del Cáucaso cavernoso
 Se desgaja estrago haciendo,
 Ni llama así fulminante
 Cruza en negra oscuridad
 Con relámpagos delante,
 Al estrépito tronante
 De sonora tempestad,
 Como el bruto se abalanza
 Con terrible ligereza;
 Mas rota con gran pujanza
 La alta nuca, la fiereza
 Y el último aliento lanza.
 La confusa vocería
 Que en tal instante se oyó
 Fué tanta, que parecía
 Que honda mina reventó,
 Ó el monte y valle se hundía.
 A caballo como estaba
 Rodrigo, el lazo alcanzó
 Con que el toro se adornaba:
 En su lanza le clavó
 Y á los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos,
 Le alarga á Zaida, diciendo:
 Sultana, aunque bien entiendo
 Ser favores excesivos,
 Mi corto dón admitiendo;
 Si no os dignáredes ser
 Con él benigna, advertid
 Que á mí me basta saber
 Que no le debo ofrecer
 Á otra persona en Madrid.
 Ella, el rostro placentero,
 Dijo, y turbada: señor,
 Yo le admito y le venero,
 Por conservar el favor
 De tan gentil caballero.
 Y besando el rico dón,
 Para agradar al doncel,
 Le prende con afición
 Al lado del corazón
 Por brinquiño y por joyel.
 Pero Aliatar el caudillo
 De envidia ardiendo se ve;
 Y, trémulo y amarillo,
 Sobre un tremecén rosillo
 Lozanéandose fué.
 Y en ronca voz: castellano,
 Le dice: con más decoros
 Suelo yo dar de mi mano,
 Si no penachos de tofos,
 Las cabezas del cristiano.
 Y si vinieras de guerra
 Cual vienes de fiesta y gala,
 Vieras que en toda la tierra,

Al valor que dentro encierra
 Madrid, ninguno se iguala.
 Así, dijo el de Vivar,
 Respondo; y la lanza al ristre
 Pone, y espera á Aliatar;
 Mas sin que nadie administre
 Orden, tocaron á armar.
 Ya fiero bando con gritos
 Su muerte ó prisión pedía,
 Cuando se oyó en los distritos
 Del monte de Leganitos
 Del Cid la trompetería.
 Entre la Monclova y Soto
 Tercio escogido emboscó,
 Que, viendo como tardó,
 Se acerca, oyó el alboroto,
 Y al muro se abalanzó.
 Y si no vieran salir
 Por la puerta á su señor,
 Y Zaida á le despedir,
 Iban la fuerza á embestir:
 Tal era ya su furor.
 El alcaide, recelando
 Que en Madrid tenga partido,
 Se templó disimulando,
 Y por el parque florido
 Salio con él razonando.
 Y es fama que, á la bajada,
 Juró por la cruz el Cid
 De su vencedora espada
 De no quitar la celada
 Hasta que gane á Madrid.

63. *Epístola de Fabio á Anfriso**Descripción del Páular**Credibile est illi numen inesse loci*

—OVIDIUS

DESDE el oculto y venerable asilo
 Do la virtud austera y penitente
 Vive ignorada y, del liviano mundo
 Huída, en santa soledad se esconde,
 El triste Fabio al venturoso Anfriso
 Salud en versos flébiles envía.
 Salud le envía á Anfriso, al que inspirado
 De las mantuanas musas, tal vez suele
 Al grave son de su celeste canto
 Precipitar del viejo Manzanares
 El curso perezoso: tal suave
 Suele ablandar con amorosa lira
 La altiva condición de sus zagalas.
 ¡Pluguiera á Dios, oh Anfriso, que el cuitado
 Á quien no dió la suerte tal ventura
 Pudiese huir del mundo y sus peligros!
 ¡Pluguiera á Dios, pues ya con su barquilla
 Logró arribar á puerto tan seguro,
 Que esconderla supiera en este abrigo,
 Á tanta luz y ejemplos enseñado!
 Huyera así la furia tempestuosa
 De los contrarios vientos, los escollos,
 Y las fieras borrascas tantas veces
 Entre sustos y lágrimas corridas.
 Así también del mundanal tumulto
 Lejos, y en estos montes guarecido,

Alguna vez gozára del reposo,
 Que hoy desterrado de su pecho vive.

Mas, ¡ay de aquel que hasta en el santo asilo
 De la virtud arrastra la cadena,
 La pesada cadena con que el mundo
 Oprime á sus esclavos! ¡Ay del triste
 En cuyo oído suena con espanto,
 Per esta oculta soledad rompiendo,
 De su señor el imperioso grito!

Busco en estas moradas silenciosas
 El reposo y la paz que aquí se esconden,
 Y sólo encuentro la inquietud funesta
 Que mis sentidos y razón conturba.

Busco paz y reposo, pero en vano
 Los busco; ¡oh caro Anfriso! que estos dones,
 Herencia santa que al partir del mundo
 Dejó Bruno en sus hijos vinculada,
 Nunca en profano corazón entraron
 Ni á los parciales del placer se dieron.

Conozco bien que, fuera de este asilo,
 Sólo me guarda el mundo sinrazones,
 Vanos deseos, duros desengaños,
 Susto y dolor; empero todavía
 Á entrar en él no puedo resolverme.
 No puedo resolverme, y despechado
 Sigo el impulso del fatal destino
 Que á muy más dura esclavitud me guía.
 Sigo su fiero impulso, y llevo siempre
 Por todas partes los pesados grillos
 Que de la ansiada libertad me privan.

De afán y angustia el pecho traspasado,
 Pido á la muda soledad consuelo
 Y con dolientes quejas la importuno.

Salgo al ameno valle, subo al monte,
 Sigo del claro río las corrientes,
 Busco la fresca y deleitosa sombra,
 Corro por todas partes, y no encuentro
 En parte alguna la quietud perdida.
 ¡Ay, Anfriso, ¡qué escenas á mis ojos,
 Cansados de llorar, presenta el cielo!
 Rodeado de frondosos y altos montes
 Se extiende un valle, que de mil delicias
 Con sabia mano ornó naturaleza.
 Pártele en dos mitades, despeñado
 De las vecinas rocas, el Lozoya,
 Por su pesca famoso y dulces aguas.
 Del claro río sobre el verde margen
 Crecen frondosos álamos, que al cielo
 Ya erguidos alzan las plateadas copas,
 Ó ya, sobre las aguas encorvados,
 En mil figuras miran con asombro
 Su forma en los cristales retratada.
 De la siniestra orilla un bosque umbrío
 Hasta la falda del vecino monte
 Se extiende: tan ameno y delicioso
 Que le hubiera juzgado el gentilismo
 Morada de algun dios, ó á los misterios
 De las silvanas Driadas guardado.
 Aquí encamino mis inciertos pasos,
 Y en su recinto umbrío y silencioso,
 Mansión la más conforme para un triste,
 Entro á pensar en mi cruel destino.
 La grata soledad, la dulce sombra,
 El aire blando y el silencio mudo,
 Mi desventura y mi dolor adulan.
 No alcanza aquí del padre de las luces

El rayo aacechador, ni su reflejo
 Viene á cubrir de confusión el rostro
 De un infeliz en su dolor sumido.
 El canto de las aves no interrumpe
 Aquí tampoco la quietud de un triste,
 Pues sólo de la viuda tortolilla
 Se oye tal vez el lastimero arrullo,
 Tal vez el melancólico trinado
 De la angustiada y dulce Filomena.
 Con blando impulso el céfiro suave,
 Las copas de los árboles moviendo,
 Recrea el alma con el manso ruido,
 Mientras al dulce soplo desprendidas
 Las agostadas hojas, revolando,
 Bajan en lentos círculos al suelo,
 Cubrenle en torno, y la frondosa pompa
 Que al árbol adornara en primavera,
 Yace marchita y muestra los rigores
 Del abrasado estío y seco otoño.
 ¡Así también de juventud lozana
 Pasan, oh Anfriso, las livianas diehas!
 Un soplo de inconstancia, de fastidio,
 Ó de capricho feménil las tala
 Y lleva por el aire, cual las hojas
 De los frondosos árboles caídas.
 Ciegos empero, y tras su vana sombra
 De continuo exhalados, en pos de ellas
 Corremos hasta hallar el precipicio
 Do nuestro error y su ilusión nos guían.
 Volamos en pos de ellas como suele
 Volar á la dulzura del reclamo
 Incauto el pajarillo: entre las hojas
 El preparado visco le detiene:

Lucha cautivo por huir, y en vano,
 Porque un traidor, que en asechanza atisba,
 Con mano infiel la libertad le roba
 Y á muerte le condena ó cárcel dura.
 ¡ Ah, dichoso el mortal de cuyos ojos
 Un pronto desengaño corrió el velo
 De la ciega ilusión! ¡ Una y mil veces
 Dichoso el solitario penitente
 Que, triunfando del mundo y de sí mismo,
 Vive en la soledad libre y contento!
 Unido á Dios por medio de la santa
 Contemplación, le goza ya en la tierra,
 Y retirado en su tranquilo albergue
 Observa reflexivo los milagros
 De la naturaleza, sin que nunca
 Turben el susto ni el dolor su pecho.
 Regálale las aves con su canto,
 Mientras la aurora sale refulgente
 Á cubrir de alegría y luz el mundo.
 Nacele siempre el sol claro y brillante,
 Y nunca á él levanta conturbados
 Sus ojos, ora en el oriente raye,
 Ora, del cielo á la mitad subiendo,
 En pompa guíe el reluciente carro;
 Ora con tibia luz, más perezoso,
 Su faz esconda en los vecinos montes.
 Cuando en las claras noches cuidadoso
 Vuelve desde los santos ejercicios,
 La plateada luna en lo más alto
 Del cielo mueve la luciente rueda
 Con augusto silencio, y recreando
 Con blando resplandor su humilde vista,
 Eleva su razón, y la dispone

Á contemplar la alteza y la inefable
 Gloria del Padre y Criador del mundo.
 Libre de los cuidados enojosos
 Que en los palacios y dorados techos
 Nos turban de continuo, y entregado
 Á la inefable y justa Providencia,
 Si al breve sueño alguna pausa pide
 De sus santas tareas, obediente
 Viene á cerrar sus párpados el sueño
 Con mano amiga, y de su lado ahuyenta
 El susto y las fantasmas de la noche.
 ¡ Oh suerte venturosa, á los amigos
 De la virtud guardada! ¡ Oh dicha, nunca
 De los tristes mundanos conocida!
 ¡ Oh monte impenetrable! ¡ Oh bosque umbrio!
 ¡ Oh valle deleitoso! ¡ Oh solitaria,
 Taciturna mansión! ¡ Oh, quién, del alto
 Y proceloso mar del mundo huyendo
 Á vuestra santa calma, aquí seguro
 Vivir pudiera siempre, y escondido!
 Tales cosas revuelvo en mi memoria
 En esta triste soledad sumido.
 Llego en tanto la noche, y con su manto
 Cobija el ancho mundo. Vuelvo entonces
 Á los medrosos claustros. De una escasa
 Luz el distante y pálido reflejo
 Guía por ellos mis inciertos pasos;
 Y en medio del horror y del silencio,
 ¡ Oh fuerza del ejemplo portentosa!
 Mi corazón palpita, en mi cabeza
 Se erizan los cabellos, se estremecen
 Mis carnes, y discurre por mis nervios
 Un súbito rigor que los embarga.

Parece que oigo que del centro oscuro
Sale una voz tremenda que, rompiendo
El eterno silencio, así me dice:

«Huye de aquí, profano; tú, que llevas
De ideas mundanales lleno el pecho,
«Huye de esta morada, do se albergan
«Con la virtud humilde y silenciosa
«Sus escogidos: huye, y no profanes
«Con tu planta sacrilega este asilo.»
De aviso tal al golpe confundido,
Con paso vacilante voy cruzando
Los pavorosos tránsitos, y luego
Por fin á mi morada, donde ni hallo
El ansiado reposo, ni recobran
La suspirada calma mis sentidos.
Lleno de congojosos pensamientos
Paso la triste y perezosa noche
En molesta vigilia, sin que llegue
Á mis ojos el sueño, ni interrumpen
Sus regalados bálsamos mi pena.
Vuelve por fin con la rosada aurora
La luz aborrecida, y en pos de ella
El claro día á publicar mi llanto
Y dar nueva materia al dolor mío.

DON JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

64. *Rosana en los fuegos*

DEL sol llevaba la lumbre,
Y la alegría del alba,
En sus celestiales ojos

La hermosísima Rosana,
Una noche que á los fuegos
Salió la fiesta de Páscua
Para abrasar todo el valle
En mil amorosas ansias.
Por do quiera que camina
Lleva tras sí la mañana,
Y donde se vuelve rinde
La libertad de mil almas.
El céfiro la acaricia
Y mansamente la halaga,
Los Amores la rodean
Y las Gracias la acompañan.
Y ella, así como en el valle
Descuella la altiva palma
Cuando sus verdes pimpollos
Hasta las nubes levanta;
Ó cual vid de fruto llena
Que con el olmo se abraza,
Y sus vástagos extiende
Al arbitrio de las ramas;
Así entre sus compañeras
El nevado cuello alza,
Sobresaliendo entre todas
Qual fresca rosa entre zarzas.
Todos los ojos se lleva
Tras sí, todo lo avasalla;
De amor mata á los pastores
Y de envidia á las zagalas.
Ni las músicas se atienden,
Ni se gozan las lumbradas;
Que todos corren por verla
Y al verla todos se abrasan.

¡Qué de suspiros se escuchan!
 ¡Qué de vivas y de salvas!
 No hay zagal que no la admire
 Y no se esmere en loarla.
 Cuál absorto la contempla
 Y á la aurora la compara
 Cuando más alegre sale
 Y el cielo de su albor baña;
 Cuál al fresco y verde aliso
 Que crece al margen del agua,
 Cuando más pomposo en hojas
 En su cristal se retrata;
 Cuál á la luna, si muestra
 Llena su esfera de plata,
 Y asoma por los collados
 De luceros coronada.
 Otros pasmados la miran
 Y mudamente la alaban,
 Y cuanto más la contemplan
 Muy más hermosa la hallan.
 Que es como el cielo su rostro
 Cuando en la noche callada
 Brilla con todas sus luces
 Y los ojos embaraza.
 ¡Ay, qué de envidias se encienden!
 ¡Ay, qué de celos que causa
 En las serranas del Tórnes
 Su perfección sobrehumana!
 Las más hermosas la temen,
 Mas sin osar murmurarla;
 Que como el oro más puro
 No sufre una leve mancha.
 Bien haya tu gentileza,

Una y mil veces bien haya,
 Y abrase la envidia al pueblo,
 Hermosísima aldeana.
 Toda, toda eres perfecta,
 Toda eres donaire y gracia,
 El amor vive en tus ojos
 Y la gloria está en tu cara.
 La libertad me has robado,
 Yo la doy por bien robada,
 Mas recibe el don benigna
 Qui mi humildad te consagra.
 Ésto un zagal la decía
 Con razones mal formadas,
 Que salió libre á los fuegos
 Y volvió cautivo á casa.
 Y desde entonces perdido
 El día á sus puertas le halla;
 Ayer le cantó esta letra
 Echándole la alborada:
 Linda zagaleja
 De cuerpo gentil,
Muérome de amores
Desde que te ví.
 Tu talle, tu aseó,
 Tu gala y donaire,
 No tienen, serrana,
 Igual en el valle.
 Del cielo son ellos
 Y tu un serafín:
Muérome de amores
Desde que te ví.
 De amores me muero,
 Sin que nada baste

DON JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

Á darme la vida
Que allá te llevaste,
Si ya no te dueles
Benigna de mí;
Que muero de amores
Desde que te ví.

DON LEANDRO F. DE MORATÍN

65. *Elegía á las Musas*

ESTA corona, adorno de mi frente,
Esta sonante lira y flautas de oro
Y máscaras alegres, que algún día
Me disteis, sacras Musas, de mis manos
Trémulas recibid, y el canto acabe,
Que fuera osado intento repetirle.
He visto ya cómo la edad ligera,
Apresurando á no volver las horas,
Robó con ellas su vigor al númen.
Sé que negais vuestro favor divino
Á la cansada senectud, y en vano
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,
No me neguéis que os agradezca humilde
Los bienes que os debí. Si pude un día,
No indigno sucesor de nombre ilustre,
Dilatarle famoso, á vos fué dado
Llevar al fin mi atrevimiento. Solo
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo
Á prestarme constancia en los afanes
Que turbaron mi paz, cuando insolente

DON LEANDRO F. DE MORATÍN

Vano saber, enconos y venganzas,
Codicia y ambición, la patria mía
Abandonaron á civil discordia.
Yo ví del polvo levantarse audaces,
Á dominar y perecer, tiranos:
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.
Ví las fraternas armas nuestros muros
Bañar en sangre nuestra, combatirse,
Vencido y vencedor hijos de España,
Y el trono desplomándose al vendido
Ímpetu popular. De las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gades,
Á las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, uno y otro imperio,
Irás, desórden esparciendo y luto,
Comunicatse el funeral estrago.
Así cuando en Sicilia el Etna ronco
Revienta incendios, su bifronte cima
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,
Turba el Averno sus calladas ondas;
Y allá del Tíbre en la ribera etrusca
Se estremece la cúpula soberbia
Que al Vicario de Cristo da sepulcro.
¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?
¿Quién dar al verso acordes armonías,
Oyendo resonar grito de muerte?
Tronó la tempestad: bramó iracundo
El huracán, y arrebató á los campos
Sus frutos, su matiz: la rica pompa
Destrozó de los árboles sombríos:
Todas huyeron tímidas las aves
Del blando nido, en el espanto mudas;

No más trinos de amor. Así agitaron
Los tardos años mi existencia, y pudo
Sólo en región extraña el oprimido
Ánimo hallar dulce descanso y vida.

Breve será; que ya la tumba aguarda
Y sus mármoles abre á recibirme;
Ya los voy á ocupar... Si no es eterno
El rigor de los bados, y reservan
A mi patria infeliz mayor ventura,
Dénsela presto, y mi postrer suspiro
Será por ella... Prevenid en tanto
Flébiles tonos, enlazad coronas
De ciprés funeral, Musas celestes;
Y donde á las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos,
Ocultad entre flores mis cenizas.

DON MANUEL MARÍA DE ARJONA

66. *La diosa del bosque*

¡OH, si bajo estos árboles frondosos
Se mostrase la célica hermosura
Que vi algún día en inmortal dulzura

Este bosque bañar!
Del cielo tu benéfico descenso
Sin duda ha sido, lúcida belleza:
Deja, pues, diosa, que mi grato incienso
Arda sobre tu altar.

Que no es amor mi tímido alborozo,
Y me acobarda el rígido escarmiento,

Que ¡oh Piritóo! condenó tu intento
Y tu intento, Ixión.

Lejos de mí sacrilega osadía:
Bástame que con plácido semblante
Aceptes, diosa, á mis anhelos pía,
Mi ardiente adoración.

Mi adoración y el cántico de gloria
Que de mí el Pindo atónico ya espera:
Baja tú á oírme de la sacra esfera
¡Oh radiante deidad!

Y tu mirar más nítido y suave,
He de cantar, que fúlgido lucero;
Y el limpio encanto que infundirnos sabe
Tu dulce majestad.

De pureza jactándose natura,
Te ha formado del cándido rocío
Que sobre el nardo al apuntar de estío
La aurora derramó;

Y excelsamente lánguida retrata
El rosiel pacífico de Mayo
Tu alma: Favonio su frescura grata
A tu hablar trasladó.

¡Oh imagen perfectísima del orden
Que liga en lazos fáciles el mundo,
Sólo en los brazos de la paz fecundo,
Sólo amable en la paz!

En vano con espléndido aparato
Finge el arte solícito grandezas:
Natura vence con sencillez ornato
Tan altivo disfraz.

Monarcas, que los persicos tesoros
Ostentais con magnífica porfia,
Copiad el brillo de un sereno día

DON MANUEL MARÍA DE ARJONA

Sobre el azul del mar:
 Ó copie estudio de émula hermosura
 De mi deidad el mágico descuido;
 Antes veremos la estrellada altura
 Los hombres escalar.
 Tú, mi verso, en magnánimo ardimiento
 Ya las alas del céfiro recibe,
 Y al pecho ilustre en que tu nūmen vive
 Vuela, vuela veloz;
 Y en los erguidos álamos ufana
 Penda siempre esta cítara, aunque nueva;
 Que ya á sus ecos hermosura humana
 No ha de ensalzar mi voz.

DON ALBERTO LISTA

67.

Al Sueño

El himno del desgraciado

« El grande y el pequeño
 Iguales son lo que les dura el sueño. »

DESCIENDE á mí, consolador Morfeo,
 Único dios que imploro,
 Antes que muera el esplendor febeo
 Sobre las playas del adusto moro.
 Y en tu regazo el importuno día
 Me encuentre aletargado,
 Cuando triunfante de la niebla umbría
 Ascendi al trono del cenit dorado.
 Pierda en la noche y pierda en la mañana
 Tu calma silenciosa

DON ALBERTO LISTA

Aquel feliz que en lecho de oro y grana
 Estrecha al seno la adorada esposa.
 Y el que halagado con los dulces dones
 De Pluto y de Cíteres,
 Las que á la tarde fueron ilusiones,
 Á la aurora verá ciertos placeres.
 No halle jamás la matutina estrella
 En tus brazos rendido
 Al que bebió en los labios de su bella
 El suspiro de amor correspondido.
 ¡ Ah! déjalos que gocen. Tu presencia
 No turbe su contento;
 Que es perpetua delicia su existencia
 Y un siglo de placer cada momento.
 Para ellos nace, el orbe colorando,
 La sonrosada aurora,
 Y el ave sus amores va cantando,
 Y la copia de Abril derrama Flora.
 Para ellos tiende su brillante velo
 La noche sosegada,
 Y de trémula luz esmalta el cielo,
 Y da al amor la sombra deseada.
 Si el tiempo del placer para el dichoso
 Huye en veloz carrera,
 Une con breve y placido reposo
 Las dichas que ha gozado á las que espera.
 Mas ¡ ay! á un alma del dolor guarida
 Desciende ya propicio;
 Cuanto me quites de la odiosa vida,
 Me quitaras de mi inmortal suplicio.
 ¿ De qué me sirve el súbito alborozo
 Que á la aurora resuena,
 Si al despertar el mundo para el gozo,

Sólo despertó yo para la pena!
 De qué el ave canora, ó la verdura!
 Del prado que florece,
 Si mis ojos no miran su hermosura,
 Y el universo para mí enmudece,
 El ámbar de la vega, el blando ruido,
 Con que el raudal se lanza,
 ¿Qué son ¡ay! para el triste que ha perdido,
 Último bien del hombre, la esperanza?
 Girará en vano, cuando el sol se ausente,
 La esfera luminosa;
 En vano, de almas tiernas confidente,
 Los campos bañará la luna hermosa.
 Esa blanda tristeza que derraina
 Á un pecho enamorado,
 Si su tranquila amortiguada llama
 Resbala por las faldas del collado,
 No es para un corazón de quien ha huido
 La ilusión lisonjera,
 Cuando pidió, del desengaño herido,
 Su triste antorcha á la razón severa.
 Corta el hilo á mi acerba desventura,
 Oh tú, sueño piadoso;
 Que aquellas horas que tu imperio dura
 Se iguala el infeliz con el dichoso.
 Ignorada de sí yaza mi mente,
 Y muerto mi sentido;
 Empapa el ramo, para herir mi frente,
 En las tranquilas aguas del olvido.
 De la tumba me iguale tu beñón,
 Á la ceniza yerta,
 Sólo ¡ay de mí! que del eterno sueño,
 Mas felice que yo, nunca despierta.

Ni aviven mi existencia interrumpida
 Fantasmias voladores,
 Ni los sucesos de mi amarga vida
 Con tus pinceles lánguidos colores.
 No me acuerdes cruel de mi tormento
 La triste imagen fiera;
 Bástale su malicia al pensamiento,
 Sin darle tú el puñal para que hiera.
 Ni me halagues con perfidos placeres,
 Que volarán contigo;
 Y el dolor de perderlos cuando huyeres
 De atreverme á gozar será el castigo.
 Deslízate callado, y encadena
 Mi ardiente fantasía;
 Que asaz libre será para la pena
 Cuando me entregues á la luz del día.
 Vén, termina la misera querella
 De un pecho acongojado.
 ¡Imagen de la muerte! despues de ella
 Eres el bien mayor del desgraciado.

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA

68. *Á España, despues de la revolución
 de Marzo*

¿QUÉ era, decidme, la nación que un día
 Reina del mundo proclamó el destino,
 La que á todas las zonas extendía
 Su cetro de oro y su blasón divino?
 Volábase á occidente,

Y el vasto mar Atlántico sembrado
 Se hallaba de su gloria y su fortuna.
 Do quiera España: en elpreciado seno
 De América, en el Asia, en los confines
 Del África, allí España. El soberano
 Vuelo de la atrevida fantasía
 Para abarcarla se cansaba en vano;
 La tierra sus mineros le rendía,
 Sus perlas y coral el Oceano.
 Y donde quier que revolver sus olas
 El intentase, á quebrantar su furia,
 Siempre encontraba costas españolas.
 Ora en el cieno del oprobio hundida,
 Abandonada á la insolencia agena,
 Como esclava en mercado, ya aguardaba
 La ruda argolla y la servil cadena.
 ¡Qué de plagas, oh Dios! Su aliento impuro
 La pestilente fiebre respirando,
 Infestó el aire, emponzoñó la vida;
 La hambre enflaquecida
 Tendió sus brazos lívidos, ahogando
 Cuanto el contagio perdonó; tres veces
 De Jano el templo abrimos,
 Y á la trompa de Marte aliento dimos;
 Tres veces ¡ay! Los dioses tutelares
 Su escudo nos negaron, y nos vimos
 Rotos en tierra y rotos en los mares.
 ¿Qué en tanto tiempo viste
 Por tus inmensos términos, oh Iberia?
 ¿Qué viste ya sino funesto luto,
 Honda tristeza, sin igual miseria,
 De tu vil servidumbre acerbo fruto?
 Así, rota la vela, abierto el lado,

Pobre bajel á naufragar camina,
 De tormenta en tormenta despeñado,
 Por los yermos del mar; ya ni en su popa
 Las guirnalas se ven que antes le ornaban,
 Ni en señal de esperanza y de contento
 La flámula riendo al aire ondea.
 Cesó en su dulce canto el pasajero,
 Ahogó su vocerío el mar.
 El ronco marinero,
 Terror de muerte en torno le rodea,
 Terror de muerte silencioso y frío;
 Y él va á estrellarse al áspero bajo.
 Llega el momento, en fin; tiende su mano
 El tirano del mundo al occidente,
 Y fiero exclama: «El occidente es mío.
 Bárbaro gozo en su ceñuda frente
 Resplandeció, como en el seno oscuro
 De nube tormentosa en el estío.
 Relámpago fugaz brilla un momento
 Que añade horror con su fulgor sombrío.
 Sus guerreros feroces
 Con gritos de soberbia el viento llenan;
 Gimen los yunques, los martillos suenan,
 Arden las forjas. ¡Oh vergüenza! ¡Acaso
 Pensais que espadas son para el combate
 Las que mueven sus manos codiciosas?
 No en tanto os estiméis: grillos, esposas,
 Cadenas son que en vergonzosos lazos
 Por siempre amarren tan inertes brazos.
 Estremeciósse España
 Del indigno rumor que cerca oía,
 Y al grande impulso de su justa saña
 Rompió el volcán que en su interior hervía.

Sus despotas antiguos
 Consternados y pálidos se esconden;
 Resuena el eco de venganza en torno,
 Y del Tajo las márgenes responden:
 «¡Venganza!» ¿Dónde están, sagrado río,
 Los colosos de oprobio y de vergüenza
 Que nuestro bien en su insolencia ahogaban?
 Su gloria fué, nuestro esplendor comiezo;
 Y tú, orgulloso y fiero,
 Viendo que aun hay Castilla y castellanos,
 Precipitas al mar tus rubias ondas,
 Diciendo: «Ya acabaron los tiranos.»
 ¡Oh triunfo! ¡Oh gloria! ¡Oh celestial momento!
 ¿Con qué puede ya dar el labio mío
 El nombre augusto de la patria al viento?
 Yo le daré; mas no en el alpa de oro
 Que mi cantar sonoro
 Acompañó hasta aquí; no aprisionado
 En estrecho recinto, en que se apoca
 El nimen en el pecho
 Y el aliento fatídico en la boca.
 Desenterrad la lira de Tirteo,
 Y al aire abierto, á la radiante lumbre
 Del sol, en la alta cumbre
 Del ríscoso y pinífero Puenfría,
 Allí volaré yo, y allí cantando
 Con voz que atruene en derredor la sierra,
 Lanzaré per los campos castellanos
 Los ecos de la gloria y de la guerra.
 ¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
 Único asilo y sacrosanto escudo
 Al ímpetu sañudo
 Del fiero Atila que á occidente oprime!

¡Guerra, guerra, españoles! En el Bétis
 Ved del Tercer Fernando alzarse airada
 La augusta sombra; su divina frente
 Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
 Blandir el Cid su centellante espada;
 Y allá sobre los altos Pirineos,
 Del hijo de Jimena
 Animarse los miembros gigantes:
 En torvo ceño y desdeñosa pena
 Ved cómo cruzan por los aires vanos;
 Y el valor exhalando que se encierra
 Dentro del hueco de sus tumbas frías;
 En fiera y ronca voz pronuncian: «¡Guerra!
 ¡Pues qué! ¿Con faz serena
 Viérais los campos devastar opimos,
 Eterno objeto de ambición agena,
 Herencia inmensa que afanando os dimos?
 Despertad, raza de héroes: el momento
 Llegó ya de arrojaros á la victoria;
 Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,
 Que vuestra gloria humille nuestra gloria.
 No ha sido en en gran día
 El altar de la patria alzado en vano
 Por vuestra mano fuerte.
 Juradlo, ella os lo manda: ¡Antes la muerte
 Que consentir jamás ningún tirano!
 Sí, yo lo juro, venerables sombras;
 Yo lo juro también, y en este instante
 Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
 Ceñidme el casco fiero y refulgente;
 Volemos al combate, á la venganza;
 Y el que niegue su pecho á la esperanza,
 Hunda en el polvo la cobarde frente;

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA

Tal vez el gran torrente
De la devastación en su carrera
Me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura
No se muere una vez? ¿No ire, espirando,
A encontrar nuestros inclitos mayores?
¡Salud, oh padres de la patria mía,
Yo les diré, salud! La heroica España
De entre el estrago universal y horrores
Levanta la cabeza ensangrentada,
Y vencedora de su mal destino,
Vuelve á dar á la á la tierra amedrentada
Su cetro de oro y su blasón divino.»

DON JUAN NICASIO GALLEGO

69.

Elegía

á la

Muerte de la Duquesa de Erlas

AL sonante bramido
Del piélago feroz que el viento ensaña
Lanzando atrás del Turia la corriente;
En medio al denegrido
Cercos de nubes que de Sirio empaña
Cual velo funeral la roja frente;
Cuando el cárbano oscuro
Ayes despide entre la breña inculta,
Y á tardo paso soñoliento Arturo
En el mar de occidente se sepulta;
Á los mustios reflejos
Con que en las ondas alteradas tiembla

DON JUAN NICASIO GALLEGO

De moribunda luna el rayo frío,
Daré del mundo y de los hombres lejos
Libre rienda al dolor del pecho mío.
Sí, que al mortal á quien del hado el ceño
Á infortunios sin término condena,
Sobre su cuello misero cargando
De uno en otro eslabon larga cadena,
No en jardín halagüeno,
Ni al puro ambiente de apacible aurora
Soltar conviene el lastimero canto
Con que al cielo importuna.
Solitario arenal, sangrienta luna
Y embravecidas olas acompañen
Sus lamentos fatídicos. Oh lira
Que escenas sólo de aflicción recuerdas;
Lira que ven mis ojos con espanto
Y á recorrer tus cuerdas
Mi ya trémula mano se resiste!
Ven, lira del dolor. ¿Piedad no existe!
¿No existe, y vivo yo! ¿No existe aquella
Gentil, discreta, incomparable amiga,
Cuya presencia sola
El tropel de mis penas disipaba?
¿Cuándo en tal hermosura alma tan bella
De la corte española
Más digno fué y espléndido ornamento?
¿Y aquel mágico acento
Enmudeció por siempre, que llenaba
De inefable dulzura el alma mía!
Y ¿qué! fortuna impía,
¿Ni su postrer adiós oír me dejás?
¿Ni de su esposo amado
Templar el llanto y las amargas quejas?

DON JUAN NICASIO GALLEGO

; Ni el estéril consuelo
 De acompañar hasta el sepulcro helado.
 Sus pálidos despojos
 Ay! Derramen sin duelo
 Sangre mi corazón, llanto mis ojos;
 Por qué, por qué á la tumba,
 Insaciable de víctimas, tu amigo
 Antes que tú no descendió, Señora
 ; Por qué al menos contigo
 La memoria fatal no te llevaste
 Que es un tormento irresistible ahora?
 ; Qué mármol hay que pueda
 En tan acerba angustia los aciajos
 Recuerdos resistir del bien perdido
 Aun resuena en mi oído
 El espantoso obús lanzando estragos,
 Cuando mis ojos ávidos te vieron
 Por la primera vez: Cien bombas fueron
 Á tu arribo marcial salva triunfante,
 Con inmóvil semblante
 Escucho amedrentado el són horrendo
 De los globos mortíferos, en torno
 Del leño frágil á tus pies cayendo,
 Y el agua que á su empuje se encumbraba
 Y hasta las altas grimpolas saltaba.
 El dulce soplo de Favonio en tanto
 Las velas hinche del bajel ligero,
 Sin que salude con festivo canto
 La suspirada costa el marínero,
 Ardiendo de la patria en fuego santo,
 Insensible al horror del bronce fiero,
 Fijar te miro impávida y serena
 La planta breve en la menuda arena.

DON JUAN NICASIO GALLEGO

; Salve, oh Deidad! — del gaditano muro
 Grita la muchedumbre alborozada;
 ; Salve, oh Deidad! — de gozo enajenada
 La ruidosa marina
 Que á tí se agolpa y el batel rodea;
 Y al cielo sube el aclamar sonoro
 Como al aplauso del celeste coro.
 Salió del mar la hermosa Citerea.
 Absortas contemplaron
 El fuego de tus ojos
 Las bellas niñas de la bella Gades;
 Absortas te envidiaron
 El pie donoso y la mejilla pura,
 El vivo esmalte de tus labios rojos,
 El albo seno y la gentil cintura.
 Yo te miraba atónito: no empero
 Sentí en el alma el pasador agudo
 De bastarda pasión; que á dicha pudo
 Del honor y el deber la ley severa
 Ser á mi pecho impenetrable escudo.
 Mas ; quién el homenaje
 De afecto noble, de amistad sincera
 Cual yo te tributo, cuando el tesoro
 De tu divino ingenio descubría,
 Que en cuerpo tan gallardo relucía
 Como rico brillante en joya de oro?
 ; Cuántas, ay, qué apacibles
 Horas en dulces pláticas pasadas
 Bétis me viera de tu voz pendiente!
 ; Cuántas en las calladas
 Florestas de Aranjuez el eco blando
 Detuvo el paso á la tranquila fuente;
 Ya el primor ensalzando

Que al fragante clavel las hojas riza
Y la ancha cola del pavon matiza;
Ya la varia fortuna
Del cetro godo y del laurel romano;
Ó el poder sobrehumano
Que de un soplo derroca
Del alto solio al triunfador de Jena
Y con duras amarras le encadena,
Como al antiguo Encélado, á una roca.
Pero otro dón magnífico, sublime,
Más alto que el ingenio y la hermosura,
Debiste al Criador, vivaz destello
De su lumbré inmortal, alma ternura.
¿Cuándo, cuándo al gemido
Negó del infeliz oro tu mano,
Ayes tu corazon? El escondido
Volcan que decoroso
Tu noble aspecto revelaba apenas,
Un infortunio, un rasgo generoso,
Un sacrificio heroico hervir hacia.
Entonces agitado
Tu rostro angelical resplandecía
De más púrpuro rosicler cubierto:
Del seno relevado
La extraña conmocion, el entreabierto
Labio, las refulgentes
Ráfagas de tus ojos
Que entre los anchos párpados brillaban,
Las lágrimas ardientes
Que á tus negras pestañas asomaban,
El gesto, el ademan, los mal seguros
Acentos, la expresion . . . ¡Ah! Nunca, nunca
Tan insigne modelo

De esto feliz, de inspiracion divina
Mostró Casandra en los dardanos muros
Ni en las lides olímpicas Corina.
Y sólo al santo fuego
De un pecho tan magnánimo pudiera
Deber tu amigo el aire que respira.
Sólo á tu blando ruego
La Amistad se vistiera
Máscara y formas del Amor su hermano.
¿Quién sino tú, señora,
Dejando inquieta la mullida pluma
Antes que el frío tálamo la Aurora,
Entrar osara en la mansion del crimen?
¿Quién sino tú del duro carcelero,
Menos al són del oro empedernido
Que al eco de los míseros que gimen,
Quisiera el ceño soportar? Perdona,
Cara Piedad, que mi indiscreta musa
Publique al mundo tan heroico ejemplo,
Y que mi gratitud cuelgue en el templo
De la santa Amistad digna corona.
En el mezquino lecho
De cárcel solitaria
Fiebre lenta y voraz me consumía,
Cuando sordo á mis quejas
Rayaba apenas en las altas rejas
El perezoso albor del nuevo dia.
De planta cautelosa
Insólito rumor hiere mi oído;
Los vacilantes ojos
Clavo en la ruda puerta estremecido
Del súbito crujir de sus cerrojos,
Y el repugnante gesto

Del fiero alcaide mi atención excita;
 Que hacia mí sin cesar su mano agita
 Con labio mudo y sonreír funesto.
 Salto del lecho, y sígole azorado,
 Cruzando los revueltos corredores
 De aquella triste y lóbrega caverna
 Hasta un breve recinto iluminado
 De moribunda y fúnebre linterna.
 Y á par que por oculto
 Tránsito desaparece
 Como vision fantástica el cerbero,
 De nuevo extraño bulto,
 Sombra confusa, que se acerca y crece;
 La angustia dobla de mi horror primero.
 Mas ¿cual mi asombro fué cuando improvisa
 Á la pálida luz mi vista errante
 Los bellos rasgos de Piedad divina
 Entre los pliegues del cendal flotante!
 «¿Porqué, por qué benigna,
 Clamé bañado en llanto de alborozo,
 «Osas pisar, Señora,
 Esta morada indigna
 Que tu respeto y tu virtud desdora?»
 «Ah! si á la fuerza del inmenso gozo,
 Del placer celestial que el alma oprime,
 Hoy á tus plantas espirar consigo,
 Mi fiebre, mi prision, mi fin bendigo.»
 «Á este oscuro aposento
 No á que de pena ó de placer espire
 La voz de la amistad mis pasos guía,
 Sino á esforzar tu desmayado aliento
 Contra los golpes de la suerte impía.
 Su cuello al susto y la congoja doble

«El que del crimen en su pecho sienta
 «El punzante aguijón; que al alma noble
 «Do la inocencia placida se anida,
 «Ni el peso de los grillos la atormente,
 «Ni el són de los cerrojos la intimida.
 «Recobra, amigo caro,
 «La esperanza marchita
 «Y el digno esfuerzo del varon constante.
 «Pronto será que el astro rutilante,
 «Que jamás estas bóvedas visita,
 «De la calumnia vil triunfar te vea:
 «Mi fausto anuncio tu consuelo sea.»
 «Serálo, si; lo juro;
 «Y aunque ese llanto que tu rostro inunda
 «Vaticinio tan próspero desmiente,
 «No me hará de fortuna el torvo ceño
 «Fruncir las cejas ni arrugar la frente;
 «Que el dichoso mortal á quien risueño
 «Mira el destino...» No acabé! Á deshora
 La aciaga voz del carcelero escucho,
 Diciendo: «es tarde; baste ya, Señora!»
 «¡Adios! ¡adios! Del vulgo malicioso
 «Que al despuntar del sol sacude el sueño
 «Temo el lábio mordaz... ¡Adios te queda!»
 «Aguarda... ¡Adios!... Y en soledad sumido
 Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido
 Barrer las gradas la crujiente seda.
 ¡Oh digno, oh generoso
 Dechado de amistad! ¡Oh alegre día!
 ¿Y en dónde estás, en dónde,
 Ángel consolador, Duquesa amada,
 Que no te mueve ya la angustia mía?
 ¡Gran Dios, y ni responde

DON JUAN NICASIO GALLEGO

De su esposo infeliz al caro acento,
Aunque en la tumba helada
Lágrimas de dolor vierte á raudales!
; Ni de su triste huérfana el lamento,
Con ambos brazos al sepulcro asida,
Ablanda sus entrañas maternas!
; Oh dulces prendas de su amor! Al mármol
En vano importunáis. Hará el rocío
Del venidero Abril que al campo vuelva
La verde pompa que abrasó el estío;
Mas no esperéis que el túmulo sombrío
La devorada víctima devuelva,
Ni á sus profundos huecos
Otra respuesta oír que sordos ecos.
En él de bronce y oro,
Íncrito vate¹, entallarán cinceles
Vuestro heroico blason, entretejiendo
Con sus antiguas palmas tus laureles...
; Inútil afanar! La sien cenida
De adelfa y mirto, pulsará tu mano
La dolorosa cítara, moviendo
El orbe todo á compasion...; En vano!
Resonarán con ellas
Mis gemidos simpáticos, y el coro
De cuantos cisnes tu infortunio inspira
Alzar podrá á su gloria
Noble trofeo en canto peregrino.
Mas ; ay ! ; podrá su lira
Forzar las puertas del Edén divino
Y el diente ensangrentado
Del áspid arrancar en tí clavado?

¹ El Duque de Frías.

DON JUAN NICASIO GALLEGO

Á más alto poder, mísero amigo,
Los ojos torna y el clamor dirige
Que entre sollozos lúgubres exhalas.
Al Ser inmenso que los orbes rige,
En las rápidas alas
De ferviente oracion remonta el vuelo.
Yo elevaré contigo
Mis tiernos votos, y al gemir de aquella,
Que en mis brazos creció, cándida niña,
Trasunto vivo de tu esposa bella,
Daré benigno el cielo
Paz á su madre, á tu aflicción consuelo.
Sí; que hasta el solio del Eterno llega
El ardiente suspiro
De quien con puro corazon le ruega,
Como en su templo santo el humo sube
Del balsámico incienso en vaga nube.

DON JUAN MARÍA MAURY

70.

La timidez

A las márgenes alegres
Que el Guadalquivir fecunda,
Y adonde ostenta pomposo
El orgullo de su cuna,
Vino Rosalba, sirena
De los mares que tributan
Á España, entre perlas y oro,
Peregrinas hermosuras,
Más festiva que las auras,
Más ligera que la espuma,

DON JUAN NICASIO GALLEGO

De su esposo infeliz al caro acento,
Aunque en la tumba helada
Lágrimas de dolor vierte á raudales!
; Ni de su triste huérfana el lamento,
Con ambos brazos al sepulcro asida,
Ablanda sus entrañas maternas!
; Oh dulces prendas de su amor! Al mármol
En vano importunáis. Hará el rocío
Del venidero Abril que al campo vuelva
La verde pompa que abrasó el estío;
Mas no esperéis que el túmulo sombrío
La devorada víctima devuelva;
Ni á sus profundos huecos
Otra respuesta oír que sordos ecos.
En él de bronce y oro,
Íncrito vate¹, entallarán cinceles
Vuestro heroico blason, entretejiendo
Con sus antiguas palmas tus laureles...
; Inútil afanar! La sien cenida
De adelfa y mirto, pulsará tu mano
La dolorosa cítara, moviendo
El orbe todo á compasion...; En vano!
Resonarán con ellas
Mis gemidos simpáticos, y el coro
De cuantos cisnes tu infortunio inspira
Alzar podrá á su gloria
Noble trofeo en canto peregrino.
Mas ; ay ! ; podrá su lira
Forzar las puertas del Edén divino
Y el diente ensangrentado
Del áspid arrancar en tí clavado?

¹ El Duque de Frías.

DON JUAN NICASIO GALLEGO

Á más alto poder, mísero amigo,
Los ojos torna y el clamor dirige
Que entre sollozos lúgubres exhalas.
Al Ser inmenso que los orbes rige,
En las rápidas alas
De ferviente oracion remonta el vuelo.
Yo elevaré contigo
Mis tiernos votos, y al gemir de aquella,
Que en mis brazos creció, cándida niña,
Trasunto vivo de tu esposa bella,
Daré benigno el cielo
Paz á su madre, á tu aflicción consuelo.
Sí; que hasta el solio del Eterno llega
El ardiente suspiro
De quien con puro corazon le ruega,
Como en su templo santo el humo sube
Del balsámico incienso en vaga nube.

DON JUAN MARÍA MAURY

70.

La timidez

A las márgenes alegres
Que el Guadalquivir fecunda,
Y adonde ostenta pomposo
El orgullo de su cuna,
Vino Rosalba, sirena
De los mares que tributan
Á España, entre perlas y oro,
Peregrinas hermosuras,
Más festiva que las auras,
Más ligera que la espuma,

Hermosa como los cielos,
 Gallarda como ninguna,
 Con el hechicero adorno
 De tantas bellezas juntas,
 No hay corazón que no robe,
 Ni quietud que no destruya.
 Así Rosalba se goza,
 Mas la que tanto procura
 Avasallar libertades,
 Al cabo empuña la suya.
 Lisardo, joven amable,
 Sobresale entre la turba
 De esclavos que por Rosalba
 Sufren de amor la coyunda.
 Tal vez sus floridos años
 No bien de la edad adulta
 Acaban de ver cumplida
 La primavera segunda.
 Aventajado en ingenio,
 Rico en bienes de fortuna,
 Dichoso, en fin, si supiera
 Que audacias amor indulta,
 Idólatra más que amante,
 Con adoración profunda,
 A Rosalba reverencia,
 Y deidad se la figura.
 Un día alcanza otro día
 Sin que su amor le descubra;
 El respeto le encadena
 Y ella su respeto culpa.
 Bien á Lisardo sus ojos
 Dijeran que más presume;
 Pero él, comedido amante,

Ó los huye ó no los busca.
 Perdido y desconsolado,
 Una noche en que natura
 A meditación convida
 Con su pompa taciturna,
 Mientras el disco mudable,
 En que ceñirse acostumbra,
 Entre celajes de nácar
 Esconde tímida luna;
 Al márgen del sacro río
 La inocente suerte acusa,
 Y así fatiga los aires
 Con endechas importunas:
 «Baja tu vuelo
 Amor altivo,
 Mira que al cielo
 Osado va;
 Buscas en vano
 Correspondencia;
 Amor insano,
 Déjame ya.
 «Déjame el alma
 Que otra vez libre
 Plácida calma
 Vuelva á tener:
 ¿Qué digo, necio!
 El cielo sabe
 Si más aprecio
 Mi padecer.
 «Gima y padezca,
 Una esperanza
 Sin que merezca
 Á mi deidad;

DON JUAN MARÍA MAURY

Sin que le pida
Jamás el premio
De mi pérdida
Felicidad.

«Tímida boca,
Nunca le digas
La pasión loca
Del corazón,
Adonde oculto
Está su templo,
Y ofrenda y culto
Lágrimas son.»

Más dijera, pero el llanto,
En que sus ojos abundan,
Le interrumpe, y las palabras
En la garganta se anudan.

Cuando junto á la ribera,
En un valle donde muchas
Del árbol grato á Minerva
Opimas ramas se cruzan,
Suave cuanto sonora,
Lisardo otra voz escucha,
Que, enamorando los ecos
Tales acentos modula:

«Prepara el ensayo
De más atractivos
La rosa en los vivos
Albores de Mayo:

«Si al férvido rayo
Su cáliz expone,
Que el sol la corone
En premio ha logrado,
Y es reina del prado

DON JUAN MARÍA MAURY

Y amor de Dióne,
«¡Oh fuente! En eterno
Olvido quedáras
Si no te lanzáras
Del seno materno;

«Tal vez el invierno
Tu curso demora,
Mas tú, vencedora,
Burlando las nieves,
Á tu ímpetu debes
Los besos de Flora.

«Y tú, que en dolores
Consumes los años,
Autor de tus daños
Por vanos temores,

«En pago de amores
No temas enojos,
Enjuga los ojos;
Que el dios que te hiere
Más culto no quiere
Que audacias y arrojos.»

Rayo son estas palabras
Que al ciego jóven alumbra,
Quien su engaño reconoce
Y la voz que las pronuncia.

Y al valle se arroja, adonde
Testigos de su ventura
Fueron las amigas sombras
De la noche y selva muda;

Mas muda la selva en vano
Y en vano la sombra oscura;
No sufre orgullosa Vénus
Que sus victorias se encubran.

DON JUAN MARÍA MAURY

Lo que celaron los ramos
Las cortezas lo divulgan,
Que en ellas dulces memorias
Con emblemas perpetúan.
Las Náyades en los troncos
La fé y amor que se juran
Leyeron, y ruborosas
Se volvieron a sus urnas.

DON JOSÉ JOAQUÍN DE MORA

71.

El Estío

HERMOSA fuente que al vecino río
Sonora envías tu cristal undoso,
Y tú, blanda cual sueño venturoso,
Yerba empapada en matinal rocío :
Augusta soledad del bosque umbrío
Que da y protege el álamo frondoso,
Amparad de verano riguroso
Al inocente y fiel rebaño mío.

Que ya el suelo feraz de la campiña
Selló Julio con planta abrasadora
Y su verdura á marchitar empieza ;
Y alegre ve la pampinosa viña
En sus yemas la sávia bienhechora
Nuncio feliz de la otoñal riqueza.

DON ANDRÉS BELLO

72. *La agricultura de la zona tórrida*

¡SALVE, fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribes,
El vago curso, y cuanto ser se anima
En cada vario clima,
Acariciada de su luz, concibes !
Tú tejes al verano su guirnalda
De granadas espigas ; tú la uva
Das á la hirviente cuba :
No de purpúrea flor, ó roja, ó gualda
Á tus florestas bellas
Falta matiz alguno ; y bebe en ellas
Aromas mil el viento ;
Y greyes van sin cuento
Paciendo tu verdura, desde el llano
Que tiene por lindero el horizonte,
Hasta el erguido monte,
De inaccesible nieve siempre cano.
Tú das la caña hermosa,
De do la miel se acendra,
Por quien desdén el mundo los panales :
Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en la espumante jicara rebosa :
Bulle carmín viviente en tus nopales,
Que afrenta fuera al múrce de Tiro ;
Y de tu añil la tinta generosa
Émula es de la lumbre del zafiro ;
El vino es tuyo, que la herida agave
Para los hijos vierte
Del Anáhuac feliz ; y la hoja es tuya
Que cuando de suave
Humo en espiras vagorosas huya,

DON ANDRÉS BELLO

Solazará el fastidio al ocio inerte.
 Tú vistes de jazmines
 El arbusto sabeo,
 Y el perfume le das que en los festines
 La fiebre insana templará á Lieo.
 Para tus hijos la procera palma
 Su vario feudo cría,
 Y el ananás sazona su ambrosía:
 Su blanco pan la yuca,
 Sus rubias pomos la patata educa,
 Y el algodón despliega al aura leve
 Las rosas de oro y el vellón de nieve.
 Tendida para tí la fresca parcha
 En enramadas de verdor lozano,
 Cuelga de sus sarmientos trepadores
 Nectáreos globos y franjadas flores;
 Y para tí el maíz, jefe altanero
 De la espigada tribu, hinche su grano;
 Y para tí el banano
 Desmaya al peso de su dulce carga;
 El banano, primero
 De cuantos concedió bellos presentes
 Providencia á las gentes
 Del Ecuador feliz con mano larga.
 No ya de humanas artes obligado
 El premio rinde opimo:
 No es á la podadera, no al arado
 Deudor de su racimo;
 Escasa industria bástale, cual puede
 Hurtar á sus fatigas mano esclava:
 Crece veloz, y cuando exhausto acaba,
 Adulta prole en torno le sucede.

DON ANDRÉS BELLO

Mas ¡oh! si cual no cede
 El tuyo, fértil zona, á suelo alguno,
 Y como de natura esmero ha sido,
 De tu indolente habitador lo fuera.
 ¡Oh! ¡Si al falaz ruido
 La dicha al fin supiese verdadera
 Anteponer, que del umbral le llama
 Del labrador sencillo,
 Lejos del necio y vano
 Fausto, el mentido brillo,
 El ocio pestilente ciudadano.
 Por qué ilusión funesta
 Aquellos que fortuna hizo señores
 De tan dichosa tierra y pingüe y varia,
 Al cuidado abandonan
 Y á la fé mercenaria
 Las patrias heredades,
 Y en el ciego tumulto se aprisionan
 De miserables ciudades,
 Do la ambición proterva
 Sopla la llama de civiles bandos,
 Ó al patriotismo la desidia enerva;
 Dó el lujo las costumbres atosiga,
 Y combaten los vicios
 La incauta edad en poderosa liga?
 No allí con varoniles ejercicios
 Se endurece el mancebo á la fatiga;
 Mas la salud estraga en el abrazo
 De pérdida hermosura,
 Que pone en almoneda los favores;
 Mas pasatiempo estima
 Prender aleve en casto seno el fuego
 De ilícitos amores;

Ó embebecido le hallará la aurora
 En mesa infame de ruinoso juego.
 En tanto á la lisonja seductora
 Del asiduo amador fácil oído
 Da la consorte : crece
 En la materna escuela
 De la disipación y el galanteo
 La tierna vírgen, y al delito espuela
 Es antes el ejemplo que el deseo.
 ¿ Y será que se formen de este modo
 Los ánimos heroicos denodados
 Que fundan y sustentan los Estados ?
 ¿ De la algazara del festin beodo,
 Ó de los coros de liviana danza,
 La dura juventud saldrá, modesta,
 Orgullo de la patria y esperanza ?
 ¿ Sabrá con firme pulso
 De la severa ley regir el freno,
 Brillar en torno aceros homicidas
 En la dudosa lid verás sereno,
 Ó animoso hará frente al genio altivo
 Del engreido mandó en la tribuna,
 Aquel que ya en la cuna
 Durmió al arrullo del cantar lascivo,
 Que riza el pelo, y se unge y se atavía
 Con femenil esmero,
 Y en indolente ociosidad el día,
 Ó en criminal lujuria pasa entero ?
 No así trató la triunfadora Roma
 Las artes de la paz y de la guerra ;
 Antes fió las riendas del Estado
 Á la mano robusta
 Que tostó el sol y encalleció el arado :

Y bajo el techo humoso campesino
 Los hijos educó, que el conjurado
 Mundo allanaron al valor latino.

¡ Oh ! ¿ Los que afortunados poseedores
 Habiéis nacido de la tierra hermosa
 En que reseña hacer de sus favores,
 Como para ganaros y atraeros,
 Quiso naturaleza bondadosa,
 Romped el duro encanto
 Que os tiene entre murallas prisioneros.
 El vulgo de las artes laborioso,
 El mercader que, necesario al lujo,
 Al lujo necesita,
 Los que anhelando van tras el señuelo
 Del alto cargo y del honor ruidoso,
 La grey de aduladores parasita,
 Gustosos pueblen ese infecto caos ;
 El campo es vuestra herencia : en él gozaos.
 ¿ Amáis la libertad ? El campo habita :
 No allá donde el magnate
 Entre armados satélites se mueve,
 Y de la moda, universal señora,
 Va la razón al triunfal carro atada,
 Y á la fortuna la insensata plebe,
 Y el noble al aura popular adora.
 ¿ Ó la virtud amáis ? ¡ Ah ! ¿ Que el retiro,
 La solitaria calma
 En que, juez de sí misma, pasa el alma
 Á las acciones muestra,
 Es de la vida la mejor maestra !
 ¿ Buscáis durables goces,
 Felicidad, cuanta es al hombre dada

Y á su terreno asiento, en que vecina
 Está la risa al llanto, y siempre ¡ah! siempre,
 Donde halaga la flor, punza la espina?
 Id á gozar la suerte campesina;
 La regalada paz, que ni rencores,
 Al labrador, ni envidias acibaran;
 La cama que mullida le preparan
 El contento, el trabajo, el aire puro;
 Y el sabor de los fáciles manjares,
 Que dispiciosa gula no le áceda;
 Y el asilo seguro
 De sus patrios hogares
 Que á la salud y al regocijo hospeda.
 El aura respirad de la montaña,
 Que vuelve al cuerpo laso
 El perdido vigor, que á la enojosa
 Vejez retarda el paso,
 Y el rostro á la beldad tiñe de rosa.
 Es allí menos blanda por ventura
 De amor la llama, que templó el recato?
 ¿Ó menos afición la hermosura
 Que de extranjero ornato
 Y aceites impostores no se cura?
 ¿Ó el corazón escucha indiferente
 El lenguaje inocente
 Que los afectos sin disfraz expresa
 Y á la intención ajusta la promesa?
 No del espejo al importuno ensayo
 La risa se compone, el paso, el gesto;
 No falta allí carmín al rostro honesto
 Que la modestia y la salud colora,
 Ni la mirada que lanzó al soslayo
 Tímido amor, la senda al alma ignora.

¿Esperaréis que forme
 Más venturosos lazos himeneo,
 Do el interés barata,
 Tirano del deseo,
 Ajena mano y fé por nombre ó plata,
 Que do conforme gusto, edad conforme,
 Y elección libre, y mútuo ardor los ata?

Allí también deberes

Hay que llenar: cerrad las hondas
 Heridas de la guerra: el fértil suelo,
 Áspero ahora y bravo,
 Al desacostumbrado yugo torne
 Del arte humana y le tribute esclavo.
 Del obstruido estanque y del molino
 Recuerden ya las aguas el camino:
 El intrincado bosque el hacha rompa,
 Consuma el fuego: abrid en luengas calles
 La obscuridad de su infructuosa pompa.
 Abrigo den los valles
 Á la sedienta caña;
 La manzana y la pera
 En la fresca montaña
 El cielo olviden de su madre España;
 Adorne la ladera
 El cafetal; ampare
 Á la tierna teobroma en la ribera
 La sombra maternal de su bucare:
 Aquí el vergel, allá la huerta ría...
 ¿Es ciego error de ilusa fantasía?
 Ya dócil á tu voz, agricultura,
 Nodriz de las gentes, la caterva
 Servil armada va de corvas hoces;

Mírola ya que invade la espesura
De la floresta opaca; oigo las voces;
Siento el rumor confuso, el hierro suena;
Los golpes el lejano
Eco redobla; gime el ceibo anciano,
Que á numerosa tropa
Largo tiempo fatiga:
Batido de cien hachas se estremece,
Estalla al fin, y rinde el ancha copa.
Huyó la fiera; deja el caro nido,
Deja la prole implume
El ave, y otro bosque no sabido
De los humanos, va á buscar doliente...
¿Qué miro? Alto torrente
De sonora llama
Corre, y sobre las áridas ruinas
De la postrada selva se derrama.
El raudal incendio á gran distancia brama,
Y el humo en negro remolino sube,
Aglomerando nube sobre nube.
Ya de lo que antes era
Verdor hermoso y fresca lozanía,
Sólo difuntos troncos,
Sólo cenizas quedan, monumento
De la dicha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
De las tupidas plantas montaraces
Sucede ya el fructífero plantío
En muestra ufana de ordenados haces.
Ya ramo á ramo alcanza
Y á los rollizos tallos hurta el día;
Ya la primera flor desvuelve el seno,
Bello á la vista, alegre á la esperanza:

A la esperanza, que riendo enjuga
Del fatigado agricultor la frente,
Y allá á lo lejos el opimo fruto
Y la cosecha apañadora pinta,
Que lleva de los campos el tributo,
Colmado el cesto, y con la falda en cinta:
Y bajo el peso de los largos bienes
Con que al colono acude,
Hace crujir los vastos almacenes.

¡ Buen Dios! no en vano suede,
Mas á merced y compasión te mueva
La gente agricultora
Del Ecuador, que del desmayo triste
Con renovado aliento vuelve ahora,
Y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,
Tantos años de fiera
Devastación y militar insulto,
Aun más que tu clemencia antigua implora.
Su rústica piedad, pero sincera,
Halle á tus ojos gracia: no el risueño
Porvenir que las penas le aligera,
Cual de dorado sueño
Visión falz, desvanecido lloro:
Intempestiva lluvia no maltrate
El delicado embrión: el diente impío
Del insecto roedor no lo devore:
Sañudo vendabal no lo arrebathe,
Ni agote al árbol el materno jugo.
La calorosa sed de largo estío.
Y pues al fin te plugo,
Árbitro de la suerte soberano,
Que suelto el cuello de extranjero yugo

DON ANDRÉS BELLO

Ergüese al cielo el hombre americano,
Bendecida de tí se arraigue y medre
Su libertad; en el más hondo encierra
De los abismos la malvada guerra,
Y el miedo de la espada asoladora
Al suspicaz cultivador no arredre
Del arte bienhechora,
Que las familias nutre y los Estados:
La azorada inquietud deje las almas,
Deje la triste herrumbre los arados.
Asaz de nuestros padres malhadados
Expiamos la bárbara conquista.
¿Cuántas doquier la vista
No asombran erizadas soledades,
Do cultos campos fueron, do ciudades?
De muertes, proscripciones,
Suplicios, orfandades,
¿Quién contará la pavorosa suma?
Saciadas duermen ya de sangre ibera
Las sombras de Atahualpa y Moteczuma.
¡Ah! Desde el alto asiento
En que escabel te son alados coros
Que velan en pasmado acatamiento
La faz ante la lumbré de tu frente
(Si merece por dicha una mirada
Tuya la sin ventura humana gente),
El ángel nos envía,
El ángel de la paz, que al crudo ibero
Haga olvidar la antigua tiranía,
Y acatar reverente el que á los hombres
Sagrado diste, imprescriptible fuero;
Que alargar le haga al injuriado hermano
(¡Ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;

DON ANDRÉS BELLO

Y si la innata mansedumbre duerme,
La despierte en el pecho americano.
El corazón lozano
Que una feliz obscuridad desdeña,
Que en el azar sangriento del combate
Alborozado late,
Y codicioso de poder ó fama,
Nobles peligros ama;
Baldón estime sólo y vituperio
El prez que de la patria no reciba,
La libertad más dulce que el imperio,
Y más hermosa que el laurel la oliva.
Ciudadano el soldado,
Deponga de la guerra la librea:
El ramo de victoria
Colgado al ara de la patria sea,
Y sola adorne al mérito la gloria.
De su triunfo entonces patria mía,
Verá la paz el suspirado día;
La paz, á cuya vista el mundo llena
Alma, serenidad y regocijo,
Vuelve alentado el hombre á la faena,
Alza el ancla la nave, á las amigas
Auras encomendándose animosa,
Enjámbrase el taller, hierva el cortijo,
Y no basta la hoz á las espigas.

¡ Oh jóvenes naciones, que ceñida
Alzáis sobre el atónito Occidente
De tempranos laureles la cabeza!
Honrad al campo, honrad la simple vida
Del labrador y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente

DON ANDRÉS BELLO

La libertad morada,
Y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes á la senda
De la inmortalidad, ardua y fragosa,
Se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
Vuestra posteridad, y nuevos nombres
Añadiendo la fama
Á los que ahora aclama,
"Hijos son éstos, hijos
(Pregonará á los hombres)
De los que vencedores superaron
De los Andes la cima:
De los que en Boyacá, los que en la arena
De Maipo y en Junín, y en la campaña
Gloriosa de Apuríma,
Postrar supieron al león de España.

DON JOSÉ MARÍA HEREDIA

73.

Niágara

DADME mi lira, dádme la: que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz!... Niágara undoso,
Sola tu faz sublime ya podría
Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador: disipa un tanto

DON JOSÉ MARÍA HEREDIA

Las tinieblas que en torno te circundan,
Y déjame mirar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre,
Lo común y mezquino desdenando,
Ansí por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: vi al Oceano
Azotado del austro proceloso
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Sus abismos abrir, y amé el peligro,
Y sus iras amé: mas su fiera
En mi alma no dejara
La profunda impresión que tu grandeza.

Corres sereno y majestuoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mía
En vagos pensamientos se confunde,
Al contemplar la férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo: mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen,
Mas llegan... saltan... el abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados;

DON JOSÉ MARÍA HEREDIA

Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
Al golpe violentísimo en las peñas
Rómpease el agua, y salta, y una nube
De revueltos vapores
Cubre el abismo en remolinos, sube,
Gira en torno, y al cielo
Cual pirámide inmensa se levanta,
Y por sobre los bosques que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en tí busca mi anhelante vista
Con inquieto afanar? ¿Por qué no miro
Alrededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de la brisa del Océano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
Á tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto, y delicada rosa,
Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardín: á tí la suerte
Guarda más digno objeto y más sublime.
El alma libre, generosa y fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
Menosprecia los frívolos deleites
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Dios, Dios de la verdad! en otros climas
Vi monstruos execrables
Blasfemando su nombre sacrosanto,

DON JOSÉ MARÍA HEREDIA

Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar con sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra
Y desolar frenéticos la tierra.
Vilos, y el pecho se inflamó á su vista
En grave indignación. Por otra parte
Vi mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
Á los míseros hombres arrastraban:
Por eso siempre te buscó mi mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á tí; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz baja á mi seno
De este raudal en el eterno trueno.
¡Asombroso torrente!

¿Cómo tu vista mi ánimo enajena
Y de terror y admiración me llena!
¿Do tu origen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte

No rebose en la tierra el Océano?
Abrió el Señor su mano onnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas
Y ornó con su arco tu terrible frente.

Miro tus aguas que incansables corren,
Como el largo torrente de los siglos
Rueda en la eternidad: así del hombre
Pasan volando los floridos días
Y despierta el dolor... ¡Ay! ya agotada

DON JOSÉ MARÍA HEREDIA

Siento mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.
Nunca tanto sentí como este día
Mi misero aislamiento, mi abandono,
Mi lamentable desamor... Podría
Una alma apasionada y borrascosa
Sin amor ser feliz?... ¡Oh!... ¡Si una hermosa
Digna de mí nie amase
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y mi andar solitario acompañase!
¡Cual gozará al mirar su faz cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreírse
Al sostenerla en mis amantes brazos...
¡Delirios de virtud!... ¡Ay! desterrado,
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores.
¡Niágara poderoso!
Oye mi última voz: en pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso,
Al contemplar tu faz algún viajero,
Dar un suspiro á la memoria mía.
Y yo al hundirse el sol en Occidente,
Vuele gozoso do el Criador me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

DUQUE DE RIVAS

El faro de Malta

74

ENVUELVE al mundo extenso triste noche,
Ronco huracán y borrascosas hubes
Confunden y tinieblas impalpables

El cielo, el mar, la tierra:

Y tú invisible te alzas, en tu frente
Ostentando de fuego una corona,
Cual rey del caos, que refleja y arde

Con luz de paz y vida.

En vano ronco el mar alza sus montes
Y revienta á tus piés, do rebramante
Creciendo en blanca espuma, esconde y borra

El abrigo del puerto:

Tú, con lengua de fuego, *aquí está* dices,
Sin voz hablando al tímido piloto,
Que como á númen bienhechor te adora,
Y en tí los ojos clava.

Tiende apacible noche el manto rico,
Que céfiro amoroso desenrolla,
Recamado de estrellas y luceros,

Por él rueda la luna;

Y entonces tú, de niebla vaporosa
Vestido, dejas ver en formas vagas
Tu cuerpo colosal, y tu diadema

Arde al par de los astros.

Duerme tranquilo el mar, perdido esconde
Rocas alevés, áridos escollos;
Falso señuelo son, lejanas cumbres

Enganan á las naves.

Mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca,
Tú, cuya inmoble posición indica
El trono de un monarca, eres su norte,

DUQUE DE RIVAS

Les adviertes su engaño.
Así de la razón arde la antorcha,
En medio del furor de las pasiones
Ó de alevos halagos de fortuna,
A los ojos del alma.
Desque refugio de la airada suerte
En esta escasa tierra que presides,
Y grato albergue el cielo bondadoso
Me concedió propicio;
Ni una vez sólo á mis pesares busco
Dulce olvido del sueño entre los brazos
Sin saludarte, y sin tornar los ojos
A tu espléndida frente.
¿Cuántos, ay, desde el seno de los mares
Al par los tornarán!... tras larga ausencia
Unos, que vuelven á su patria amada,
A sus hijos y esposa.
Otros prófugos, pobres, perseguidos,
Que asilo buscan, cual busqué, lejano,
Y á quienes que lo hallaron tu luz dice,
Hospitalaria estrella.
Arde, y sirve de norte á los bajeles,
Que de mi patria, aunque de tarde en tarde,
Me traen nuevas amargas, y renglones
Con lágrimas escritos.
Cuando la vez primera deslumbraste
Mis afligidos ojos, ¿cuál mi pecho,
Destrozado y hundido en amargura
Palpitó venturoso!
Del Lacio moribundo las riberas
Huyendo inhospitales, contrastado
Del viento y mar entre ásperos bajíos
Viste tu lumbré divina;

DUQUE DE RIVAS

Viéronla como yo los marineros,
Y, olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdían,
¡¡ Malta!! ¡¡ Malta!! gritaron;
Y fuiste á nuestros ojos la aureola
Que orna la frente de la santa imagen
En quien busca afanoso peregrino
La salud y el consuelo.
Jamás te olvidaré, jamás... Tan sólo
Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,
Rey de la noche, y de tu excelsa cumbre
La benéfica llama,
Por la llama y los fúlgidos destellos
Que lanza, reflejando al sol naciente,
El arcángel dorado que corona
De Córdoba la torre.

75.

Un castellano leal

ROMANCE PRIMERO

«HOLA, hidalgos y escuderos
De mi alcurnia y mi blasón,
Mirad como bien nacidos
De mi sangre y casa en pro.
«Esas puertas se defiendan;
Que no ha de entrar, vive Dios,
Por ellas, quien no estuviere
Más limpio que lo está el sol.
«No profane mi palacio
Un fementido traidor
Que contra su Rey combate
Y que á su patria vendió.

DUQUE DE RIVAS

«Pues si él es de Reyes primo,
Primo de Reyes soy yo;
Y conde de Benavente
Si él es duque de Borbón,
«Llevándole de ventaja
Que nunca jamás manchó
La traición mi noble sangre,
Y haber nacido español.»

Así atronaba la calle
Una ya cascada voz,
Que de un palacio salía
Cuya puerta se cerró;
Y á la que estaba á caballo
Sobre un negro pisador,
Siendo en su escudo las lises
Más bien que timbre baldón,
Y de pajes y escuderos
Llevando un tropel en pos
Cubiertos de ricas galas,
El gran duque de Borbón:
El que lidiando en Pavia,
Más que valiente, feroz,
Gozóse en ver prisionero
Á su natural señor;
Y que á Toledo ha venido,
Ufano de su traición,
Para recibir mercedes
Y ver al Emperador.

ROMANCE SEGUNDO

En una anchurosa cuadra
Del alcázar de Toledo,

DUQUE DE RIVAS

Cuyas paredes adornan
Ricos tapices flamencos,
Al lado de una gran mesa,
Que cubre de terciopelo
Napolitano tapete
Con borlones de oro y flecos;
Ante un sillón de respaldo
Que entre bordado arabesco
Los timbres de España ostentan
Y el águila del imperio,
De pie estaba Carlos Quinto,
Que en España era primero,
Con gallardo y noble talle,
Con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco
Viste tabardo tudesco,
De rubias martas orlado,
Y desabrochado y suelto,
Dejando ver un justillo
De raso jalde, cubierto
Con primorosos bordados
Y costosos sobrepuestos,
Y la excelsa y noble insignia
Del Toisón de oro, pendiendo
De una preciosa cadena
En la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo
Con un blanco airón, sujeto
Por un joyel de diamantes
Y un antiguo camafé,
Descubre por ambos lados,
Tanta majestad cubriendo,

DUQUE DE RIVAS

Rubio, cual barba y bigote,
Bien atusado el cabello.
Apoyada en la cadera
La potente diestra ha puesto,
Que aprieta dos guantes de ámbar
Y un primoroso mosquero,
Y con la siniestra halaga
De un mastín muy corpulento,
Blanco y las orejas rubias,
El ancho y carnoso cuello.

Con el Condestable insigne,
Apaciguador del reino,
De los pasados disturbios
Acaso está discurriendo ;

O del trato que dispone
Con el Rey de Francia preso,
O de asuntos de Alemania
Agitada por Lutero ;

Cuando un tropel de caballos
Oye venir á lo lejos
Y ante el alcázar pararse,
Quedando todo en silencio.

En la antecámara suena
Rumor impensado luego,
Ábrese al fin la mampara
Y entra el de Borbón soberbio,

Con el semblante de azufre
Y con los ojos de fuego,
Bramando de ira y de rabia
Que enfrena mal el respeto ;

Y con balbuciente lengua,
Y con mal borrado ceño,

DUQUE DE RIVAS

Acusa al de Benavente,
Un desagravio pidiendo.

Del español Condestable
Latió con orgullo el pecho,
Ufano de la entereza
De su esclarecido deudo.

Y aunque advertido procura
Disimular cual discreto,
Á su noble rostro asoman
La aprobación y el contento.

El Emperador un punto
Quedó indeciso y suspenso,
Sin saber qué responderle
Al francés, de enojo ciego.

Y aunque en su interior se goza
Con el proceder violento
Del conde de Benavente,
De altas esperanzas lleno

Por tener tales vasallos,
De noble lealtad modelos,
Y con los que el ancho mundo
Será á sus glorias estrecho.

Mucho al de Borbón le debe
Y es fuerza satisfacerlo :
Le ofrece para calmarlo
Un desagravio completo.

Y, llamando á un gentil-hombre,
Con el semblante severo
Manda que el de Benavente
Venga á su presencia presto.

DUQUE DE RIVAS

ROMANCE TERCERO

Sostenido por sus pajes
Desciende de su litera
El conde de Benavente
Del alcázar á la puerta.

Era un viejo respetable,
Cuerpo enjuto, cara seca,
Con dos ojos como chispas,
Cargados de largas cejas,
Y con semblante muy noble,
Mas de gravedad tan seria
Que veneración de lejos
Y miedo causa de cerca.

Eran su traje unas calzas
De púrpura de Valencia,
Y de recamado ante
Un colete á la leonesa:

De fino lienzo gallego
Los puños y la gorguera,
Unos y otra guarnecidos
Con randas barcelonesas:
Un birretón de velludo
Con su cintillo de perlas,
Y el gabán de paño verde
Con alamares de seda.

Tan sólo de Calatrava
La insignia española lleva;
Que el Toisón ha despreciado
Por ser orden extranjera.

Con paso tardo, aunque firme,
Sube por las escaleras,
Y al verle, las alabardas

DUQUE DE RIVAS

Un golpe dan en la tierra.

Golpe de honor, y de aviso
De que en el alcázar entra
Un Grande, á quien se le debe
Todo honor y reverencia.

Al llegar á la antesala,
Los pajes que están en ella
Con respeto le saludan
Abriendo las anchas puertas.

Con grave paso entra el conde
Sin que otro aviso preceda,
Salones atravesando
Hasta la cámara regia.

Pensativo está el Monarca,
Discurriendo como pueda
Componer aquel disturbio
Sin hacer á nadie ofensa.

Mucho al de Borbón le debe,
Aun mucho más de él espera,
Y al de Benavente mucho
Considerar le interesa.

Dilación no admite el caso,
No hay quien dar consejo pueda
Y Villalar y Pavia
Á un tiempo se le recuerdan.

En el sillón asentado
Y el codo sobre la mesa,
Al personaje recibe,
Que comedido se acerca.

Grave el conde le saluda
Con una rodilla en tierra,
Mas como Grande del reino

DUQUE DE RIVAS

Sin descubrir la cabeza.
 El Emperador benigno
 Que alce del suelo le ordena,
 Y la plática difícil
 Con sagacidad empieza.
 Y entre severo y afable
 Al cabo le manifiesta
 Que es el que á Borbón aloje
 Voluntad suya resuelta.—
 Con respeto muy profundo,
 Pero con la voz entera,
 Respóndele Benavente,
 Destocando la cabeza:
 «Soy, señor, vuestro vasallo,
 Vos sois mi rey en la tierra,
 Á vos ordenar os cumple
 De mi vida y de mi hacienda.
 «Vuestro soy, vuestra mi casa,
 De mí disponed y de ella,
 Pero no toqueis mi honra
 Y respetad mi conciencia.
 «Mi casa Borbón ocupe
 Puesto que es voluntad vuestra,
 Contamine sus paredes,
 Sus blasones envilezca;
 «Que á mí me sobra en Toledo
 Donde vivir, sin que tenga
 Que rozarme con traidores,
 Cuyo solo aliento infesta.
 Y en cuanto él deje mi casa,
 Antes de tornar yo á ella,
 Purificaré con fuego
 Sus paredes y sus puertas.»

DUQUE DE RIVAS

Dijo el conde, la real mano
 Besó, cubrió su cabeza,
 Y retiróse bajando
 Á do estaba su litera.
 Y á casa de un su pariente
 Mandó que le condujeran,
 Abandonando la suya
 Con cuanto dentro se encierra.
 Quedó absorto Carlos Quinto
 De ver tan noble firmeza,
 Estimando la de España
 Más que la imperial diadema.

ROMANCE CUARTO

Muy pocos días el duque
 Hizo mansión en Toledo,
 Del noble conde ocupando
 Los honrados aposentos.
 Y la noche en que el palacio
 Dejó vacío, partiendo,
 Con su séquito y sus pajes,
 Orgulloso y satisfecho,
 Turbó la apacible luna
 Una vapor blanco y espeso
 Que de las altas techumbres
 Se iba elevando y creciendo:
 Á poco rato tornóse
 En humo confuso y denso
 Que en nubarrones oscuros
 Ofuscaba el claro cielo;
 Despues en ardientes chispas,
 Y en un resplandor horrendo
 Que iluminaba los valles

DUQUE DE RIVAS

Dando en el Tajo reflejos,
Y al fin su furor mostrando
En embravecido incendio
Que devoraba altas torres
Y derrumbaba altos techos.
Resonaron las campanas,
Conmovióse todo el pueblo,
De Benavente el palacio
Presa de las llamas viendo.
El Emperador confuso
Corre á procurar remedio,
En atajar tanto daño.
Mostrando tenaz empeño.
En vano todo: tragóse
Tantas riquezas el fuego,
A la lealtad castellana
Levantando un monumento.
Aun hoy unos viejos muros
Del humo y las llamas negros
Recuerdan acción tan grande
En la famosa Toledo.

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

76. *Himno de la Inmortalidad*

¡SALVE, llama creadora del mundo,
Lengua ardiente de eterno saber,
Puro germen, principio fecundo
Que encadenas la muerte á tus pies!
Tú la inerte materia espoleas,
Tú la ordenas juntarse y vivir,

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

Tú su lodo modelas, y creas
Miles seres de formas sin fin.
Desbarata tus obras en vano
Vencedora la muerte tal vez;
De sus restos levanta tu mano
Nuevas obras triunfante otra vez.
Tú la hoguera del sol alimentas,
Tú revistes los cielos de azul,
Tú la luna en las sombras argentas,
Tú coronas la aurora de luz.
Gratos ecos al bosque sombrío,
Verde pompa á los árboles das,
Melancólica música al río,
Roneo grito á las olas del mar.
Tú el aroma en las flores exhalas,
En los valles suspiras de amor,
Tú murmuras del aura en las alas,
En el Bóreas retumba tu voz.
Tú derramas el oro en la tierra
En arroyos de hirviendo metal;
Tú abrillantas la perla que encierra
En su abismo profundo la mar.
Tú las cárdenas nubes extiendes,
Negro manto que agita Aquilón;
Con tu aliento los aires enciendes,
Tus rugidos infunden pavor.
Tú eres pura simiente de vida,
Manantial sempiterno del bien;
Luz del mismo Hacedor desprendida,
Juventud y hermosura es tu ser.
Tú eres fuerza secreta que el mundo
En sus ejes impulsa á rodar,
Sentimiento armonioso y profundo

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

De los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan

Incansables artífices son,

Del espíritu ardiente cincelan

Y embellecen la estrecha prisión.

Tú en violento, veloz torbellino

Los empujas enérgica, y van;

Y adelante en tu raudal camino

A otros siglos ordenas llegar.

Y otros siglos ansiosos se lanzan,

Despárecen y llegan sin fin,

Y en su eterno trabajo se alcanzan,

Y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean

En tu inmenso taller sin cesar,

Y en la tosca materia golpean,

Y redobla el trabajo su afán.

De la vida en el hondo Océano

Flota el hombre en perpetuo vaivén,

Y derrama abundante tu mano

La creadora semilla en su sér.

Hombre débil, levanta la frente,

Pón tu labio en su eterno raudal;

Tú serás como el sol en Oriente,

Tú serás como el mundo, immortal

77.

Canción del Pirata

CON diez cañones por banda,

Viento en popa á toda vela,

No corta el mar, sino vuela

Un velero bergantín:

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

Bajel pirata que llaman,

Por su bravura, el *Temido*,

En todo mar conocido

Del uno al otro confin.

La luna en el mar riela,

En la lona gime el viento,

Y alza en blando movimiento

Olas de plata y azul;

Y ve el capitán pirata,

Cantando alegre en la popa,

Asia á un lado, al otro Europa,

Y allá á su frente Stambul,

«Navega, velero mío,

Sin temor;

Que ni enemigo navío,

Ni tormenta, ni bonanza

Tu rumbo á torcer alcanza,

Ni á sujetar tu valor.

«Veinte presas

Hemos hecho

A despecho

Del inglés,

Y han rendido

Sus pendones

Cien naciones

A mis pies.»

Que es mi barco mi tesoro,

Que es mi Dios la libertad,

Mi ley la fuerza y el viento,

Mi única patria la mar.

«Allá muevan feroz guerra

Ciegos reyes

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

Por un palmo más de tierra :
Que yo tengo aquí por mío
Cuanto abarca el mar bravío,
A quien nadie impuso leyes.

«Y no hay playa,
Sea cualquiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho,
Y dé pecho
A mi valor.»

Que es mi barco mi tesoro....

«A la voz de «¡barco viene!»
Es de ver
Cómo vira y se previene
A todo trapo escapar ;
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.

«En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual :
Sólo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival.»

Que es mi barco mi tesoro....

«¡Sentenciado estoy á muerte!
Yo me rio :
No me abandone la suerte

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

Y al mismo que me condena,
Colgaré de alguna entena,
Quizá en su propio navío.

«Y si caigo,
¿Qué es la vida ?
Por perdida
Ya la di,
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo,
Sacudí.»

Que es mi barco mi tesoro....

«Son mi música mejor
Aquilones :
El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,
Del negro mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones

«Y del trueno
Al són violento
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado
Por el mar.»

*Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*

*Canto á Teresa**Descansa en Paz*

Bueno es el mundo, ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!
 Como de Dios al fin obra maestra,
 Por todas partes de delicias lleno,
 De que Dios ama al hombre hermosa muestra.
 Salga la voz alegre de mi seno
 A celebrar esta vivienda nuestra;
 ¡Paz á los hombres! ¡gloria en las alturas!
 ¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

Maria, por D. Miguel de los Santos Alvarez,

¡POR qué volveis á la memoria mia,
 Tristes recuerdos del placer perdido,
 A aumentar la ansiedad y la agonía
 De este desierto corazón herido?
 ¡Ay! que de aquellas horas de alegría
 Le quedó al corazón sólo un gemido,
 Y el llanto que al dolor los ojos niegan
 Lágrimas son de hiel que el alma anegan.

¿Dónde volaron ¡ay! aquellas horas
 De juventud, de amor y de ventura,
 Regaladas de músicas sonoras,
 Adornadas de luz y de hermosura?
 Imágenes de oro bullidoras,
 Sus alas de carmin y nieve pura,
 Al sol de mi esperanza desplegando,
 Pasaban ¡ay! á mi alrededor cantando.

Gorjeban los dulces ruiseñores,
 El sol iluminaba mi alegría,
 El aura susurraba entre las flores,
 El bosque mansamente respondía,

Las fuentes murmuraban sus amores...
 ¡Ilusiones que llora el alma mia!
 ¡Oh! ¡cuán suave resonó en mi oído
 El bullicio del mundo y su ruido!

Mi vida entónces, cual guerrera nave
 Que el puerto deja por la vez primera,
 Y al soplo de los céfiros suave
 Orgullosa desplega su bandera,
 Y al mar dejando que sus pies alabe
 Su triunfo en roncós cantos, va velera,
 Una ola tras otra bramadora
 Hollando y dividiendo vencedora,

¡Ay! en el mar del mundo, en ansia ardiente
 De amor volaba; el sol de la mañana
 Llevaba yo sobre mi tersa frente,
 Y el alma pura de su dicha ufana:
 Dentro de ella el amor, cual rica fuente
 Que entre frescuras y arboledas mana,
 Brotaba entónces abundante río
 De ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo: un noble sentimiento
 Exaltaba mi ánimo, y sentía
 En mi pecho un secreto movimiento,
 De grandes hechos generoso guía:
 La libertad con su inmortal aliento,
 Santa diosa, mi espíritu encendía,
 Continuo imaginando en mi fe pura
 Sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Caton, la adusta frente
 Del noble Bruto, la constancia fiera

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

Y el arrojo de Scévola valiente,
La doctrina de Sócrates severa,
La voz atronadora y elocuente
Del orador de Atenas, la bandera
Contra el tirano Macedonio alzando,
Y al espantado pueblo arrebatando:

El valor y la fé del caballero,
Del trovador el arpa y los cantares,
Del gótico castillo el altanero
Antiguo torreón, do sus pesares
Cantó tal vez con eco lastimero,
¡Ay! arrancada de sus patrios lares,
Joven cautiva, al rayo de la luna,
Lamentando su ausencia y su fortuna:

El dulce anhelo del amor que aguarda,
Tal vez inquieto y con mortal recelo;
La forma bella que cruzó gallarda,
Allá en la noche, entre medroso velo;
La ansiada cita que en llegar se tarda
Al impaciente y amoroso anhelo,
La mujer y la voz de su dulzura,
Que inspira al alma celestial ternura:

A un tiempo mismo en rápida tormenta
Mi alma alborotaban de continuo,
Cual las olas que azota con violenta
Cólera impetuoso torbellino:
Soñaba al héroe ya, la plebe atenta
En mi voz escuchaba su destino;
Ya al caballero, al trovador soñaba,
Y de gloria y de amores suspiraba.

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

Hay una voz secreta, un dulce canto,
Que el alma sólo recogida entiende,
Un sentimiento misterioso y santo,
Que del barro al espíritu desprende;
Agreste, vago y solitario encanto
Que en inefable amor el alma enciende,
Volando tras la imagen peregrina
El corazón de su ilusión divina.

Yo, desterrado en extranjera playa,
Con los ojos estático seguía
La nave audaz que en argentada raya
Volaba al puerto de la patria mía:
Yo, cuando en Occidente el sol desmaya,
Solo y perdido en la arboleda umbría,
Oír pensaba el armonioso acento
De una mujer, al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo
De la mágica luna se colora,
Del sol poniente al lánguido desmayo
Léjos entre las nubes se evapora;
Sobre las cumbres que florece Mayo
Brilla fugaz al despuntar la aurora,
Cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
Juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslízase en el cielo
Allá en la noche desprendida estrella.
Si aroma el aire recogió en el suelo,
Es el aroma que le presta ella.
Blanca es la nube que en callado vuelo
Cruza la esfera, y que su planta huella,

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

Y en la tarde la mar olas le ofrece
De plata y de zafir, donde se mece.

Mujer que amor en su ilusion figura,
Mujer que nada dice á los sentidos,
Ensueño de suavísima ternura,
Eco que regaló nuestros oídos;
De amor la llama generosa y pura,
Los goces dulces del amor cumplidos,
Que engalana la rica fantasía,
Goces que avaro el corazon ansía:

¡ Ay! aquella mujer, tan sólo aquella,
Tanto delirio á realizar alcanza,
Y esa mujer tan cándida y tan bella
Es mentida ilusion de la esperanza:
Es el alma que vívida destella
Su luz al mundo cuando en él se lanza,
Y el mundo con su magia y galanura
Es espejo no más de su hermosura:

Es el amor que al mismo amor adora,
El que creó las Sifides y Ondinas,
La sacra ninfa que bordando mora
Debajo de las aguas cristalinas:
Es el amor que recordando llora
Las arboledas del Eden divinas:
Amor de allí atrancado, allí nacido,
Que busca en vano aquí su bien perdido.

¡ Oh llama santa! ¡ celestial anhelo!
¡ Sentimiento purísimo! ¡ memoria
Acaso triste de un perdido cielo,

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

Quizá esperanza de futura gloria!
¡ Huyes y dejas llanto y desconsuelo!
¡ Oh qué mujer! qué imagen ilusoria
Tan pura, tan feliz, tan placentera,
Brindó el amor á mi ilusion primera!...

¡ Oh Teresa! ¡ Oh dolor! Lágrimas mías,
¡ Ah! ¿ dónde estáis que no correis á mares?
¡ Por qué, por qué como en mejores días,
No consolais vosotras mis pesares?
¡ Oh! los que no sabeis las agonías
De un corazon que penas á millares
¡ Ay! desgarraron y que ya no llora,
¡ Piedad tened de mi tormento ahora!

¡ Oh dichosos mil veces, sí, dichosos
Los que podeis llorar! y ¡ ay! sin ventura
De mí, que entre suspiros angustiosos
Ahogar me siento en infernal tortura.
¡ Retuércese entre nudos dolorosos
Mi corazon, gimiendo de amargura!
Tambien tu corazon, becho pavesa,
¡ Ay! llegó á no llorar, ¡ pobre Teresa!

¡ Quién pensára jamás, Teresa mía,
Que fuera eterno manantial de llanto,
Tanto inocente amor, tanta alegría,
Tantas delicias y delirio tanto?
¡ Quién pensára jamás llegase un día
En que perdido el celestial encanto
Y caída la venda de los ojos,
Cuanto diera placer causára enojos?

DON JOSE DE ESPRONCEDA

Aun parece, Teresa, que te veo
Aérea como dorada mariposa,
Ensueño delicioso del deseo,
Sobre tallo gentil temprana rosa,
Del amor venturoso devaneo,
Angélica, purísima y dichosa,
Y oigo tu voz dulcísima, y respiro
Tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aún miro aquellos ojos que robaron
A los cielos su azul, y las rosadas,
Tintas sobre la nieve, que envidiaron
Las de Mayo serenas alboradas:
Y aquellas horas dulces que pasaron
Tan breves, ¡ay! como despues lloradas,
Horas de confianza y de delicias,
De abandono y de amor y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,
Y pasaba á la par nuestra ventura;
Y nunca nuestras ansias las contaban,
Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura.
Las horas ¡ay! huyendo nos miraban,
Llanto tal vez vertiendo de ternura;
Que nuestro amor y juventud veían,
Y temblaban las horas que vendrían.

Y llegaron en fin: ¡oh! ¿quién impió
¡Ay! agostó la flor de tu pureza?
Tú fuiste un tiempo cristalino río,
Manantial de purísima limpieza;
Despues torrente de color sombrío,
Rompiendo entre peñascos y maleza,

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

Y estanque, en fin, de aguas corrompidas,
Entre fétido fango detenidas.

¿Cómo caíste despeñado al suelo,
Astro de la mañana luminoso?
Ángel de luz, ¿quién te arrojó del cielo
A este valle de lágrimas odioso?
Aun cercaba tu frente el blanco velo
Del serafín, y en ondas fulguroso
Rayos al mundo tu esplendor vertía,
Y otro cielo el amor te prometía.

Mas ¡ay! que es la mujer ángel caído,
Ó mujer nada más y lodo inundo,
Hermoso sér para llorar nacido,
O vivir como autómeta en el mundo.
Sí, que el demonio en el Eden perdido,
Abrazára con fuego del profundo
La primera mujer, y ¡ay! aquel fuego
La herencia ha sido de sus hijos luego.

Brota en el cielo del amor la fuente,
Que á fecundar el universo mana,
Y en la tierra su límpida corriente
Sus márgenes con flores engalana;
Mas, ¡ay! huid: el corazón ardiente
Que el agua clara por beber se afana,
Lágrimas verterá de duelo eterno,
Que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no queréis que llegue un día
En que enredado en retorcidos lazos
El corazón, con bárbara porfía

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

Luchéis por arrancáoslo á pedazos:
En que al cielo en histérica agonía
Frenéticos alceis entrambos brazos,
Para en vuestra impotencia maldecirle,
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años ¡ay! de la ilusión pasaron,
Las dulces esperanzas que trajeron
Con sus blancos ensueños se llevaron,
Y el porvenir de oscuridad vistieron:
Las rosas del amor se marchitaron,
Las flores en abrojos convirtieron,
Y de afán tanto y tan soñada gloria
Sólo quedó una tumba, una memoria.

¡Pobre Teresa! ¡Al recordarte siento
Un pesar tan intenso! Embarga impío
Mi quebrantada voz mi sentimiento,
Y suspira tu nombre el lábio mío:
Para allí su carrera el pensamiento,
Hiela mi corazón punzante frío,
Ante mis ojos la funesta losa,
Donde vil polvo tu beldad reposa.

Y tú feliz, que hallastes en la muerte
Sombra á que descansar en tu camino,
Cuando llegabas, misera, á perderte
Y era llorar tu único destino:
Cuando en tu frente la implacable suerte
Grababa de los réprobos el sino!
Feliz, la muerte te arrancó del suelo,
Y otra vez ángel, te volviste al cielo.

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

Roida de recuerdos de amargura,
Arido el corazón, sin ilusiones,
La delicada flor de tu hermosura
Ajaron del dolor los aquilones:
Sola, y envilecida, y sin ventura,
Tu corazón secaron las pasiones:
Tus hijos ¡ay! de tí se avergonzaran,
Y hasta el nombre de madre te negaran.

Los ojos escaldados de tu llanto,
Tu rostro cadavérico y hundido;
Único desahogo en tu quebranto,
El histérico ¡ay! de tu gemido:
¿Quién, quién pudiera en infortunio tanto
Envolver tu desdicha en el olvido,
Disipar tu dolor y recogerte
En su seno de paz? ¡Sólo la muerte!

¡Y tan joven, y ya tan desgraciada!
Espíritu indomable, alma violenta,
En tí, mezquina sociedad, lanzada
A romper tus barreras turbulenta.
Nave contra las rocas quebrantada,
Allá vaga, á merced de la tormenta,
En las olas tal vez naufraga tabla,
Que sólo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere
Y está en mi corazón; un lastimero
Tierno quejido que en el alma hiere,
Eco suave de su amor primero:
¡Ay! de tu luz, en tanto yo viviere,
Quedará un rayo en mí, blanco lucero,

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

Que iluminaste con tu luz querida
La dorada mañana de mi vida.

Que yo, como una flor que en la mañana
Abre su cáliz al naciente día,
¡Ay! al amor abrí tu alma temprana,
Y exalté tu inocente fantasía,
Yo inocente también; oh! cuán ufana
Al porvenir mi mente sonreía,
Y en alas de mi amor, ¡con cuánto anhelo
Pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,
En tus brazos en lánguido abandono,
De glorias y deleites rodeado
Levantar para ti soné yo un trono:
Y allí, tú venturosa y yo á tu lado,
Vencer del mundo el implacable encono,
Y en un tiempo, sin horas ni medida,
Ver como un sueño resbalar la vida.

¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos
Aridos ni una lágrima brotaban;
Cuando ya su color tus labios rojos
En cárdenos matices se cambiaban;
Cuando de tu dolor tristes despojos
La vida y su ilusión te abandonaban,
Y consumía lenta calentura
Tu corazón al par de tu amargura;

Si en tu penosa y última agonía
Volviste á lo pasado el pensamiento;
Si comparaste á tu existencia un día

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

Tu triste soledad y tu aislamiento;
Si arrojó á tu dolor tu fantasía
Tus hijos ¡ay! en tu postrer momento
A otra mujer tal vez acariciando,
Madre tal vez á otra mujer llamando;

Si el cuadro de tus breves glorias viste
Pasar como fantástica quimera,
Y si la voz de tu conciencia oíste
Dentro de tí gritándote severa;
Sí, en fin, entónces tú llorar quisiste
Y no brotó una lágrima siquiera
Tu seco corazón, y á Dios llamaste,
Y no te escuchó Dios, y blasfemaste.

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel! ¡martirio horrendo!
¡Espantosa expiación de tu pecado!
Sobre un lecho de espinas, maldiciendo,
Morir, el corazón desesperado!
Tus mismas manos de dolor mordiendo,
Presente á tu conciencia lo pasado,
Buscando en vano, con los ojos fijos,
Y extendiendo tus brazos á tus hijos.

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel!..... ¡Ay! yo entre tanto
Dentro del pecho mi dolor oculto,
Enjugo de mis párpados el llanto
Y doy al mundo el exigido culto:
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
Mi propia pena con mi risa insulto,
Y me divierto en arrancar del pecho
Mi mismo corazón pedazos hecho.

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

Cocemos, si; la cristalina esfera
Gira bañada en luz: ¡bella es la vida!
¿Quién á parar alcanza la carrera
Del mundo hermoso que al placer convida?
Brilla radiante el sol, la primavera
Los campos pinta en la estación florida:
Truéquese en risa mi dolor profundo....
Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?

DON JOSÉ ZORRILLA

79.

Introducción

á los «Cantos del Trovador»

¿QUÉ se hicieron las auras deliciosas
Que henchidas de perfume se perdían
Entre los lirios y las frescas rosas
Que el huerto ameno en derredor ceñían?
Las brisas del otoño revoltosas
En rápido tropel las impelían,
Y ahogaron la estación de los amores
Entre las hojas de sus yertas flores.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos
En torno de la antigua chimenea,
Y acaso la ancha sombra recordamos
De aquel tizón que á nuestros pies humeaba.
Y hora tras hora tristes esperamos
Que pase la estación adusta y fea,
En pereza febril adormecidos
Y en las propias memorias embebidos.

En vano á los placeres avarientos
Nos lanzamos do quier, y orgías sonoras

DON JOSÉ ZORRILLA

Estremecen los ricos aposentos
Y fantásticas danzas tentadoras;
Porque antes y despues caminan lentos
Los turbios días y las lentas horas,
Sin que alguna ilusión de breve instante
Del alma el sueño fugitiva encante.

Pero yo, que he pasado entre ilusiones,
Sueños de oro y de luz, mi dulce vida,
No os dejaré dormir en los salones
Donde al placer la soledad convida;
Ni esperar, revolviendo los tizones,
Al yerto amigo ó la falaz querida,
Sin que más esperanza os alimente
Que ir contando las horas tristemente.

Los que vivís de alcázares señores,
Venid, yo halagaré vuestra pereza;
Niñas hermosas que morís de amores,
Venid, yo encantaré vuestra belleza;
Viejos que idolatrais vuestros mayores,
Venid, yo os contaré vuestra grandeza;
Venid á oír en dulces armonías
Las sabrosas historias de otros días.

Yo soy el Trovador que vaga errante:
Si son de vuestro parque estos linderos,
No me dejéis pasar, mandad que cante;
Que yo sé de los bravos caballeros
La dama ingrata y la cautiva amante,
La cita oculta y los combates fieros
Con que á cabo llevaron sus empresas
Por hermosas esclavas y princesas.

Venid á mí, yo canto los amores;
Yo soy el trovador de los festines;
Yo ciño el arpa con vistosas flores,

DON JOSÉ ZORRILLA

Guirnalda que recojo en mil jardines;
Yo tengo el tulipán de cien colores
Que adoran de Stambul en los confines,
Y el lirio azul incógnito y campestre
Que nace y muere en el peñón silvestre.
¡Ven á mis manos, ven, arpa sonora!
¡Baja á mi mente, inspiración cristiana,
Y enciende en mí la llama creadora
Que del aliento del Querub emana!
¡Lejes de mí la historia tentadora
De agena tierra y religión profana!
Mi voz, mi corazón, mi fantasía
La gloria cantan de la patria mía.
Venid, yo no hollaré con mis cantares
Del pueblo en que he nacido la creencia,
Respetaré su ley y sus altares;
En su desgracia á par que en su opulencia
Celebraré su fuerza ó sus azares,
Y, fiel ministro de la gaya ciencia,
Levantaré mi voz consoladora
Sobre las ruinas en que España llora.
¡Tierra de amor! ¡tesoro de memorias,
Grande, opulenta y vencedora un día,
Sembrada de recuerdos y de historias,
Y hollada azar por la fortuna impia!
Yo cantaré tus olvidadas glorias;
Que en alas de la ardiente poesía
No aspiro á más laurel ni á más hazaña
Que á una sonrisa de mi dulce España.

DON JOSÉ ZORRILLA

So.

A buen juez mejor testigo

Tradición de Toledo

ENTRE pardos nubarrones
Pasando la blanca luna,
Con resplandor fugitivo,
La baja tierra no alumbraba.
La brisa con frescas alas
Juguetona no murmura,
Y las veletas no giran
Entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
La opaca atmósfera cruza,
Y unas en otras las sombras
Confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
Un momento se columbran,
Como lanzas de soldados
Apostados en la altura.
Reverberan los cristales
La trémula llama turbia,
Y un instante entre las rocas
Riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
Parecen en la espesura
De fantasmas apiñados
Medrosa y gigante turba;
Y alguna vez desprendida
Gotea pesada lluvia,
Que no despierta á quien duerme,
Ni á quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño

DON JOSÉ ZORRILLA

Entre las sombras confusa,
Y el Tajo á sus piés pasando
Con pardas ondas lo arrulla.
El monótono murmullo
Sonar perdido se escucha,
Cual si por las hondas calles
Hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
Cuando á lo lejos susurran
Los álamos que se mecen,
Las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
Que el sueño del triste endulzan,
Y en tanto que sueña el triste,
No le aqueja su amargura.
Tan en calma y tan sombría
Como la noche que enluta
La esquina en que desemboca
Una callejuela oculta,
Se ve de un hombre que aguarda
La vigilante figura,
Y tan á la sombra vela
Que entre las sombras se ofusca.
Frente por frente á sus ojos
Un balcon á poca altura
Deja escapar por los vidrios
La luz que dentro le alumbra;
Mas ni en el claro aposento,
Ni en la callejuela oscura
El silencio de la noche
Rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo,
Que pudiera haberse duda

DON JOSÉ ZORRILLA

De si es hombre, ó solamente
Mentida ilusion nocturna;
Pero es hombre, y bien se ve,
Porque con planta segura
Ganando el centro á la calle
Resuelto y audaz pregunta:
—¿Quién va?—y á corta distancia
El igual compas se escucha
De un caballo que sacude
Las sonoras herraduras.
¿Quién va? repite, y cereana
Otra voz menos robusta
Responde:—Un hidalgo ¡calle!
Y el paso el bulto apresura.
—Téngase el hidalgo,—el hombre
Replica, y la espada empuña.
—Ved más bien si me haréis calle
(Repitieron con mesura)
Que hasta hoy á nadie se tuvo
Ibán de Vargas y Acuña.
—Pase el Acuña y perdone:—
Dijo el mozo en faz de fuga,
Pues teniéndose el embozo
Sopla un silbato, y se oculta.
Paró el jinete á una puerta,
Y con precaucion difusa
Salió una niña al balcon
Que llama interior alumbra.
—¡Mi padre!—clamó en voz baja
Y el viejo en la cerradura
Metió la llave pidiendo
A sus gentes que le acudan.
Un negro por ambas bridas

DON JOSÉ ZORRILLA

Tomó la cabalgadura,
Cerróse detras la puerta
Y quedó la calle muda.
En esto desde el balcon,
Como quien tal acostumbra,
Un mancebo por las rejas
De la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
Hizo cara á Ibán de Acuña,
Y huyeron, en el embozo
Velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena
Pasa la siguiente tarde,
Y el sol tocando su ocaso
Apaga su luz gigante:
Se ve la imperial Toledo
Dorada por los remates,
Como una ciudad de grana
Coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
Sus anchos cimientos lame,
Dibujando en las arenas
Las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
En las ondas desiguales,
Como en prendas de que el río
Tan afanoso la bate.
A lo lejos en la vega
Tiende galan por sus márgenes,
De sus álamos y huertos
El pintoresco ropaje,

DON JOSE ZORRILLA

Y porque su altiva gala
Mas á los ojos halague,
La salpica con escombros
De castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
Que toda una historia vale,
Cada colina un secreto
De principes ó galanes.
Aquí se bañó la hermosa
Por quien dejó un rey culpable
Amor, fama, reino y vida
En manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
A su receloso amante
En esa cuesta que entónces
Era un plantel de azahares.
Allá por aquella torre,
Que hicieron puerta los árabes,
Subió el Cid sobre Babiaca
Con su gente y su estandarte.
Más lejos se ve el castillo
De San Servando, ó Cervantes,
Donde nada se hizo nunca
Y nada al presente se hace.
A este lado está la almena
Por do sacó vigilante
El conde Don Peranzules
Al rey, que supo una tarde
Fingir tan tenaz modorra,
Que, político y constante,
Tuvo siempre el brazo quedo
Las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,

DON JOSÉ ZORRILLA

Gran cifra de un pueblo grande,
Y aquí la antigua Basílica
De bizantinos pilares,
Que oyó en el primer concilio
Las palabras de los Padres
Que velaron por la Iglesia
Perseguida ó vacilante.
La sombra en este momento
Tiende sus turbios cendales
Por todas esas memorias
De las pasadas edades,
Y del Cambrón y Visagra
Los caminos desiguales,
Camino á los Toledanos
Hacia las murallas abren.
Los labradores se acercan
Al fuego de sus hogares,
Cargados con sus aperos,
Cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
Se tornan con paso grave,
Calado el ancho sombrero,
Abrochados los gabanes;
Y los clérigos y monjes
Y los prelados y abades
Sacudiendo el leve polvo
De capelos y sayales.
Quédase sólo un mancebo
De impetuosos ademanes,
Que se pasea ocultando
Entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
Con decision de evitarle;

DON JOSÉ ZORRILLA

Y él contempla á los que pasan
Como si á alguien aguardase.
Los tímidos aceleran
Los pasos al divisarle,
Cual temiendo de seguro
Que les proponga un combate;
Y los valientes le miran
Cual si sintieran dejarle
Sin que libres sus estoques
En riña sonora danzen.
Una mujer tambien sola
Se viene el llano adelante,
La luz del rostro escondida
En tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso,
Y en lo flexible del talle,
Puede á través de los velos
Una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que aguarda,
Y él al encuentro la sale
Diciendo... cuanto se dicen
En las citas los amantes.
Mas ella, galanterías
Dejando severa aparte,
Así al mancebo interrumpe
En voz decisiva y grave:

«Abreviemos de razones,
Diego Martinez; mi padre,
Que un hombre ha entrado en su ausencia
Dentro mi aposento sabe;
Y así quién mancha mi honra
Con la suya me la lave;

DON JOSÉ ZORRILLA

O dadme mano de esposo,
O libre de vos dejadme.
Miróla Diego Martínez
Atentamente un instante,
Y echando á un lado el embozo,
Repuso palabras tales:
«Dentro de un mes, Inés mía,
Parto á la guerra de Flandes;
Al año estaré de vuelta
Y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca,
Con honra mía se lave;
Que por honra vuelven honra
Hidalgos que en honra nacen.
—Júralo,—exclamó la niña.
—Más que mi palabra vale
No te valdrá un juramento.
—Diego, la palabra es aire.
—¡Vive Dios que estás tenaz!
Dalo por jurado y baste.
—No me basta; que olvidar
Puedes la palabra en Flandes.
—¡Voto á Dios! ¿qué más pretendes?
—Que á los pies de aquella imagen
Lo jures como cristiano
Del santo Cristo delante.»
Vaciló un punto Martínez,
Mas porfiando que jurase,
Llevóle Inés hacia el templo
Que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero,
En duro y postrero trance,
Ceñida la sien de espinas,

DON JOSÉ ZORRILLA

Descolorido el semblante,
Víase allí un crucifijo
Tenido de negra sangre,
A quien Toledo devota
Acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
Llegaron ambos amantes,
Y haciendo Inés que Martínez
Los sagrados pies tocase,
Preguntóle:

—Diego, ¿juras
A tu vuelta desposarme?
Contestó al mozo:
—¡Sí juro!

Y ambos del templo se salen.

III

Pasó un día y otro día,
Un mes y otro mes pasó,
Y un año pasado había,
Mas de Flandes no volvía
Diego, que á Flandes partió.
Lloraba la bella Inés
Su vuelta aguardando en vano,
Oraba un mes y otro mes
Del crucifijo á los pies
Do puso el galán su mano.
Todas las tardes venía
Después de traspuesto el sol,
Y á Dios llorando pedía
La vuelta del español,
Y el español no volvía.
Y siempre al anochecer,

DON JOSÉ ZORRILLA

Sin dueña y sin escudero,
En un manto una mujer
El campo salía á ver
Al alto del *Miradero*.
¡Ay del triste que consume
Su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
Que el duelo con que él se abruma
Al ausente ha de pesar!
La esperanza es de los cielos
Precioso y funesto dón,
Pues los amantes desvelos
Cambian la esperanza en celos,
Que abrasan el corazón.
Si es cierto lo que se espera,
Es un consuelo en verdad;
Pero siendo una quimera,
En tan frágil realidad
Quien espera desespera.
Así Ines desesperaba
Sin acabar de esperar,
Y su tez se marchitaba,
Y su llanto se secaba
Para volver á brotar.
En vano á su confesor
Pidió remedio ó consejo
Para aliviar su dolor;
Que mal se cura el amor
Con las palabras de un viejo.
En vano á Ibán acudía,
Llorosa y desconsolada;
El padre no respondía;
Que la lengua le tenía

DON JOSÉ ZORRILLA

Su propia deshonra atada.
Y ambos maldicen su estrella,
Callando el padre severo
Y suspirando la bella,
Porque nació mujer ella,
Y el viejo nació altanero.
Dos años al fin pasaron
En esperar y gemir,
Y las guerras acabaron,
Y los de Flándes tornaron
A sus tierras á vivir.
Pasó un día y otro día,
Un mes y otro mes pasó,
Y el tercer año corría;
Diego á Flándes se partió,
Mas de Flándes no volvía.
Era una tarde serena,
Doraba el sol de occidente
Del Tajo la vega amena,
Y apoyada en una almena
Miraba Inés la corriente.
Iban las tranquilas olas
Las riberas azotando
Bajo las murallas solas,
Musgo, espigas y amapolas
Ligeramente doblando.
Algun olmo que escondido
Creció entre la yerba blanda,
Sobre las aguas tendido
Se reflejaba perdido
En su cristalina banda.
Y algun ruiseñor colgado
Entre su fresca espesura

DON JOSÉ ZORRILLA

Daba al aire embalsamado
Su cántico regalado
Desde la enramada oscura,
Y algún pez con cien colores,
Tornasolada la escama,
Saltaba á besar las flores,
Que exhalan gratos olores
A las puntas de una rama.
Y allá en el trémulo fondo
El torreón se dibuja
Como el contorno redondo
Del hueco sombrío y hondo
Que habita nocturna bruja.
Así la niña lloraba
El rigor de su fortuna,
Y así la tarde pasaba
Y al horizonte trepaba
La consoladora luna.
A lo lejos por el llano
En confuso remolino
Vió de hombres tropel lejano
Que en pardo polvo liviano
Dejan envuelto el camino.
Bajo Inés del torreón,
Y llegando recelosa
A las puertas del Cambrón,
Sintió latir zozobrosa
Más inquieto el corazón.
Tan galán como altanero
Dejó ver la escasa luz
Por bajo el arco primero
Un hidalgo caballero
En un caballo andaluz.

DON JOSÉ ZORRILLA

Jubon negro acuchillado,
Banda azul, lazo en la hombreira,
Y sin pluma al diestro lado
El sombrero derribado
Tocando con la gorguera.
Bombacho gris guarnecido,
Bota de ante, espuela de oro,
Hierro al cinto suspendido,
Y á una cadena prendido
Agudo cuchillo moro.
Vienen tras este jinete
Sobre potros jerezanos
De lanceros hasta siete,
Y en adarga y coselete
Diez peones castellanos.
Asióse á su estribo Inés no
Gritando:—; Diego, eres tú?
Y él viéndola de traves
Dijo—; Voto á Belcebú,
Que no me acuerdo quiénes!
Dio la triste un alarido
Tal respuesta al escachar,
Y á poco perdió el sentido,
Sin que más voz ni gemido
Volviere en tierra á exhalar.
Frunciendo ambas á dos cejas
Encomendóla á su gente,
Diciendo:—; Malditas viejas
Que á las mozas malamente
Enloquecen con consejas.
Y aplicando el capitan
A su potro las espuelas
El rostro á Toledo dan,

DON JOSÉ ZORRILLA

Y á trote cruzando van
Las oscuras callejuelas.
Así por sus altos fines
Dispone y permite el cielo
Que puedan mudar al hombre
Fortuna, poder y tiempo.
A Flándes partió Martínez,
De soldado aventurero,
Y por su suerte y hazañas
Allí capitán le hicieron.
Segun alzaba en honores
Alzabase en pensamientos,
Y tanto ayudó en la guerra
Con su valor y altos hechos,
Que el mismo rey á su vuelta
Le armó en Madrid caballero,
Tomándole á su servicio
Por capitán de Lanceros.
Y otro no fué que Martínez
Quien há poco entró en Toledo,
Tan orgulloso y ufano
Cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirige,
Cobrado el conocimiento,
La amorosa Inés de Vargas,
Que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
Olvidó su nombre mismo,
Puesto que Diego Martínez
Es el capitán Don Diego,
Ni se ablanda á sus caricias,

DON JOSÉ ZORRILLA

Ni cura de sus lamentos;
Diciendo que son locuras
De gentes de poco seso;
Que ni él prometió casarse
Ni pensó jamas en ello.
Tanto mudan á los hombres
Fortuna, poder y tiempo.
En vano porfiaba Inés
Con amenazas y ruegos;
Cuanto más ella importuna
Está Martínez severo.
Abrazada á sus rodillas
Enmarañado el cabello,
La hermosa niña lloraba
Prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
Porque el capitán Don Diego
No ha de ser Diego Martínez
Como lo era en otro tiempo.
Y así llamando á su gente,
De amor y piedad ajeno,
Mandóles que á Inés llevarán
De grado ó de valimiento.
Mas ella ántes que la asieran
Cesando un punto en su duelo,
Así habló, el rostro lloroso
Hacia Martínez volviendo:
«Contigo se fué mi honra,
Conmigo tu juramento;
Pues buenas prendas son ambas,
En buen fiel las pesaremos.
Y la faz descolorida
En la mantilla envolviendola»

DON JOSÉ ZORRILLA

A pasos desatentados,
Salióse del aposento,
Ero entonces de Toledo
Por el rey gobernador
El justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcón.
Muchos años por su patria
El buen viejo peleó;
Cercenado tiene un brazo,
Mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
Los jueces en derredor,
Los corchetes á la puerta
Y en la derecha el bastón.
Está, como presidente
Del tribunal superior,
Entre un dosel y una alfombra
Reclinado en un sillón.
Escuchando con paciencia
La casi asmática voz
Con que un tétrico escribano
Solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
Al murmullo arrullador,
Los jueces medio dorados
Hacen pliegues al ropon;
Los escribanos repasan
Sus pergaminos al sol,
Los corchetes á una moza
Guiñan en un corredor,
Y abajo en Zocodover

DON JOSÉ ZORRILLA

Gritan en discordesón
Los que en el mercado venden
Lo vendido y el valor,
Una mujer en tal punto,
En faz de grande allicción,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salón
Diciendo á gritos: ¡Justicia,
Jueces, justicia, señor!
Y á los pies se arroja humilde
De Don Pedro de Alarcón,
En tanto que los curiosos
Se agitan al rededor,
Alzola cortés Don Pedro
Calmando la confusión
Y el tumultuoso murmullo
Que esta escena ocasionó,
Diciendo:
Mujer, ¿qué quieres?
—Quiero justicia, señor.
—De qué?
—De una prenda hurtada.
—¿Qué prenda?
—Mi corazón.
—¿Tú le diste?
—Le presté.
—¿Y no te le han vuelto?
—No.
—¿Tienes testigos?
—Ninguno.
—¿Y promesa?

DON JOSÉ ZORRILLA

—¡Sí, por Dios!

Que al partirse de Toledo

Un juramento empenó.

—¿Quién es él?

—Diego Martínez.

—¿Noble?

—Y capitán, señor!

—Presentadme al capitán,

Que cumplirá si juró.—

Quedó en silencio la sala,

Y á poco en el corredor

Se oyó de botas y espuelas

El acompasado són.

Un portero, levantando

El tapiz, en alta voz

Dijo:—El capitán Don Diego.—

Y entró luego en el salón

Diego Martínez, los ojos

Llenos de orgullo y furor.

—¿Sois el capitán Don Diego,

Dijole Don Pedro, vos?

Contestó altivo y sereno

Diego Martínez:

—Yo soy.

—¿Conocéis á esta muchacha?

—Há tres años, salvo error.

—¿Hicisteis la juramento

De ser su marido?

—No.

—¿Jurais no haberlo jurado?

—Sí juro.—

—Pues id con Dios.

—¿Miente!—clamó Inés llorando

DON JOSÉ ZORRILLA

De despecho y de rubor.

—Mujer, ¡piensa lo que dices!...

—Digo que miente, juró.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—Capitán, idos con Dios,

Y dispensad que acusado

Dudara de vuestro honor.—

Tornó Martínez la espalda

Con brusca satisfacción,

É Inés, que le vió partirse,

Resuelta y firme gritó:

—Llamadle, tengo un testigo.

Llamadle otra vez, señor.—

Volvió el capitán Don Diego,

Sentóse Ruiz de Alarcón,

La multitud aquíetose

Y la de Vargas siguió:

—Tengo un testigo á quien nunca

Faltó verdad ni razón.—

—¿Quién?

—Un hombre que de lejos

Nuestras palabras oyó,

Mirándonos desde arriba.

—¿Estaba en algún balcón?

—No, que estaba en un suplicio

Donde ha tiempo que espiró.—

—¿Luego es muerto?

—No, que vive.

—¿Estais loca, ¡vive Dios!

¿Quién fué?

—El Cristo de la Vega

A cuya faz perjuró.—

DON JOSÉ ZORRILLA

Pusieron en pie los jueces
Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro
Tan excelsa apelacion.
Reinó un profundo silencio
De sorpresa y de pavor,
Y Diego bajó los ojos,
De vergüenza y confusion.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
Y levantóse diciendo
Con respetuosa voz :
« La ley es ley para todos,
Tu testigo es el mejor,
Mas para tales testigos
No hay más tribunal que Dios.
Harémos... lo que sepamos ;
Escribano, al caer el sol,
Al Cristo que está en la vega
Tomaréis declaracion. »

Es una tarde serena,
Cuya luz tornasolada
Del purpurino horizonte
Blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
Sus hojas plegando exhalan,
Y el céfiro entre perfumes
Mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
Con suave rumor las aguas,
Y las aves en la orilla

DON JOSÉ ZORRILLA

Despidiendo al día cantan.
Allá por el miradero
Por el Cambron y Visagra
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la vega baja.
Vienen delante Don Pedro
De Alarcón, Iban de Vargas,
Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias ;
Y detrás monjes, hidalgos,
Mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
En la vega les aguarda,
Cada cual comentariando
El caso segun le cuadra.
Entre ellos está Martinez
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encaje blanca,
Bigote á la borgoñesa,
Melena desmelenada,
El sombrero guarnecido,
Con cuatro lazos de plata,
Un pié delante del otro,
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reajo
Le miran de entre las capas,
Los chicos al uniforme
Y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
Y gente que le acompaña,
Entraron todos al claustro
Que iglesia y patio separa.

DON JOSÉ ZORRILLA

Encendieron ante el Cristo
Cuatro cirios y una lámpara,
Y de hinojos un momento
Le rezaron en voz baja.
Está el Cristo de la Vega
La cruz en tierra posada,
Los pies alzados del suelo
Poco menos de una vara;
Hacia la severa imagen
Un notario se adelanta,
De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
A un lado tiene á Martínez,
A otro lado á Inés de Vargas,
Detrás al gobernador
Con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
La acusación entablada,
El notario á Jesucristo
Así demandó en voz alta:
— «Jesus, Hijo de María,
« Ante nos esta mañana
« Citado como testigo
« Por boca de Inés de Vargas,
« Jurais ser cierto que un día
« A vuestras divinas plantas
« Juró á Inés Diego Martínez
« Por su mujer desposarla? »
Asida á un brazo desnudo
Una mano atarazada
Vino á posar en los autos
La seca y hendidá palma,
Y allá en los aires « ¡ Sí juró! »

DON JOSÉ ZORRILLA

Clamó una voz más que humana
Alzó la turba medrosa
La vista á la imagen santa
Los labios tenía abiertos,
Y una mano desclavada.

CONCLUSION

Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y espantado de sí propio
Diego Martínez también.
Los escribanos temblando
Dieron de esta escena fe,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
Y una capilla con él,
Y Don Pedro de Alarcon
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que corre,
Y en cada año una vez,
Con la mano desclavada
El crucifijo se ve.

DON NICOMEDES PASTOR DÍAZ

81.

Á la luna
DESDE el primer latido de mi pecho,
Condenado al amor y á la tristeza,
Ni un eco á mi gemir, ni á la belleza,
Un suspiro alcancé:

DON NICOMEDES PASTOR DÍAZ

Halló por fin mi fúnebre despecho
Inmenso objeto á mi ilusión amante;
Y de la luna el célico semblante;
Y el triste mar amé!

El mar quedóse allá por su ribera;
Sus olas no treparon las montañas;
Nunca llega á estas márgenes extrañas
Su solemne mugir.

Tú empero que mi amor sigues dó quiera,
Cándida luna, en tu amoroso vuelo,
Tú eres la misma que miré en el cielo
De mi patria lucir.

Tú sola mi beldad, sola mi amante,
Única antorcha que mis pasos guía,
Tú sola enciendes en el alma fría
Una sombra de amor.

Sólo el blando lucir de tu semblante
Mis ya cansados párpados resisten;
Sólo tus formas inconstantes visten
Bello, grato color.

Ora cubra cargada, rubicunda,
Nube de fuego tu ardorosa frente;
Ora cándida, pura, refulgente,
Deslumbre tu mirar.

Ora sumida en soledad profunda
Te mire el cielo desmayada y yerta,
Como el semblante de una virgen muerta
Ah!...que yo vi expirar.

La he visto ¡ay, Dios!... Al sueño en que reposa
Yo le cerré los anublados ojos;

DON NICOMEDES PASTOR DÍAZ

Yo tendí sus angelicos despojos
Sobre el negro aráid.
Yo sólo oré sobre la yerta losa
Donde no corre ya lágrima alguna.
Báñala al menos tú, pálida luna,
Báñala con tu luz!

Tú lo harás...que á los tristes acompañas,
Y al pensador y al infeliz visitas;
Con la inocencia ó con la muerte habitas;
El mundo huye de tí.

Antorcha de alegría en las cabañas,
Lámpara solitaria en las ruínas,
El salón del magnate no iluminas,
Pero su tumba...sí!

Cargada á veces de aplomadas nubes
Amaga el cielo con tormenta oscura;
Mas ríe al horizonte tu hermosura,
Y huyó la tempestad.

Y allá del trono dó esplendente subes
Riges el curso al fervido Océano,
Cual pecho amante, que al mirar lejano
Hierva, de su beldad.

Mas ¡ay! que en vano en tu esplendor encantas;
Ese hechizo faláz no es de alegría;
Y huyen tu luz y triste compañía
Los astros con temor.

Sola por el vacío te adelantas,
Y en vano en derredor tus rayos tiendes;
Que sólo al mundo en tu dolor descienes,
Cual sube á tí mi amor.

DON NICOMEDES PASTOR DÍAZ

Y en esta tierra, de aflicción guarida,
¿Quién goza en tu fulgor blandos placeres?
Del nocturno reposo de los seres

No turbas la quietud,
No cantarán las aves tu venida;
Ni abren su cáliz las dormidas flores:
Sólo un sér...de desvelos y dolores,

Ama tu yerta luz!...

Sí, tú mi amor, mi admiración, mi encanto!
La noche anhele por vivir contigo,
Y hacia el ocaso lentamente siga

Tu curso al fin veloz.
Párase á veces á escuchar mi llanto,
Y descende en tus rayos amoroso
Un espíritu vago, misterioso,

Que responde á mi voz...

¡Ay! calló ya... Mi celestial querida
Sufrió también mi inexorable suerte...
Era un sueño de amor... Desvanecerte

Pudo una realidad.
Es ceno ya la esqueletada vida;
No hay ilusión, ni encantos, ni hermosura;
La muerte reina ya sobre natura,
Y la llaman... VERDAD!

¡Qué feliz, qué encantado, si ignorante,
El hombre de otros tiempos viviera,
Cuando en el mundo, de los dioses vía
Dó quiera la mansión!

Cada eco fuera un suspirar amante,
Una inmortal belleza cada fuente;

DON NICOMEDES PASTOR DÍAZ

Cada pastor ¡oh luna! en sueño ardiente
Ser pudo un Endimión.

Ora trocada en un planeta oscuro,
Girando en los abismos del vacío,
Dó fuerza oculta y ciega, en su extravío,
Cual piedra te arrojó,

Es luz de agena luz tu brillo puro;
Es ilusión tu mágica influencia,
Y mi celeste amor... ciega demencia,
¡Ay!... que se disipó.

Astro de paz, belleza de consuelo,
Antorcha celestial de los amores,
Lámpara sepulcral de los dolores,
Tierna y casta deidad!

¿Qué eres, de hoy más, sobre ese helado cielo?
Un peñasco que rueda en el olvido,
O el cadáver de un sol que, endurecido
Yace en la eternidad!

DON ENRIQUE GIL

82.

La violeta

FLOR deliciosa en la memoria mía,
Ven mi triste laud á coronar,
Y volverán las trovas de alegría
En sus ecos tal vez á resonar.

Mezcla tu aroma á sus cansadas uerdas;
Yo sobre tí no inclinaré mi sien,
De miedo, pura flor, que entonces pierdas

DON ENRIQUE GIL

Tu tesoro de olores y tu bien,
Yo, sin embargo, coroné mi frente
Con tu gala en las tardes del Abril,
Yo te buscaba orillas de la fuente,
Yo te adoraba tímida y gentil.
Porque eras melancólica y perdida,
Y era perdido y lúgubre mi amor,
Y en ti miré el emblema de mi vida
Y mi destino, solitaria flor.
Tú allí crecías olorosa y pura
Con tus moradas hojas de pesar;
Pasaba entre la yerba tu frescura
De la fuente al confuso murmurar.
Y pasaba mi amor desconocido,
De un arpa oscura al apagado son,
Con frívolos cantares confundido
El himno de mi amante corazón.
Yo busqué la hermandad de la desdicha,
En tu cáliz de aroma y soledad,
Y á tu ventura asemeje mi dicha,
Y á tu prisión mi antigua libertad.
¡Cuántas meditaciones han pasado
Por mi frente mirando tu arrebol!
¡Cuántas veces mis ojos te han dejado
Para volverse al moribundo sol!
¡Qué de consuelos á mi pena diste
Con tu calma y tu dulce lobreguez,
Cuando la mente imaginaba triste
El negro porvenir de la vejez!
Yo me decía: «Buscate en las flores
Séres que escuchen mi infeliz cantar,
Que mitiguen con bálsamo de olores
Las ocultas heridas del pesar.»

DON ENRIQUE GIL

Y me apartaba, al alumbrar la luna,
De tí, bañada en moribunda luz,
Adormecida en tu vistosa cuna,
Velada en tu aromático capuz.
Y una esperanza el corazón llevaba
Pensando en tu sereno amanecer,
Y otra vez en tu cáliz divisaba
Perdidas ilusiones de placer.

Héme hoy aquí: ¡cuán otros mis cantares!
¡Cuán otro mi pensar, mi porvenir!
Ya no hay flores que escuchen mis pesares,
Ni soledad donde poder gemir.
Lo secó todo el soplo de mi aliento,
Y naufragué con mi doliente amor:
Léjos ya de la paz y del contento,
Mirame aquí en el valle del dolor.
Era dulce mi pena y mi tristeza;
Tal vez moraba una ilusión detrás:
Mas la ilusión voló con su pureza,
Mis ojos ¡ay! no la verán jamás.

Hoy vuelvo á tí, cual pobre viajero
Vuelve al hogar que niño le acogió;
Pero mis glorias recobrar no espero,
Sólo á buscar la huesa vengo yo.
Vengo á buscar mi huesa solitaria
Para dormir tranquilo junto á tí,
Ya que escuchaste un día mi plegaria,
Y un ser humano en tu corola vi.
Ven mi tumba á adornar, triste viola,
Y embalsama mi oscura soledad;
Sé de su pobre césped la aureola
Con tu vaga y poética beldad.

DON ENRIQUE GIL

Quizá al pasar la virgen de los valles,
Enamorada y rica en juventud,
Por las umbrosas y desiertas calles
Do yacerá escondido mi ataúd,
Írá á cortar la humilde violeta
Y la pondrá en su seno con dolor,
Y llorando dirá: «¡Pobre poeta!
¡Ya está callada el arpa del amor!»

PADRE JUAN AROLAS

83. *Sé más feliz que yo*

SOBRE pupila azul, con sueño leve,
Tu párpado cayendo amortecido,
Se parece á la pura y blanca nieve
Que sobre las violetas reposó:
Yo el sueño del placer nunca he dormido:

Sé más feliz que yo.

Se asemeja tu voz en la plegaria

Al canto del zorzal de indiano suelo

Que sobre la pagoda solitaria

Los himnos de la tarde suspiró:

Yo sólo esta oración dirijo al cielo:

Sé más feliz que yo.

Es tu aliento la esencia más fragante

De los lirios del Arno caudaloso

Que brotan sobre un junco vacilante

Cuando el céfiro blando los mecía:

Yo no gozo su aroma delicioso:

Sé más feliz que yo.

El amor, que es espíritu de fuego,

PADRE JUAN AROLAS

Que de callada noche se aconseja
Y se nutre con lágrimas y ruego,
En tus purpúreos labios se escondió:
Él te guarde el placer y á mí la queja:
Sé más feliz que yo.

Bella es tu juventud en sus albores
Como un campo de rosas del Oriente;
Al ángel del recuerdo pedí flores
Para adornar tu sien, y me las dió:
Yo decía al ponerlas en tu frente:

Sé más feliz que yo.

Tu mirada vivaz es de paloma;
Como la adormidera del desierto
Causas dulce embriaguez, huri de aroma
Que el cielo de topacio abandonó:

Mi suerte es dura, mi destino incierto:

Sé más feliz que yo.

DON PABLO PIFERRER

84. *Canción de la Primavera*

¡YA vuelve la primavera:

Suene la gaita,—ruede la danza:

Tiende sobre la pradera

El verde manto—de la esperanza.

Sopla caliente la brisa:

Suene la gaita,—ruede la danza:

Las nubes pasan aprisa,

Y el azul muestran—de la esperanza.

DON PABLO PIFERRER

La flor ríe en su capullo :
 Suene la gaita, —ruede la danza :
 Canta el agua en su murmullo
 El poder santo —de la esperanza.
 ; La oís que en los aires trina ?
 Suene la gaita, —ruede la danza :
 — ¡Abrid á la golondrina,
 Que vuelve en alas —de la esperanza. —

Niña, la niña modesta :
 Suene la gaita, —ruede la danza :
 El Mayo trae tu fiesta
 Que el logro trae —de tu esperanza.

Cubre la tierra el amor :
 Suene la gaita, —ruede la danza :
 El perfume engendrador
 Al seno sube —de la esperanza.

Todo zumba y reverdece :
 Suene la gaita, —ruede la danza :
 Cuanto el son y el verdor crece,
 Tanto más crece —toda esperanza.

Sonido, aroma y color :
 (Suene la gaita, —ruede la danza)
 Unense en himnos de amor,
 Que engendra el himno —de la esperanza.

Morirá la primavera :
 Suene la gaita, —ruede la danza :

DON PABLO PIFERRER

Mas cada año en la pradera
 Tornará el manto —de la esperanza.

La inocencia de la vida
 (Calle la gaita, —pare la danza)
 No torna una vez perdida :
 ; Perdí la mfa ! — ¡ay mi esperanza !

DON GABRIEL GARCIA TASSARA

85. *Himno al Mesías*

BAJA otra vez al mundo,
 ; Baja otra vez, Mesías !
 De nuevo son los días
 De tu alta vocación ;
 Y en su dolor profundo
 La humanidad entera
 El nuevo oriente espera
 De un sol de redención.

Corrieron veinte edades
 Desde el supremo día
 Que en esa cruz te vía
 Morir Jerusalén ;
 Y nuevas tempestades
 Surgieron y bramaron,
 De aquellas que asolaron
 El primitivo Edén.
 De aquellas que se ocultan
 Al hombre su camino
 Con ciego torbellino
 De culpa y expiación ;

De aquellas que sepultan
 En hondos cautiverios
 Cadáveres de imperios
 Que fueron y no son.
 Sereno está en la esfera
 El sol del firmamento :
 La tierra en su cimiento
 Inconmovible está :
 La blanca primavera
 Con su gentil abrazo
 Fecunda el gran regazo
 Que flor y fruto da.

Mas ¡ay! que de las almas
 El sol yace eclipsado :
 Mas ¡ay! que ha vacilado
 El polo de la fé ;
 Mas ¡ay! que ya tus palmas
 Se vuelven al desierto :
 No crecen, no, en el huerto
 Del que tu pueblo fué.

Tiniebla es ya la Europa :
 Ella agotó la ciencia,
 Maldijo su creencia,
 Se apacentó con hiel ;
 Y rota ya la copa
 En que su fé bebía,
 Su alzaba y te decía :
 ¡ Señor ! yo soy Luzbel.
 Mas ¡ay! que contra el cielo
 No tiene el hombre rayo,
 Y en súbito desmayo
 Cayó de ayer á hoy ;
 Y en son de desconsuelo,

Y en llanto de impotencia,
 Hoy clama en tu presencia :
 Señor, tu pueblo soy.

No es, no, la Roma atea
 Que entre aras derrocadas
 Despide á carcajadas
 Los dioses que se van :
 Es la que, humilde rea,
 Baja á las catacumbas,
 Y palpa entre las tumbas
 Los tiempos que vendrán.

Todo, Señor, diciendo
 Está los grandes días
 De luto y agonías,
 De muerte y orfandad ;
 Que, del pecado horrendo
 Envuelta en el sudario,
 Pasa por un Calvario
 La ciega humanidad.

Baja ¡oh Señor! no en vano
 Siglos y siglos vuelan ;
 Los siglos nos revelan
 Con misteriosa luz
 El infinito arcano
 Y la virtud que encierra,
 Trono de cielo y tierra
 Tu sacrosanta cruz.

Toda la historia humana
 ¡ Señor ! está en tu nombre ;
 Tú fuiste Dios del hombre,
 Dios de la humanidad.
 Tu sangre soberana
 Es su Calvario eterno :

Tu triunfo del infierno
 Es su inmortalidad.
 ¿Quién dijo, Dios clemente,
 Que tú no volverías,
 Y á horribles gemonías,
 Y á eterna perdición,
 Condena á esta doliente
 Raza del sér humano
 Que espera de tu mano
 Su nueva salvación?
 Sí, tú vendrás. Vencidos
 Serán con nuevo ejemplo
 Los que del santo templo
 Apartan á tu grey.
 Vendrás y confundidos
 Caerán con los ateos
 Los nuevos fariseos
 De la caduca ley.
 ¿Quién sabe si ahora mismo
 Entre alaridos tantos
 De tus profetas santos
 La voz no suena ya?
 Ven, saca del abismo
 Á un pueblo moribundo;
 Luzbel ha vuelto al mundo
 Y Dios; no volverá?
 ¡Señor! En tus juicios
 La comprensión se abisma;
 Mas es siempre la misma
 Del Gólgota la voz.
 Fatidicos auspicios
 Resonarán en vano;
 No es el destino humano

La humanidad sin Dios.
 Ya pasarán los siglos
 De la tremenda prueba;
 Ya nacerás, luz nueva
 De la futura edad;
 Ya huireis, negros vestiglos
 De los antiguos días!
 Ya volverás, Mesías!
 En gloria y majestad.

DOÑA GERTRUDIS GÓMEZ
 DE AVELLANEDA

86. *Amor y orgullo*

UN tiempo hollaba por alfombra rosas;
 Y nobles vates, de mentidas diosas
 Prodigábanme nombres;
 Mas yo, altanera, con orgullo vano,
 Cual águila real al vil gusano
 Contemplaba á los hombres.

Mi pensamiento—en temerario vuelo—
 Ardiente osaba demandar al cielo
 Objeto á mis amores:
 Y si á la tierra con desdén volvía
 Triste mirada, mi soberbia impía
 Marchitaba sus flores.

Tal vez por un momento caprichosa
 Entre ellas revolé, cual mariposa,
 Sin fijarme en ninguna;
 Pues de místico bien siempre anhelante,

Clamaba en vano, como tierno infante
Quiere abrazar la luna.

Hoy, despeñada de la excelsa cumbre,
Do osé mirar del sol la ardiente lumbre
Que fascinó mis ojos,
Cual hoja seca al raudó torbellino,
Cedo al poder del áspero destino....

¡Me entrego á sus antojos!
Cobarde corazón, que el nudo estrecho
Gimiendo sufres, dime: ¿qué se ha hecho
Tu presunción altiva?

¿Qué mágico poder, en tal bajeza
Trocando ya tu indómita siereza,
De libertad te priva?

¡Miseró esclavo de tirano dueño;
Tu gloria fué cual mentiroso sueño,
Que con las sombras huye!

Dí: ¿qué se hicieron ilusiones tantas
De necia vanidad, débiles plantas
Que el aquilón destruye?

En hora infausta á mi feliz reposo,
¿No dijiste, soberbio y orgulloso:
—Quién domará mi brio?

¡Con mi solo poder haré, si quiero,
Mudar de rumbo al céfiro ligero
Y arder al mármol frío!

¡Funesta ceguedad! ¡Delirio insano!
Te gritó la razón... Mas, cuán en vano
Te advirtió tu locura!

Tú misma te forjaste la cadena,
Que á servidumbre eterna te condena,
Y á duelo y amargura.

Los lazos caprichosos que otros días

—Por pasatiempo—á tu placer tejías,
Fueron de seda y oro:

Los que hora rinden tu valor primero
Son eslabones de pesado acero,
Templados con tu lloro.

¿Qué esperaste ¡ay de tí! de un pecho helado,
De inmenso orgullo y presunción hinchado,
De víboras nutrido?

Tú—que anhelabas tan sublime objeto—
¿Cómo al capricho de un mortal sujeto
Te arrastras abatido?

¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos,
Que por flores tomé duros abrojos
Y por oro la arcilla!

Del torpe engaño mis rivales rien,
Y mis amantes ¡ay! tal vez se engríen
Del yugo que me humilla!

Y tú lo sufres, corazón cobarde
Y de tu servidumbre haciendo alarde,
Quieres ver en mi frente

El sello del amor que te devora?
¡Ah! vélo, pues, y búrlese en buen hora
De mi baldón la gente.

¡Salga del pecho—requemando el labio—
El caro nombre, de mi orgullo agravio,
De mi dolor sustento!

Escrito no le ves en las estrellas
Y en la luna apacible, que con ellas
Alumbra el firmamento?

¿No le oyes, de las auras al murmullo?
¿No le pronuncia en gemidor arrullo—
La tórtola amorosa?

¿No resuena en los árboles, que el viento

Halaga con pausado movimiento
 En esa selva hojosa?
 De aquella fuente entre las claras linfas,
 ; No le articulan invisibles ninfas
 Con eco lisonjero?...
 Por qué callar el nombre que te inflama,
 Si aun el silencio tiene voz, que aclama
 Ese nombre que quiero?
 Nombre que un alma lleva por despojo;
 Nombre que excita con placer enojo,
 Y con ira ternura;
 Nombre más dulce que el primer café
 De jóven madre al inocente niño,
 Copia de su hermosura:
 Y más amargo que el adios postrero
 Que al suelo damos, donde el sol primero
 Alumbró nuestra vida.
 Nombre que halaga y halagando mata;
 Nombre que hiere—como sierpe ingrata—
 Al pecho que le anida.
 ; No, no lo envíes, corazón, al labio!...
 ; Guarda tu mengua con silencio sabio!
 ; Guarda, guarda tu mengua!
 ; Callad también vosotras, áuras, fuente,
 Trémulas hojas, tórtola doliente,
 Como calla mi lengua!

DON EULOGIO FLORENTINO SANZ

87. *Epístola á Pedro*

QUIERO que sepas, aunque bien lo sabes,
 Que á orillas del Sprée (ya que del río

Se hace mención en circunstancias graves)
 Mora un semi-alemán, muy señor mío,
 Que entre los rudes témpanos del Norte
 Recuerda la amistad y olvida el frío.
 Léjos de mi Madrid, la villa y corte,
 Ni de ella salto yo porque esté lejos,
 Ni hay una piedra allí que no me importe;
 Pues sueña con la patria, á los reflejos
 De su distante sol, el desterrado,
 Como con su niñez sueñan los viejos.
 Ver quisiera un momento, y á tu lado,
 Cual por ese aire azul nuestra Cibeles
 En carroza triunfal rompe hácia el Prado...
 ; Ríes?... Juzga el volar cuando no vuelas...
 ; Átomo harás del mundo que poseas,
 Y mundo harás del átomo que anheles!
 Al sentir *coram vulgo* no te creas,
 Al pensar *coram vulgo*, no te olvides
 De compulsar á solas tus ideas.
 Como dejes la España en que resides,
 Donde quiera que estés, ya echarás menos
 Esa patria de Dólfos y de Cides;
 Que obeliscos y pórticos agenos
 Nunca valdrán los patrios palomares,
 Con las memorias de la infancia llenos.
 Por eso, aunque dan son á mis cantares
 Elba, Danubio y Rhin, yo los olvido
 Recordando á mi pobre Manzanares.
 ; Allí mi juventud!... ; ay! ; quién no ha oído
 Desde cualquier región, ecos de aquella
 Donde niñez y juventud han sido?
 Hoy mi vida de ayer, pálida ó bella,
 Múltiple se repite en mis memorias,

Como en lágrimas mil única estrella...

Que quedan en el alma las historias
De dolor ó placer, y allí se hacían,
Del fundido metal muertas escorias.

Y, aunque ya no calientan ni iluminan,
Si al soplo de un suspiro se estremecen,
Aun consuelan el alma !... ; ó la asesinan !

Cuando al partir del sol las sombras crecen,
Y, entre sombras y sol, tibios instantes
En torno del horario se adormecen ;

El dolor y el placer, fervidos antes,
Se pierden ya en el alma indefinidos,
A la luz y á la sombra semejantes.

Y en esta languidez de los sentidos,
Crepúsculo moral en que indolente
Se arrulla el corazón con sus latidos,

Pláceme contemplar indiferente
Cuál del dormido *Sprée* sobre la espalda
Y en lúbrico chapín sesga la gente.

Ó recordar el toldo de esmeralda
Que antes bordó el Abril en donde ahora
Nieve septentrional tiende su falda :

Mientras la luz del Héspero incolora
Baña el campo sin fin, que el Norte rudo
Salpicó de brillantes á la aurora.

¡ Hijo de otra región, trémulo y mudo,
Con la mirada que por tí paseo,
Nieve septentrional, yo te saludo !

Una tarde de Mayo (casi creo
Que salta á mi memoria su hermosura
De este cuadro invernal, como un deseo),

Una tarde de flores y verdura,

Rica de cielo azul, sin un celaje,
Y empapada en aromas y frescura ;
En que, al són de las auras, el ramaje

Trémulo de los tilos repetía
De otros lejanos bosques el mensaje ;
Yo, con mi propio afán por compañía,

Del recinto salí que nombró el mundo
Corte del rey filósofo algún día.

Á su verdor del Norte sin segundo,
De un frondoso jardín los laberintos
Atrajeron mi paso vagabundo...

En armoniosa confusión distintos,
Cándidos nardos y claveles rojos,
Tulipanes, violas y jacintos,

De admirar el verjel diéronme antojos ;
Y perdíme en sus vueltas, rebuscando,
Ya que no al corazón, pasto á los ojos.

Y una viola, que al favonio blando
Columpiaba su tímida corola,
Quise arrancar...—Mas súbito, clavando

Mis ojos en el césped, donde sola
Daba al favonio sus esencias puras,
Respeté por el césped la viola...

¡ Guirnalda funeral, de desventuras
Y lágrimas nacida, eran las flores
De aquel vasto jardín de sepulturas !

Pero jardín. Allí, cuando los flores,
Aun te hablarán la amante ó el amigo
Con aromas y jugos y colores...

¡ Y de tu santo afán mudo testigo,
Algo en aquellas flores sepulcrales,
Algo del muerto bien será contigo !

Dentro de nuestros muros funerales

DON EULOGIO FLORENTINO SANZ

Jamás brota una flor... Mal brotaría
De ese alcázar de cal y mechinales,
Índice de la nada en simetría,
Que á la madre común roba los muertos
Para henchir su profana estantería;
¡Ruín estación de huéspedes inciertos
Que ofreciera á los vivos su morada
Por alquilar los túmulos abiertos!
De tierra sobre tierra fabricadas,
Más solemnes quizá, por más sencillas,
Las del santo jardín tumbas aisladas,
Con su césped de flores amarillas
Se elevan... no muy altas... á la altura
Del que llore, al besarlas, de rodillas.
¡Mas sola allí, sin flores, sin verdura,
Bajo su cruz de hierro se levanta
De un hispano cantor la sepultura!...
Delante de su cruz tuve mi planta...
Y soné que en su rótulo leía:
• ¡Nunca duerme entre flores quien las canta!
¡Pobre césped marchito! ¡Quién diría
Que el cantor de las flores en tu seno
Durmiera tan sin flores algún día!
Mas ¡ay del ruiseñor que, en aire ajeno,
Por atmósfera extraña sofocado,
Sobre extraña región cayó en el cieno!
¡Ay del vate infeliz que, amortajado
Con su negro ropón de peregrino,
Yace en su propia tumba desterrado!
Yo, al encontrar su cruz en mi camino,
Como engendra el dolor supersticiones,

Enrique Gil

DON EULOGIO FLORENTINO SANZ

Llamé tres veces al cantor divino.
Y de su lira desperté los sonos,
Y turbé los sepulcros murmurando
La más triste canción de sus canciones...
Y á la viola, que al favonio blando
Columpiaba allí cerca su corola,
Volví turbios los ojos... Y clavando
La rodilla en el césped (donde sola
Era airón sepulcral de una doncella)
Desprendí de su césped la viola.
Y al lado del cantor volví con ella;
Y así lloré, sobre su cruz mi mano,
La del pobre cantor misera estrella:
— Bien te dice mi voz que soy tu hermano;
¿Quién saludara tus despojos fríos
Sin el ¡ay! de mi acento castellano?
Diéronte ajena tumba hados impíos...
¿Si ojos extraños la contemplan secos,
Hoy la riegan de lágrimas los míos!
Sólo suena mi voz entre sus huecos,
Para que en ella, si la escuchas, halles
Los de tu propia voz póstumos ecos...
¡Por las desiertas y sombrías calles
Donde duerme tu feretro escondido,
No pasa, no, la virgen de los valles!
Una vez que ha pasado no ha venido...
Trajéronla con rosas... Á tu lado
La virgen, desde entonces, ha dormido...
Si su pálida sombra, al compasado
Son de la media noche, inoportuna,
Flores entre tu césped ha buscado,
Bien habrá visto á la menguante luna
Que en el santo jardín, rico de flores,

DON EULOGIO FLORENTINO SANZ

Sólo yace tu césped sin ninguna.
 ¡No tienes una flor!... Ni ¿a qué dolores
 Una flor de tu césped respondiera
 Con aromas y jugos y colores?

Sólo al riego de lágrimas naciera,
 Y de tu fosa en el terrón ajeno
 ¿Quién derrama una lágrima siquiera?

¡Ay, sí, del ruiseñor, de vida lleno,
 Que, en atmósfera extraña sofocado,
 Sobre extraña región cayó en el cieno!

Cantor en el sepulcro desterrado,
 Descansa en paz. ¡Adios!... Y si a deshora
 Un viajero del Sur pasa á tu lado,

Si al contemplar tu cruz, como yo ahora,
 Con su idioma español el viajero
 Te llama aquí tres veces y aquí llora,

Dígale el són del aura lastimero
 Cuál en los brazos de tu cruz escueta
 Peregrino del Sur lloré primero...

¡Recibe con mi adios *tu violeta!*
 La tumba de la virgen te la envía...
 ¡Y al unirse la flor con su poeta,

Ya en el ocaso agonizaba el día!

DON ADELARDO L. DE AYALA

88. *Epístola á Emilio Arrieta*

DE nuestra gran virtud y fortaleza
 Al mundo hacemos con placer testigo:
 Las ruindades del alma y su flaqueza

DON ADELARDO L. DE AYALA

Sólo se cuentan al secreto amigo.
 De mi ardiente ansiedad y mi tristeza
 Á solas quiero razonar contigo:
 Rasgue á su alma sin pudor el velo.
 Quien busque admiración y no consuelo.

No quiera Dios que en rimas insolentes
 De mi pesar al mundo le dé indicios,
 Imitando á esos genios impudentes
 Que alzan la voz para cantar sus vicios.
 Yo busco, retirado de las gentes,
 De la amistad los dulces beneficios:
 No hay causa ni razón que me convenza
 De que es genio la falta de vergüenza.

En esta humilde y escondida estancia,
 Donde aun resuenan con medroso acento
 Los primeros sollozos de mi infancia
 Y de mi padre el postrimer lamento:
 Esclarecido el mundo á la distancia
 Á que de aquí le mira el pensamiento,
 Se eleva la verdad que amaba tanto;
 Y, antes que afecto, me produce espanto.

Aquí, aumentando mi congoja fiera,
 Mi edad pasada y la presente miro.
 La limpia voz de mi virtud entera,
 Hoy convertida en áspero suspiro,
 Y el noble aliento de mi edad primera
 Trocado en la ansiedad con que respiro,
 Claro publican dentro de mi pecho
 Lo que hizo Dios y lo que el mundo ha hecho.

Me dotaron los cielos de profundo
 Amor al bien y de valor bastante
 Para exponer al embriagado mundo
 Del vicio vil el sórdido semblante;

Y al ver que imbécil en el cieno hundo
De mi existencia la misión brillante,
Me parece que el hombre en voz confusa
Me pide el robo y de ladrón me acusa.

Y estos salvajes montes corpulentos,
Fieles amigos de la infancia mía,
Que con la voz de los airados vientos
Me hablaban de virtud y de energía,
Hoy con duros semblantes macilentos
Contemplan mi abandono y cobardía,
Y gimen de dolor, y cuando braman,
Ingrato y débil y traidor me llaman.

Tal vez á la batalla me apercibo;
Dudo de mi constancia y de esta duda
Toma ocasión el vicio ejecutivo
Para moverme guerra más sañuda;
Y, cuando débil el combate esquivo,
«Mañana, digo, llegará en mi ayuda»;
Y mañana es la muerte, y mi ansia vana
Deja mi redención para mañana!

Perdido tengo el crédito conmigo,
Y avanza cual gangrena el desaliento:
Conozco y aborrezco á mi enemigo,
Y en sus brazos me arrojo soñoliento.
La conciencia el deleite que consigo
Perturba siempre: sofocar su acento
Quiere el placer, y, lleno de impaciencia,
Ni gozo el mal ni aplaco la conciencia.

Inquieto, vacilante, confundido
Con la múltiple forma del deseo,
Impávido una vez, otra corrido
Del vergonzoso estado en que me veo,
Al mismo Dios contemplo arrepentido.

De darme un alma que tan mal empleo:
La hacienda que he perdido no era mía,
Y el deshonor los tuétanos me enfría.

Aquí, revuelto en la fatal madeja
Del torpe amor, disipador cansado
Del tiempo, que al pasar sólo me deja
El disgusto de haberlo malgastado;
Si el hondo afán con que de mí se queja
Todo mi sér, me tiene desvelado,
¿Por qué no es antes noble impedimento
Lo que es despues atroz remordimiento?

¡Valor! y que resulte de mi daño
Fecundo el bien: que de la edad perdida
Brote la clara luz del desengaño
Iluminando mi razón dormida:
Para vivir me basta con un año,
Que envejecer no es alargar la vida:
¡Jóven murió tal vez que eterno ha sido,
Y viejos mueren sin haber vivido!

Que tu voz, queridísimo Emiliano,
Me mantenga seguro en mi porfía;
Y así el Creador, que con tan larga mano
Te regaló fecunda fantasía,
Te enriquezca, mostrándote el arcano
De su eterna y espléndida armonía;
Tanto, que el hombre, en su placer ó duelo
Tu canto elija para hablar al cielo.

Los ecos de la cándida alborada,
Que al mundo anima en blando movimiento,
Te demuestren del alma enamorada
El dulce anhelo y el primer acento;
El rumor de la noche sosegada,
La noble gravedad del pensamiento;

DON ADELARDO L. DE AYALA

Y las quejas del ábrego sombrío
La ronca voz del corazón impío.
Y el gran torrente que, con pena tanta,
Por las quiebras del hondo precipicio,
Rugiendo de amargura, se quebranta,
Deje en tu alma verdadero indicio
De la virtud, que gime y se abrillanta
En las quiebras del rudo sacrificio,
Y en tu canto resuenen juntamente
El bien futuro y el dolor presente.
Y en las fervidas olas impelidas
Del huracán, que asalta las estrellas,
Y rebraman, mostrando embravecidas
Que el aliento de Dios se encierra en ellas,
Aprendas las canciones dirigidas
Al que para en su curso las centellas,
Y resuene tu voz de polo a polo,
De su grandeza intérprete tú solo.

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

89. *¿Quién supiera escribir!*

—ESCRIBIDME una carta, señor Cura.

—Ya sé para quién es.

—¿Sabeis quien es, porque una noche oscura
Nos visteis juntos?—Pues.

—Perdonad; mas...—No extraño ese tropiezo,
La noche...la ocasión...

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:

Mi querido Ramón:

—¿Querido?...Pero, en fin, ya lo habeis puesto...

—Si no queréis...—¿Sí, sí!

—¿Que triste estoy! ¿No es eso?—Por supuesto.

—¿Que triste estoy sin ti!

Una congoja, al empezar, me viene...

—¿Cómo sabeis mi mal?

—Para un viejo, una niña siempre tiene
El pecho de cristal.

¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.

¿Y contigo? Un edén.

—Haced la letra clara, señor Cura;
Que lo entienda eso bien.

—El beso aquel que de marchar á punto

Te di...—¿Cómo sabeis?...?

—Cuando se va y se viene y se está junto
Siempre...no os afrentéis.

Y si volver tu afecto no procura,
Tanto me harás sufrir...

—¿Sufrir y nada más? No, señor Cura,
¡Que me voy á morir!

—¿Morir? ¿Sabeis que es ofender al cielo?...?

—Pues, sí, señor, ¡morir!

—Yo no pongo morir.—¿Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

¡ Señor Rector, señor Rector ! en vano
Me queréis complacer,
Si no encarnan los signos de la mano
Todo el ser de mi ser.

Escribidle, por Dios, que el alma mía
Ya en mí no quiere estar;
Que la pena no me ahoga cada día,
Porque puedo llorar.

Que mis labios, las rosas de su aliento,
No se saben abrir;
Que olvidan de la risa el movimiento
A fuerza de sentir.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
Cargados con mi afán,
Como no tienen quien se mire en ellos,
Cerrados siempre están.

Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
La ausencia el más atroz;
Que es un perpetuo sueño de mi oído
El eco de su voz...

Que siendo por su causa, el alma mía
Goza tanto en sufrir !...
Dios mío ¡ cuántas cosas le diría
Si supiera escribir !...

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

EPÍLOGO

—Pues señor, ¡ bravo amor ! Copio y concluyo:
A don Ramón... En fin,
Que es inútil saber para esto arguyo
Ni el griego ni el latín.

90. *Lo que hace el tiempo*

A Blanca Rosa de Oima

CON mis coplas, Blanca Rosa,
Tal vez te cause cuidados
Por cantar
Con la voz ya temblorosa,
Y los ojos ya cansados
De llorar.

Hoy para tí sólo hay glorias,
Y danzas y flores bellas;
Mas despues,
Se alzarán tristes memorias,
Hasta de las mismas huellas
De tus pies.

En tus fiestas seductoras
¡ No oyes del alma en lo interno
Un rumor,
Que lúgubre á todas horas,
Nos dice que no es eterno
Nuestro amor ?

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

¡Cuánto á creer se resiste
Una verdad tan odiosa
Tu bondad!

Y esto fuera menos triste
Si no fuera, Blanca Rosa,
Tan verdad!

Te aseguro, como amigo,
Que es muy raro, y no te extrañe,
Amar bien.

Siento decir lo que digo;
Pero ¿quieres que te engañe
Yo también?

Pasa un viento arrebatado,
Viene amor, y á dos en uno
Funde Dios;
Sopla el desamor helado,
Y vuelve á hacer, importuno,
De uno, dos.

Que amor, de egoismo lleno,
A su gusto se acomoda
Bien y mal;

En él hasta herir es bueno,
Se ama ó no ama, aquí está toda
Su moral.

¡Oh! ¡qué bien cumple el amante,
Cuando aun tiene la inocencia,
Su deber!

Y ¡cómo, más adelante,
Aviene con su conciencia
Su placer!

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

¡Y es culpable el que, sediento,
Buscando va en nuevos lazos
Otro amor?

¡Sí! culpable como el viento
Que, al pasar, hace pedazos
Una flor.

¡Verdad que es abominable
Que el corazón vagabundo
Mude así,

Sin ser por ello culpable,
Porque esto pasa en el mundo
Porque sí?

Se ama una vez sin medida,
Y aun se vuelve á amar sin tino
Más de dos.

¡Cuán versátil es la vida!
¡Cuán vano es nuestro destino,
Santo Dios!

Él lleve tu labio ayuno
Á algún manantial querido
De placer,

Donde dichosa, ninguno
Te enseñe nunca el olvido
Del deber.

Siempre el destino inconstante
Nos da cual vil usurero
Su favor:

Da amor primero y no amante;
Después mucho amante, pero
Poco amor.

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

Tranquila á veces reposa,
Y otras se marcha volando
Nuestra fé.
Y esto pasa, Blanca Rosa,
Sin saber cómo, ni cuándo,
Ni por qué.

Nunca es estable el deseo,
Ni he visto jamás terneza
Siempre igual.
Y ¿á qué negarlo? No creo
Ni del bien en la firmeza,
Ni del mal.

Este ir y venir sin tasa,
Y este moverse impaciente,
Pasa así,
Porque así ha pasado y pasa,
Porque sí, y ¡ay! solamente
Porque sí.

¡Cuán inútil es que huyamos
De los fáciles amores
Con horror,
Si cuanto más las pisamos,
Más nos embriagan las flores
Con su olor!

El cielo sin duda envía
La lucha á la tormentosa
Juventud;
Pues ¿qué mérito tendría
Sin esfuerzos, Blanca Rosa,
La virtud?

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

¡Ay! un alma inteligente,
Siempre en nuestra alma divisa
Una flor,
Que se abre infaliblemente
Al soplo de alguna brisa
De otro amor.

Mas dirás:—; Y en qué consiste
Que todo á mudar convida?—
¡Ay de mí!
En que la vida es muy triste...
Pero aunque triste, la vida
Es así.

Y si no es amor el vaso
Donde el sobrante se vierte
Del dolor,
Pregunto yo:—; Es digno acaso
De ocuparnos vida y muerte
Tal amor?—

Nunca sepas, Blanca Rosa,
Que es la dicha una locura,
Cual yo sé;
Si quieres ser venturosa,
Ten mucha fe en la ventura,
Mucha fe.

Si eres feliz algún día,
¡Guay, que el recuerdo tirano
De otro amor
No se filtre en tu alegría,
Cual se desliza un gusano
Roedor!

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

Tú eres de las almas buenas,
Cuyos honrados amores
Siempre son
Los que bendicen sus penas,
Penas que se abren en flores
De pasión.

Con tus visiones hermosas,
Nunca de tu alma el abismo
Llenarás,
Pues la fuerza de las cosas
Puede más que Hércules mismo,
¡Mucho más!...

Si huye una vez la ventura,
Nadie después ve las flores
Renacer
Que cubren la sepultura
De los recuerdos traidores
Del ayer.

¿Y quién es el responsable
De hacer tragar sin medida
Tanta hiel?
¡La vida! ¿esa es la culpable!
La vida, sólo es la vida
Nuestra infiel.

La vida, que desalada,
De un vértigo del infierno
Corre en pos:
Ella corre hacia la nada;
¿Quieres ir hacia lo eterno?
Vé hacia Dios.

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

¡Si! corre hacia Dios, y Él haga
Que tengas siempre una vieja
Juventud.
La tumba todo lo traga;
Sólo de tragarse deja
La virtud.

DON JOSÉ SELGAS

91.

El Estío

MAYO recoge el virginal tesoro;
Desciende Flora su gentil guinalda;
La sombra busca el manantial sonoro
Del alto monte en la risueña falda;
Campos son ya de púrpura y de oro
Los que fueron de rosa y esmeralda;
Y apenas riza su corriente el río
A los primeros soplos del Estío.

El soto ameno y la enramada umbrosa,
El valle alegre y la feraz ribera,
Con voz desalentada y cariñosa
Despiden á la dulce Primavera;
Muere en su tallo la inocente rosa;
Desfallece la altiva enredadera;
Y en desigual y ténue movimiento
Gime en el bosque fatigado el viento.

Por la alta cumbre del collado asoma
La blanca aurora su rosada frente,
Reparte perlas y recoge aroma;
Se abre la flor que su mirada siente;
Repite sus arrullos la paloma

Bajo las ramas del laurel naciente ;
Y allá por los tendidos olivares
Se escuchan melancólicos cantares.

Del aura dócil al impulso blando
La rubia mies en la llanura ondea ;
Del dulce nido alrededor volando
La alondra gira y de placer gorjea ;
Las ondas de la fuente suspirando
Quiebran el rayo de la luz febea,
Y en delicados mágicos colores
El fruto asoma al espirar las flores.

Sobre los montes que cercando toca
La niebla tiende su bordado encaje ;
Desde el peñón de la desierta roca
Lánzase audaz el águila salvaje ;
El seco vienteillo que sofoca
Cubre de polvo el pálido follaje ;
Y por el monte y por la vega umbría
Crece el calor y se derrama el día.

Y en el árido ambiente se dilata
La esencia de la flor de los tomillos,
Y lento el río su raudal desata
Entre mimbres y juncos amarillos ;
Y si al cubrir sus círculos de plata
Con sus plumeros blandos y sencillos
La caña dócil la corriente roza,
Trémula el agua de placer solloza,

Del valle en tanto en la pendiente orilla
Manso cordero del calor sosiega ;
Se oyen los cantos de la alegre trilla ;
Suenan los ecos de la tarda siega ;
Ardiente el sol en el espacio brilla ;
El cielo azul su majestad despliega,

Y duermen á la sombra los pastores,
Y se abrasan de sed los segadores.

Presta sombra á la rústica majada
La noble encina que á la edad resiste ;
En su copa de fruto coronada
La vid de verde majestad se viste ;
A su pié la doncella enamorada
Canta de amor, pero su canto es triste,
Que, en el profundo afán que la devora,
Amores canta porque celos llora.

Y el eco de su voz, dulce al oído
Más que el tierno arrullar de la paloma,
Por el monte y el valle repetido,
Tristes, confusas vibraciones toma ;
Y en las ondas del aire suspendido
Se escapa al fin por la quebrada loma,
Y sin que el aura devolverlo pueda
Todo en reposo y en silencio queda.

Mudas están las fuentes y las aves ;
No circula ni un átomo de viento ;
Cortadas por el sol lentas y graves
Caen las hojas del árbol maellento ;
Ténue vapor en ráfagas suaves
Se levanta con fácil movimiento,
Y mezclando en la luz su sombra extraña,
Va formando la nube en la montaña.

Hinchada, al fin, soberbia, se desprende
Del horizonte azul la nube densa,
Y el fuego del relámpago la enciende,
Y gira por la atmósfera suspensa ;
Y ya sus flancos inflamados tiende,
Ya el vapor de su seno se condensa,
Y soltando el granizo en lluvia escasa

DON JOSÉ SELGAS

La rompe el trueno, y se divide y pasa.

Y el sol que se reclina en Occidente

De su encendido manto se despoja,

Y en los blancos celajes del Oriente.

Se pierde el rayo de su lumbré roja.

Brilla la gota de agua trasparente

Detenida en el polvo de la hoja,

Y tendiendo el crepúsculo su planta.

Del fondo de los valles se levanta.

Como el ensueño dulce y regalado

Que en la fiebre de amor temple el desvelo,

Vertiendo en nuestro espíritu agitado

La misteriosa esencia del consuelo;

Así por el ambiente reposado.

De estrellas y vapor bordando el cielo,

Breves y llenas de feraz rocío.

Cruzan las noches del ardiente Estío.

Y en tristes ecos el silencio crece,

Y en tibio resplandor la sombra vaga;

La luz de las estrellas se estremece.

Y en el limpio raudal brilla y se apaga;

Naturaleza entera se adormece.

En el hondo placer que la embriaga,

Y lleva al aura en vacilantes giros.

Besos, sombras, perfumes y suspiros.

Más puro que la tímida esperanza

Que sueña el alma en el amor primero,

Su rayo débil desde Oriente lanza,

Sol de la noche, virginal lucero;

Triste y sereno por el cielo avanza

De la cándida luna mensajero,

Por ella viene, y suspirando ella,

Síguele en pos enamorada y bella.

DON JOSÉ SELGAS

Cuanto guardáis la tímida inocencia

Que á la esperanza y al amor convida;

Los que en el alma la impalpable esencia

De su primer amor lloráis perdida;

Cuanto con dolorosa indiferencia

Vais apurando el cáliz de la vida;

Todos llegad, y bajo el bosque umbrío

Sentid las noches del ardiente Estío.

Las del tirano amor, desengañadas,

Pálidas y dulcísimas doncellas,

Vosotras que llorais desconsoladas

Sólo el delito de nacer tan bellas;

Mirad entre las nubes sosegadas

Como cruzan el cielo las estrellas;

Que no hay duda, ni afán, ni desconsuelo

Que no se calme contemplando el cielo.

Y tú, tierna á mi voz, blanca hermosura,

Fuente de virginal melancolía,

Más hermosa á mis ojos y mas pura

Que el rayo azul con que despunta el día;

Corazón abrasado de ternura,

Espíritu de amor y de armonía,

Ven y derrama en el tranquilo viento

El ámbar delicado de tu aliento.

La dulce vaguedad que me enajena

Aumenta la inquietud de mi deseo;

Tu voz perdida en el ambiente suena;

Donde mis ojos van tu sombra veo;

De amor y afán mi corazón se llena,

Porque en tu amor y en mi esperanza creó;

Y así suspende el sentimiento mío

La tibia noche del ardiente Estío.

Noche serena y misteriosa, en donde

DON JOSÉ SELGAS

Dormido vaga el pensamiento humano,
 Todo á los ecos de tu voz responde,
 La mar, el monte, la espesura, el llano ;
 Acaso Dios entre tu sombra esconde
 La impenetrable luz de algún arcano ;
 Tal vez cubierta de tu inmenso velo
 Se confunde la tierra con el cielo.

DON VENTURA RUIZ AGUILERA

92.

Epístola

(A Don Damian Menéndez Rayón y Don Francisco Giner
 de los Rios)

NO arrojará cobarde el limpio acero
 mientras oiga el clarín de la pelea,
 soldado que su honor conserve entero ;
 ni del piloto el ánimo flaquea
 porque rayos alumbren su camino
 y el golfo inmenso alborotarse vea ;
 ¡ Siempre luchar !... del hombre es el destino ;
 y al que impávido lucha, con fe ardiente,
 le da la gloria su laurel divino.

Por sosiego suspira eternamente ;
 pero ¿ dónde se oculta, dónde mana,
 de esta sed inmortal la ansiada fuente ?

En el profundo valle, que se afana
 cuando del año la estación florida
 lo viste de verdura y luz temprana ;
 en las cumbres salvajes, donde anidaf
 el águila que pone junto al cielo

DON VENTURA RUIZ AGUILERA

su mansión de huracanes combatida,
 el límite no encuentra de su anhelo ;
 ni porque esclava suya haga la suerte,
 tras íntima inquietud y estéril duelo.

Aquel sólo el varón dichoso y fuerte
 será, que viva en paz con su conciencia
 hasta el sueño apacible de la muerte.
 ¿ Qué sirve el esplendor, qué la opulencia,
 la oscuridad, ni holgada medianía,
 si á sufrir el delito nos sentencia ?

Choza del campesino, humilde y fría,
 alcázar de los reyes, corpulento,
 cuya altitud al monte desafía,
 bien sé yo que, invisible como el viento,
 huésped que el alma hiela, se ha sentado
 de vuestro hogar al pie el remordimiento.

¿ Qué fué del corso altivo, no domado
 hasta asomar de España en las fronteras
 el cual cometa del cielo desgajado ?

El poder que le dieron sus banderas
 con asombro y terror de las naciones
 ¿ colmó sus esperanzas lisonjeras ?

Cayó ; y entre los bárbaros peñones
 de su destierro, en las nocturnas horas
 le acosaron fatídicas visiones ;
 y diéronle tristeza las auroras,
 y en el manso murmullo de la brisa
 voces oyó gemir acusadoras.

Más conforme recibe y más sumisa
 la voluntad de Dios, el alma bella
 que abrojos siempre lacerada pisa.
 Francisco, así pasar vimos aquella
 que te arrulló en sus brazos maternales,

y hoy, vestida de luz, los astros huella:
que al tocar del sepulcro los umbrales,
bañó su dulce faz con dulce rayo
la alborada de goces inmortales.

Y así, Damian, en el risueño mayo
de una vida sin mancha, como arbusto
que el aquilón derriba en el Moncayo,
pasó también tu hermano, y la del justo
severa majestad brilló en su frente,
de un alma religiosa templo agosto.

Huya de las ciudades el que intente
esquivar la batalla de la vida
y en el ocio perderla muellemente:
que á la virtud el riesgo no intimida;
cuando náufragos hay, los ojos cierra
y se lanza á la mar embravecida.

Avato miserable es el que encierra
la fecunda semilla en el granero,
cuando larga escasez llora la tierra.

Compadecer la desventura quiero
del que, por no mirar la abierta llaga,
de su limosna priva al pordiosero.

Ébrio, y alegre, y victorioso vaga
el vicio por el mundo cortesano:
su canto de sirena ¿á quien no embriaga?

Los que dones reciben de su mano
himnos alzan de júbilo, y de flores
rinden tributo en el altar profano.

En tanto, de la fiesta á los rumores,
criaturas sin fin, herido el seno,
responden con el ¡ay! de sus dolores.

Mas el hombre de espíritu sereno
y de conciencia inquebrantable (roca

donde se estrella, sin mancharla, el cieno)
la horrible sien del ídolo destoca,
y con acento de anatema inflama
tal vez en noble ardor la turba loca.

Ginete de experiencia y limpia fama,
armado va de freno y dura espuela
donde una voz en abandono clama;
de heroica pasión en alas vuela,
y en ella clava el acicate agudo
por acudir al mal que le desvela.

Si un instante el error cegarle pudo,
los engañosos ímpetus reprime,
y es su propia razón freno y escudo.

Sin tregua combatir por el que gime;
defender la justicia y verdad santa,
llena la mente de ideal sublime;

caminar hacia el bien con firme planta,
á la edad consolando que agoniza,
apóstol de otra edad que se adelanta,

es empresa que al vulgo escandaliza;
por loco siempre ó necio fué tenido
quien lanzas en su pró rompe en la liza.

Si á tierna compasión alguien movido
vió al generoso hidalgo de Cervantes,
¡cuántos, con risa, viéronle caído!

Acomete á quiméricos gigantes,
de sus delirios prodigiosa hechura,
y es de niños escarnio y de ignorantes.

Mas él, dándoles cuerpo, se figura
limpiar de monstruos la atligida tierra,
y llanto arranca al bueno su locura.

Así debe sufrir, en cruda guerra,
(sin vergonzoso pacto ni sosiego)

DON VENTURA RUIZ AGUILERA

contra el mal, que á los débiles aterra,
el que abrasado en el celeste fuego
de inagotable caridad, no atiende
sólo de su interés el torpe ruego.

Árbol de seco erial, las ramas tiende
al que rendido llega de fatiga,
y del sol, cariñoso, le defiende.

El sabe que sus frutos no prodiga
heredad que se deja sin cultivo;
sabe que del sudor brota la espiga,
como de agua sonoro raudal vivo,
si del trabajo el útil instrumento
hiende la roca en que durmió cautivo.

¡Oh del bosque anhelado apartamiento,
cuyos olmos son arpas melodiosas
cuando sacude su follaje el viento!

¡Oh fresco valle, donde crecen rosas
de perfumado cáliz, y azucenas,
que litan las abejas codiciosas!

¡Oh soledades de armonías llenas!
en vano me brindais ocio y amores,
mientras haya un esclavo entre cadenas.

Que aún pide con sacrilegos rumores
ver libre á Barrabás la muchedumbre,
y alzados en la Cruz los redentores.

Que del sombrío Gólgota en la cunibre,
regada con la sangre del Cordero,
sublime en humildad y mansedumbre,

mártires; ¡ay! aún suben al madero
que ha de ser, convertido en árbol santo,
patria y hogar del universo, entero.

Padece es vivir; riego es el llanto
á quien la flor del alma, con su esencia

DON VENTURA RUIZ AGUILERA

debe perpetuo y virginal encanto.

Amigos, bendecid la Providencia
si mandare á la vuestra ese rocío,
y nieguen los malvados su clemencia.

¡Que alegre y que gentil llega el navío
al puerto salvador, cuando aun le azota
con fiera saña el huracán bravío!

Así el justo halla al fin de su derrota
por el mar de la vida proceloso,
del claro cielo en la extensión remota
puerto seguro y eternal reposo.

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

93.

Estrofas

I
LA generosa musa de Quevedo
desbordóse una vez como un torrente
y exclamó llena de viril denuedo:
«No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando los labios, ya la frente,
silencio avises ó amenazas miedo.»

II
Y al estampar sobre la herida abierta
el hierro de su cólera encendido,
tembló la concusión que siempre alerta,
incansable y voraz, labra su nido,
como gusano ruin en carne muerta,
en todo Estado exánime y podrido.

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

III

Arranque de dolor, de ese profundo dolor que se concentra en el misterio y huye amargado del rumor del mundo, fué su sangrienta sátira, cauterio que aplicó sollozando al patrio imperio, misero, gangrenado y moribundo.

IV

¡ Ah ! si hoy pudiera resonar la lira que con Quevedo descendió á la tumba, en medio de esta universal mentira, de este viento de escándalo que zumba, de este fétido hedor que se respira, de esta España moral que se derrumba ;

V

De la viva y creciente incertidumbre que en lucha estéril nuestra fuerza agota ; del huracán de sangre que alborota el mar de la revuelta muchedumbre ; de la insaciable y honda podredumbre que el rostro y la conciencia nos azota ;

VI

De este horror, de este ciego desvarío que cubre nuestras almas con un velo, como el sepulcro, impenetrable y frío ; de este insensato pensamiento impío que destituye á Dios, despuebla el cielo y precipita el mundo en el vacío ;

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

VII

Si en medio de esta borrascosa orgía que infunde repugnancia al par que aterra, esa lira estallara ; qué sería ? Grito de indignación, canto de guerra, que en las entrañas mismas de la tierra la muerta humanidad conmoviera.

VIII

Mas ; porque el gran satírico no aliente ha de haber quien contemple y autorice tanta degradación, indiferente ?
« No ha de haber un espíritu valiente ?
¿ Siempre se ha de sentir lo que se dice ?
¿ Nunca se ha de decir lo que se siente ? »

IX

¿ Cuántos sueños de gloria evaporados como las leves gotas de rocío que apenas mojan los sedientos prados !
¿ Cuánta ilusión perdida en el vacío, y cuántos corazones anegados en la amarga corriente del hastío !

X

No es la revolución raudal de plata que fertiliza la extendida vega ; es sorda inundación que se desata. No es viva luz que se difunde grata, sino confuso resplandor que ciega y tormentoso vértigo que mata.

XI

Al menos en el siglo desdichado
que aquel ilustre y vigoroso vate
con el rayo mareó de su censura,
podía el corazón atribulado
salir ileso del mortal combate
en alas de la fé radiante y pura.

XII

Y apartando la vista de aquel cieno
social, de aquellos fétidos despojos,
de aquel lúbrico y torpe desenfreno,
fijar llorando los ardientes ojos
en ese cielo azul, limpio y sereno,
de santa paz y de esperanza lleno.

XIII

Pero hoy ¿dónde mirar? Un golpe mismo
hiere al César y á Dios. Sorda carcóma
prepara el misterioso cataclismo,
y como en tiempo de la antigua Roma,
todo cruje, vacila y se desploma
en el cielo, en la tierra, en el abismo.

XIV

Perdida en tanta soledad la calma,
de noche eterna el corazón cubierto,
la gloria muda, desolada el alma,
en este pavoroso desconcierto
se eleva la Razón, como la palma
que crece triste y sola en el desierto.

XV

¡Triste y sola, es verdad! ¿Dónde hay miseria
mayor? ¿Dónde más rudo desconsuelo?
¿De que la sirve desgarrar el velo
que envuelve y cubre la vivaz materia,
y con profundo, inextinguible anhelo
sondar la tierra, escudriñar el cielo?

XVI

Entregarse á merced del torbellino
y en la duda incesante que la aqueja
el secreto inquirir de su destino,
si á cada paso que adelanta deja
su fé inmortal, como el vellón la oveja,
enredada en las zarzas del camino?

XVII

¿Si á su culpada humillacion se adhiere
con la constancia infame del beodo,
que goza en su abyección, y en ella muere?
¿Si ciega, y torpe, y degradada en todo,
desconoce su origen, y prefiere
á descender de Dios, surgir del lodo?

XVIII

¡Libertad, libertad! No eres aquella
vírgen, de blanca túnica cenida,
que vi en mis sueños pudibunda y bella.
No eres, no, la deidad esclarecida
que alumbra con su luz, como una estrella,
los oscuros abismos de la vida.

XIX

No eres la fuente de perenne gloria
que dignifica el corazón humano
y engrandece esta vida transitoria.
No el ángel vengador que con su mano
imprime en las espaldas del tirano
el hierro enrojecido de la historia.

XX

No eres la vaga aparición que sigo
con hondo afán desde mi edad primera,
sin alcanzarla nunca... Mas ¿qué digo?
No eres la libertad, disfraces fuera,
¿licencia desgredada, vil ramera
del motín, te conozco y te maldigo!

XXI

¡Ah! No es extraño que sin luz ni guía,
los humanos instintos se desborden
con el rugido del volcán que estalla,
y en medio del tumulto y la anarquía,
como corcel indómito el desorden
no respete ni látigo ni valla.

XXII

¿Quién podrá detenerle en su carrera?
¿Quién templar los impulsos de la fiera
y loca multitud enardecida,
que principia á dudar y ya no espera
hallar en otra luminosa esfera,
bálsamo á los dolores de esta vida?

XXIII

Como Cristo en la cúspide del monte,
rotas ya sus mortales ligaduras,
mira doquier con ojos espantados,
por toda la extensión del horizonte
dilatarse á sus piés vastas llanuras,
ricas ciudades, fértiles collados

XXIV

Y excitando su afán calenturiento
tanta grandeza y tanto poderío,
de la codicia el persuasivo acento
gritale audaz:— El cielo está vacío!
¿Á quién temer?—Y ronca y sin aliento
la muchedumbre grita:— Todo es mío!—

XXV

Y en el tumulto su puñal afila,
y la enconada cólera que encierra
enturbia y enardece su pupila,
y ensordeciendo el aire en són de guerra
hace temblar bajo sus piés la tierra,
como las hordas bárbaras de Atila.

XXVI

No esperéis que esa turba alborotada
infunda nueva sangre generosa
en las venas de Europa desmayada;
ni que termine su fatal jornada,
sobre el ara desierta y polvorosa
otro Dios levantando con su espada.

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

XXVII

No esperéis, no, que la confusa plebe,
como santo depósito en su pecho
nobles instintos y virtudes lleve.
Hallará el mundo á su codicia estrecho,
que es la fuerza, es el número, es el hecho
brutal ; es la materia que se mueve !

XXVIII

Y buscará la libertad en vano ;
que no arraiga en los crímenes la idea,
ni entre las olas fructifica el grano.
Su castigo en sus iras centellea
pronto á estallar ; que el rayo y el tirano
hermanos son. ; La tempestad los crea !

94.

Tristesas

CUANDO recuerdo la piedad sincera
con que en mi edad primera
entraba en nuestras viejas catedrales,
donde postrado ante la cruz de hinojos
alzaba á Dios mis ojos,
soñando en las venturas celestiales ;

Hoy que mi frente atónico golpeo,
y con febril deseo
busco los restos de mi fe perdida,
por hallarla otra vez, radiante y bella
como en la edad aquella,
¡ desgraciado de mí ! diérais la vida.

322

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

¡ Con qué profundo amor, niño inocente,
prosternaba mi frente
en las losas del templo sacrosanto !
Llenábase mi joven fantasía
de luz, de poesía,
de mudo asombro, de terrible espanto.

Aquellas altas bóveclas que al cielo
levantaban mi anhelo ;
aquella majestad solemne y grave ;
aquel pausado canto, parecido
á un doliente gemido,
que retumbaba en la espaciosa nave ;

Las marmóreas y austeras esculturas
de antiguas sepulturas,
aspiración del arte á lo infinito ;
la luz que por los vidrios de colores
sus tibios resplandores
quebraba en los pilares de granito ;

Haces de donde en curva fugitiva,
para formar la ojiva,
cada ramal subiendo se separa,
cual del rumor de multitud que ruega,
cuando á los cielos llega,
surge cada oración distinta y clara ;

En el gótico altar inmoble y fijo
el santo crucifijo,
que extiende sin vigor sus brazos yertos,
siempre en la sorda lucha de la vida,
tan áspera y reñida,
para el dolor y la humildad abiertos ;

323

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

El místico clamor de la campana
que sobre el alma humana
de las caladas torres se despeña,
y anuncia y lleva en sus aladas notas
mil promesas ignotas
al triste corazón que sufre ó sueña;

Todo elevaba mi ánimo mi ánimo intranquilo
á más sereno asilo:
religion, arte, soledad, misterio...
todo en el templo secular hacía
vibrar el alma mía,
como vibran las cuerdas de un salterio.

Y á esta voz interior que sólo entiende
quien crédulo se enciende
en fervoroso y celestial cariño,
enuelta en sus flotantes vestiduras
volaba á las alturas,
virgen sin mancha, mi oración de niño.

Su ráuda, viva y luminosa huella
como fugaz centella
traspasaba el espacio, y ante el puro
resplandor de sus alas de querube,
rascábase la nube
que me ocultaba el inmortal seguro.

¡ Oh anhelo de esta vida transitoria !
¡ Oh perdurable gloria !
¡ Oh sed inextinguible del desco !
¡ Oh cielo, que antes para mí tenías
fulgores y armonías,
y hoy tan oscuro y desolado veo !

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Ya no templas mis íntimos pesares,
ya al pié de tus altares
como en mis años de candor no acudo.
Para llegar á ti perdí el camino,
y errante peregrino
entre tinieblas desespero y dudo.

Voy espantado sin saber por dónde;
grito, y nadie responde
á mi angustiada voz; alza los ojos
y á penetrar la lobreguez no alcanzo;
medrosamente avanzo,
y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto
á su impiedad; ¡ oh Cristo !
Su grandeza satánica me oprime.
Siglo de maravillas y de asombros,
levanta sobre escombros
un Dios sin esperanza, un Dios que gime.
¡ Y ese Dios no eres tú ! No tu serena
faz, de consuelos llena,
alumbra y guía nuestro incierto paso.
Es otro Dios incógnito y sombrío:
su cielo es el vacío,
Sacerdote el error, ley el Acaso.

¡ Ay ! No recuerda el ánimo suspenso
un siglo más inmenso,
más rebelde á tu voz, más atrevido;
entre nubes de fuego alza su frente
como Luzbel, potente;
pero también, como Luzbel, caído.

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

A medida que marcha y que investiga
es mayor su fatiga,
es su noche más honda y más oscura,
y pasma, al ver lo que padece y sabe,
cómo en su seno cabe
tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timón y rota
que el ronco mar azota,
incendia el rayo y la borrasca mece
en piélago ignorado y proceloso,
nuestro siglo—coloso
con la luz que le abrasa, resplandece.

¡Y está la playa mística tan lejos!
a los tristes reflejos
del sol poniente se colora y brilla.
El huracán arrecia, el bajel arde,
y es tarde, es ¡ay! muy tarde
para alcanzar la sosegada orilla.

¿Qué es la ciencia sin fé? Corcel sin freno,
a todo yugo ajeno,
que al impulso del vértigo se entrega,
y á través de intrincadas espesuras,
desbocado y á oscuras
avanza sin cesar y nunca llega.

¿Llegar! ¿Adónde?... El pensamiento humano
en vano lucha, en vano
su ley oculta y misteriosa infringe.
En la lumbre del sol sus alas quema,
y no aclara el problema,
ni penetra el enigma de la Esfinge.

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

¡Sálvanos, Cristo, sálvanos, si es cierto
que tu poder no ha muerto!

Salva á esta sociedad desventurada,
que, bajo el peso de su orgullo mismo,
rueda al profundo abismo
acaso más enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de tí se aleja,
en nuestras almas deja
el germen de recónditos dolores.
como al tender el vuelo hacia la altura,
deja su larva impura
el insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusión honda y sombría
es, Señor, todavía
raudal de vida tu palabra santa,
dí á nuestra fé desalentada y yerta:
—¡Anímate y despierta!
Como dijiste á Lázaro:—¡Levanta!

DON GUSTAVO A. BÉCQUER

95.

Rimas

DEL salón en el ángulo osuro,
De su dueño tal vez olvidada,
Silenciosa y cubierta de polvo
Véase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas,

DON GUSTAVO A. BÉCQUER

Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarla!

¡Ay! pensé; ¡cuántas veces el genio
Así duerme en el fondo del alma,
Y una voz, como Lázaro, espera
Que le diga: «¡Levántate y anda!»

96

CERRARON sus ojos

Que aun tenía abiertos;
Tapanon su cara
Con un blanco lienzo;
Y unos sollozando,
Otros en silencio,
De la triste alcoba
Todos se salieron.

La luz, que en un vaso
Ardía en el suelo,
Al muro arrojaba
La sombra del lecho;
Y entre aquella sombra
Veíase á intervalos
Dibujarse rígida
La forma del cuerpo.

Despertaba el día
Y á su albor primero
Con sus mil ruidos
Despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste

DON GUSTAVO A. BÉCQUER

De vida y misterios,
De luz y tinieblas,
Medité un momento:
«¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!»

De la casa en hombros
Llevaronla al templo
Y en una capilla
Dejaron el féretro.
Allí rodearon
Sus pálidos restos
De amarillas velas
Y de paños negros.

Al dar de las ánimas
El toque postrero,
Acabó una vieja
Sus últimos rezos;
Cruzó la ancha nave,
Las puertas gimieron,
Y el santo recinto
Quedose desierto.

De un reloj se oía
Compasado el péndulo,
Y de algunos cirios
El chisporroteo.
Tan medroso y triste,
Tan oscuro y yerto
Todo se encontraba...
Que pensé un momento:
«¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!»

DON GUSTAVO A. BÉCQUER

De la alta campana
La lengua de hierro,
Le dió, volteando,
Su adios lastimero.
El luto en las ropas,
Amigos y deudos
Cruzaron en fila,
Formando el cortejo.

Del último asilo,
Oscuro y estrecho,
Abrió la piqueta
El nicho a un extremo.
Allí la acostaron,
Tapiáronle luego,
Y con un saludo
Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
El sepulturero
Cantando entre dientes
Se perdió a lo lejos.
La noche se entraba,
Reinaba el silencio;
Perdido en las sombras,
Medité un momento:
«¡ Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos! »

En las largas noches
Del helado invierno,
Cuando las maderas
Crujir hace el viento

DON GUSTAVO A. BÉCQUER

Y azota los vidrios
El fuerte aguacero,
De la pobre niña
A solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
Con un son eterno;
Allí la combate
El soplo del cierzo.
Del húmedo muro
Tendida en el hueco,
Acaso de frío
Se hielan sus huesos!

¿ Vuelve el polvo al polvo?
¿ Vuela el alma al cielo?
¿ Todo es vil materia,
Podredumbre y cieno?
¿ No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia y miedo,
Al dejar tan tristes,
Tan solos los muertos!

DON VICENTE W. QUEROL

Carta

97.

al Sr. D. Pedro A. de Alarcón, acerca de la Poesía

AMIGO, cedo al fin. Los que dispersos
Entregué al aire vano

DON VICENTE W. QUEROL

En mi edad juvenil fútiles versos,
Hoy con piadosa mano
Recojo y cierro en el modesto libro,
Que al triste olvido de la edad entrego,
O al duro fallo de los tiempos libro.
Lo engendré en la nocturna
Fiebre de mis pasiones primerizas,
Y hoy guardo en él, como en sagrada urna,
Del corazón las cálidas cenizas.

En él están mis infantiles sueños,
El laurel disputado en arduas lizas,
De la osada ambición locos empeños,
La fé jurada, la esperanza muerta,
La aspiración incierta,
Los horizontes del amor risueños :
Cuanto amé y esperé. Huecas y frías
En el oído extraño,
Ageo a mi placer, sordo a mi daño,
Sonarán siempre las canciones mías ;
Pero, al volver sus páginas, yo encuentro
Mi gozo entre ellas ó mi antigua angustia,
Cual suele hallarse dentro
De un olvidado libro una flor mustia.

Yo cobardé no oculto
Mi fé en tí, desdeñada Poesía,
Ni el ciego amor y el fervoroso culto
Con que en tus aras me postré algún día :
No reniego de tí cuando la mofa,
Cuando el villano insulto
Responden sólo á tu vibrante estrofa :

DON VICENTE W. QUEROL

No aparto de mi labio
De tu cáliz de hiel las negras heces,
Ni te abandono al miserable agravio,
Ó á las burlas soeces
Del vulgo, indigno de tu noble estro ;
Y cuando ante el siniestro
Tribunal vas de tus inícuos jueces,
Yo, discípulo tuyo, por tres veces
No negaré al Maestro.

¡ Santa palabra de Jehová !

— Con ella

Moisés cantó el enojo
Con que borró de Faraon la huella
En sus líquidos antros el Mar-Rojo :
Con ella sobre Ninive, sujeta
Al yugo del pecado, y sobre Tiro,
Y en la ancha plaza de Sidón inquieta,
Quejumbroso suspiro
Ó eterna maldición lanzó el Profeta :
Con ella junto al cáuce
Del extranjero río, su salterio
Colgando al tronco del umbroso sauce,
Lloró Judá su amargo cautiverio :
Con ella dijo su doliente cuita
Job á la inmunda fiera del desierto ;
Y con ella la hermosa Sulamita
Cantó al amor en su cercado huerto.

¡ Numen severo de la historia !

DON VICENTE W. QUEROL

—Vive
 Todo lo que el poeta
 Con sabio ritmo sonoro escribe;
 Muere lo que desdena! —Allá, en la vaga
 Muda extensión del páramo infinito,
 La soberbia pirámide naufraga:
 La esfinge de granito
 Se hunde en la arena movediza: el verde
 Musgo los templos de Ática sepulta:
 La corva reja del arado muere
 Las feraces colinas
 Donde su oprobio Babilonia oculta:
 El rebaño de árabe se pierde
 Entre las vastas ruinas
 Que cubren tus llanuras, oh Cartago;
 Mientras que en las vecinas
 Costas de Italia, con el propio estrago,
 Tu egregia vencedora,
 La Reina de las águilas latinas,
 Sola, entre tumbas profanadas llora.

Envuelta en el sudario
 De un vergonzoso olvido,
 Fuera la Tierra el miserable osario
 De las humanas razas, si el gemido
 Ó el cántico de gloria
 De los antiguos vates,
 Eco veraz de la solemne historia,
 No nos trajera en clamoroso ruido
 Sus fragorosas ruinas y combates,
 Ayes de muerte y gritos de victoria.

DON VICENTE W. QUEROL

De un siglo al otro siglo el viento lleva
 En las vibrantes cuerdas de la lira,
 La predicción de la esperanza nueva,
 Ó el triste llanto de la edad que expira,
 Y como en la callada
 Soledad de las noches de astro en astro
 Vuela el pálido rastro
 De la luz increada,
 Así el vate, en la oscura
 Noche del tiempo que el pasado esconde,
 Habla á las bardos de la edad futura,
 Y Osian los cantos de Ilión murmura
 Y Dante al salmo de David responde.

¡Hija de la Belleza!
 —Á la alborada
 De blanca luz cenida,
 A la aurora de púrpura bañada,
 Y en la tarde apagada
 De húmeda niebla y de vapor vestida,
 Son sus joyas las perlas del rocío,
 Las flores son sus galas,
 Su claro espejo el transparente río,
 Los céfiros sus alas.
 Las rojas nubes sus movibles tiendas,
 Su blanda cuna las inciertas olas,
 Y el ancho espacio las etéreas sendas
 Por donde marcha á solas.
 Gime en la selva que estremece el viento,
 Triste en la fuente solitaria llora,
 Canta del ave en el alegre acento,

DON VICENTE W. QUEROL

Ríe en la luz de la naciente aurora ;
Y cuando cruza con callado vuelo
La tierra, el mar ó el cielo,
Todo en ritmo sonoro
Vibra al compás del cadencioso metro,
Y en luminoso coro
Van las estrellas de oro
Rodando en torno á su extendido cetro.

¡ Hija del sentimiento !

— En la indecisa

Vaguedad del espíritu : en la calma
De la conciencia justa :
Del débil niño en la infantil sonrisa ;
En los deliquios lánguidos del alma ;
Del corazón en la soberbia angusta :
En la ira noble, en el amor materno,
En la ansia no cumplida,
En los hastíos de la humana vida
Y en el místico amor de un bien eterno :
En el lóbrego abismo,
Cárcel que la pasión fiera quebranta,
En el grito febril del heroísmo,
Y en la oculta virtud, callada y santa,
Como en el crimen mismo,
Ella, la Poésia,
Surge y cruza sombría,
Y el puñal blande ó la oración murmura :
Ciñe á la virgen los nupciales velos :
Solloza en la olvidada sepultura,
Y, en los humanos duelos,

DON VICENTE W. QUEROL

Con la tendida diestra
Á toda angustia inconsolable muestra
La eterna luz de los abiertos cielos.

Tal, en la edad confusa
En que á la vida el corazón despierta,
Yo, la soñada Musa
Ví en el dintel de la cerrada puerta,
Que mi ambición ilusa
Juzgó á la gloria y la esperanza abierta.
No entré... pero en mi oído
Sonó el grande rüido
De los santos acordes celestiales ;
Y aun hoy, en este olvido
Y en esta amiga sombra,
Donde es la paz un dictámo á mis males,
Entre el silencio escucho, y aun me asombra,
El rumor de los himnos inniortales.

Tú, que has unido á ellos,
Oh dulce amigo, tu canción sonora,
Y alumbraсте con vívidos destellos
Esta noche del alma abrumadora :
Brioso corazón que en las bastardas
Horas sin fé que nos legó el destino,
Inmaculado aun guardas
De una alta estirpe el resplandor divino,
Abre el libro y no temas,
Al revolver las hojas

347
M. de Palencia

DON VICENTE W. QUEROL

De mis pobres poemas,
Que ose en ellos cantar glorias supremas
Ni supremas congojas.
El débil nimen que mi verso inspira
Nunca osó ambicionar más noble palma
Que traducir fielmente con la lira
La efusión de mi alma.

98.

En Noche-Buena

A mis andamos padres,

UN año más en el hogar paterno
Celebramos la fiesta del Dios-niño,
Símbolo augusto del amor eterno,
Cuando cubre los montes el invierno
Con su manto de armiño.

II

Como en el día de la fausta boda
Ó en el que el santo de los padres llega,
La turba alegre de los niños juega,
Y en la ancha sala la familia toda
De noche se congrega.

III

La roja lumbre de los troncos brilla
Del pequeño dormida en la mejilla,



EV
TEC

8
M